

ÁREA III



Literatura

III

3er. Semestre



REYNO
292791

Preparatoria Núm. 15

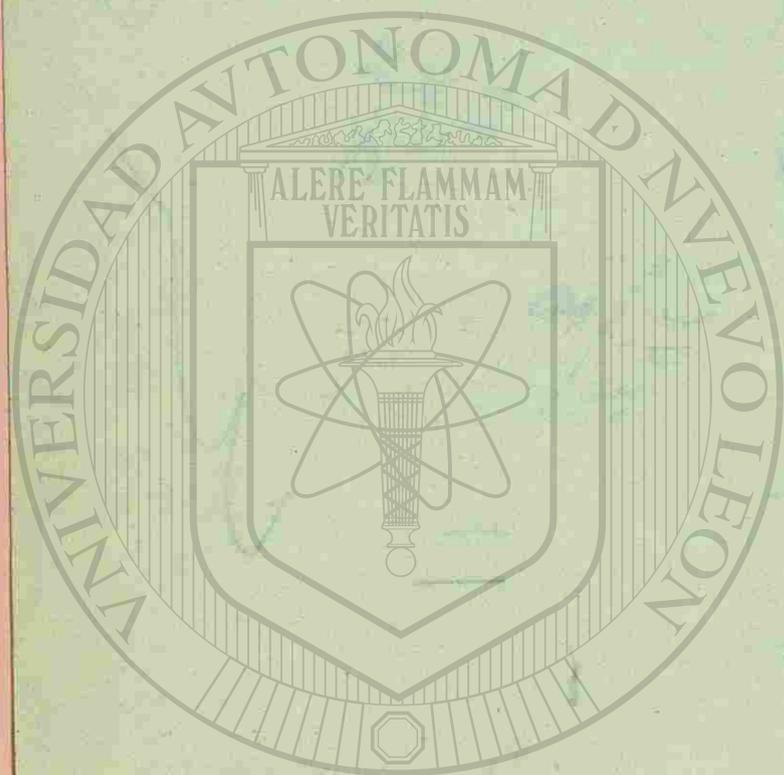
PN59
.L5
1980
v. 3
t. 3

Á

III

Litteratura

Ber. Semestre



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LITERATURA III.

INTRODUCCIÓN.

CAP.

I. SIMBOLISMO.

Concepto. Representantes. Ideas, temas y características. Poesía y prosa. Características de la poesía que discutió su...

Coordinadoras:

- Celina Leal de Rodríguez.
- Diana A. Guerra de Muzza.
- Patricia I. Barranco de González.
- Socorro Imelda Balderas Puentes.

Lectura: "Rosa", de...

Carria.

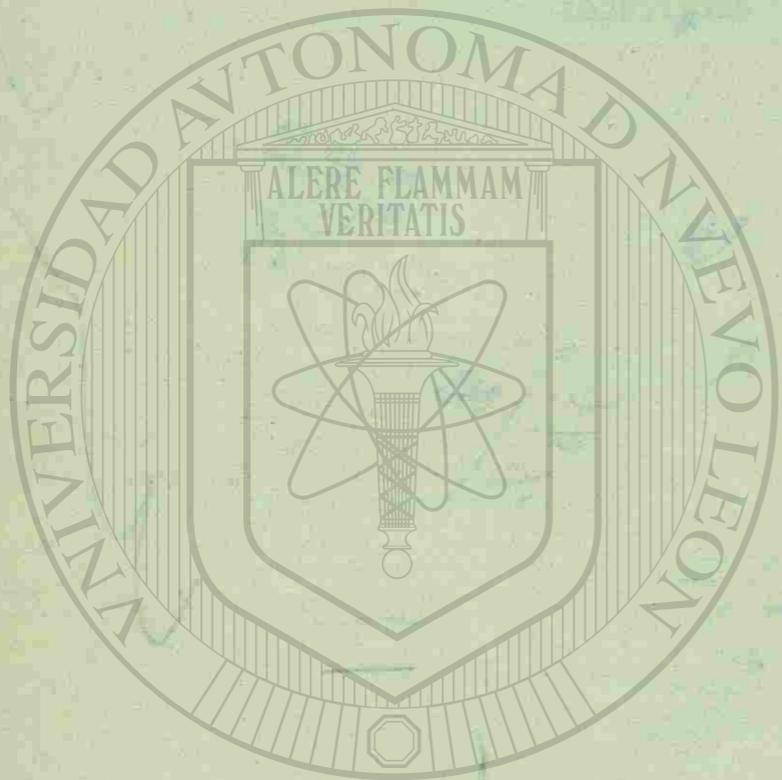
II. REALISMO.

Concepto. Representantes. Ideas, temas, características y personajes. Contraposición con el simbolismo. Figura del héroe. Género narrativo.

Lectura: "El verdugo", cuento de Tomás de...

COSMOPOLITISMO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LITERATURA III.

INTRODUCCIÓN

OBJ.

I. ROMANTICISMO

Concepto. Representantes. Temas, temas y características. Principales obras y autores para su desarrollo.

Coordinadoras:

Céline Leal de Rodríguez.

Diana A. Guerra de Muzza.

Patricia I. Barranco de González.

Socorro Imelda Balderas Puente.

REALISMO

Localización. Representantes. Temas, temas, características y personajes. Comparación con el romanticismo. Figuras más importantes.

Obra: "San Antonio", cuento de Tomás de

III. COSTUMBRISMO

Definición. Combinación genérica de elementos. Características. Evolución. Principales obras y autores. Características del costumbrismo.

Definición. Características. Comparación con el realismo. Principales obras y autores.

PM59

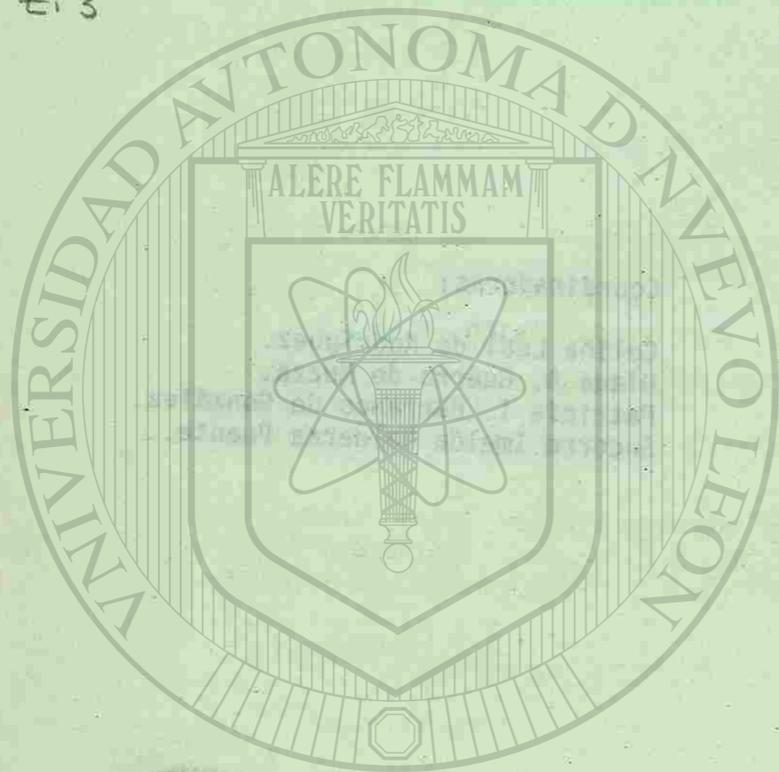
.L5

1980-81

v. 3

t. 3

981663



FONDO UNIVERSITARIO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE DE CONTENIDO.

| | PAG. |
|---|------|
| INTRODUCCION. | |
| CAP. | |
| I ROMANTICISMO. | 1 |
| Concepto. Representantes. Ideas, temas y características. Procedencia. Condiciones propicias para su desarrollo en América. Géneros en los que encontró su mejor expresión. | |
| Lectura: "Rosa", cuento de José Victorino Lasterria. | |
| II REALISMO | 15 |
| Localización. Representantes. Ideas, temas, características y personajes. Contraposición con el romanticismo. Figura máxima. Género preferido. | |
| Lectura: "San Antoñito", cuento de Tomás Carrasquilla. | |
| III COSTUMBRISMO. | 35 |
| Definición. Denominación genérica. Jerarquía frente a otros ismos. Origen. Evolución actual. Representantes. | |
| Lectura: "El sueño del pobre y del rico", cuento de Gregorio Torres Quintero. | |
| IV NATURALISMO. | 51 |
| Concepto. Géneros afectados. Creador de este movimiento. Ideas, descripciones, técnica y temas. Representantes. Comparación con el realismo. Fines. | |

CAP.

Lectura: "En provincia", cuento de Augusto D'Halmar.

PAG.

V MODERNISMO.

69

Definición. Origen. Valor. Representantes. Influencia respecto a la novela. Oposición a otros movimientos. Rasgo fundamental, características, ideal y técnica. Síntesis. Aportación de la 2a. generación modernista. Tipo de obras.

Lectura: "Después de las carreras", cuento de Manuel Gutiérrez Nájera.

VI CRIOLLISMO.

81

Característica fundamental. Ideas. Aspectos y obras sobresalientes. Tipos de relatos cultivados por los criollistas.

Lectura: "El malo", cuento de Enrique Gil Gilbert.

VII COSMOPOLITISMO.

97

Definición. Diferencias del escritor cosmopolita con el criollista. Características de los autores cosmopolitas. Capital de este ismo. Máximo representante. Escuelas que agrupa este movimiento.

Lectura: "La lluvia", cuento de Arturo Usler - Pietri.

VIII NEORREALISMO.

123

Ideas. Temática, personajes, características y estilo. Elementos de otros ismos que rechaza el neorrealismo.

Lectura: "El niño de junto al cielo", cuento de Enrique Congrains Martín.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

143

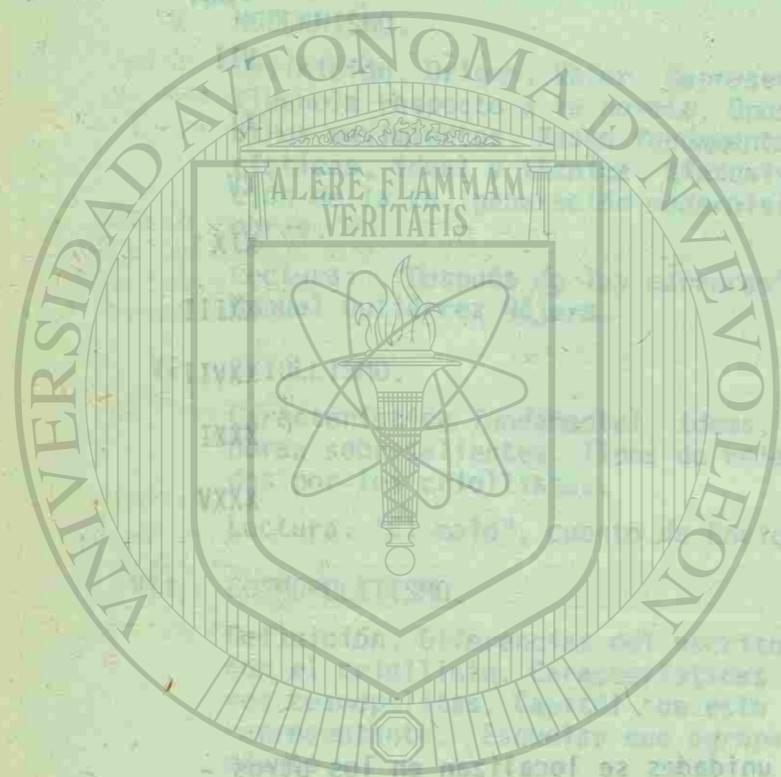
INDICE DE UNIDADES.

PAG.

| | |
|--------------|-------|
| UNIDAD II. | VII |
| UNIDAD IV. | XI |
| UNIDAD VI. | XV |
| UNIDAD VIII. | XIX |
| UNIDAD X. | XXIII |
| UNIDAD XII. | XXVII |
| UNIDAD XIV. | XXXI |
| UNIDAD XV. | XXXV |

NOTA:

Las demás unidades se localizan en los otros libros del área.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

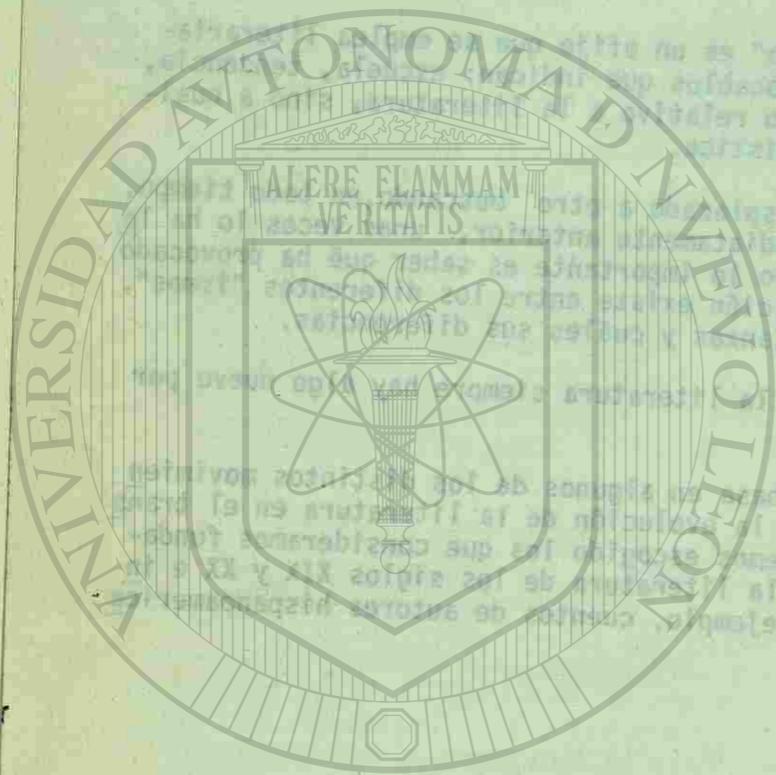
INTRODUCCION.

La palabra "ismo" es un afijo que se emplea literariamente para derivar vocablos que indican: escuela, tendencia, manera, no sólo en lo relativo a la literatura, sino a cualquier disciplina artística.

Un "ismo" ha desplazado a otro buscando, en todo tiempo, algo mejor a lo inmediatamente anterior, unas veces lo ha lo grado, otras no. Pero lo importante es saber qué ha provocado ese cambio, qué relación existe entre los diferentes "ismos", cuáles son sus semejanzas y cuáles sus diferencias.

En el mundo de la literatura siempre hay algo nuevo por descubrir.

Este libro se basa en algunos de los distintos movimientos que han marcado la evolución de la literatura en el transcurso del tiempo. Hemos escogido los que consideramos fundamentales dentro de la literatura de los siglos XIX y XX e incluimos, a modo de ejemplo, cuentos de autores hispanoamericanos reconocidos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9.- Mencionar cómo se considera el romanticismo, además de ser un impulso artístico.

3er. SEMESTRE. AREA III. UNIDAD II.

ROMANTICISMO.

INTRODUCCION:

El romanticismo surge como una corriente literaria radical que presenta una mezcla extensa de variados recursos que el escritor aprovecha para su creación.

En esta unidad estudiaremos sus características y trataremos de observarlas en un cuento plenamente romántico: "Rosa", de José Victorino Lastarria.

OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar los medios que utilizó el romanticismo.
- 2.- Enunciar el por qué del nacimiento del romanticismo.
- 3.- Definir lo que era el arte para los clásicos y para los románticos.
- 4.- Enumerar escritores que destacan en este ismo literario.
- 5.- Definir el romanticismo.
- 6.- Enunciar las condiciones que propiciaron el desarrollo del romanticismo en América.
- 7.- Mencionar los cuatro temas a los que se limitaron los románticos en sus obras.
- 8.- Determinar el género literario en el que el romanticismo encontró su mejor expresión.

- 9.- Mencionar cómo se considera al romanticismo, además de ser un impulso artístico.
- 10.- Explicar las características del cuento "Rosa" y los elementos del romanticismo que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

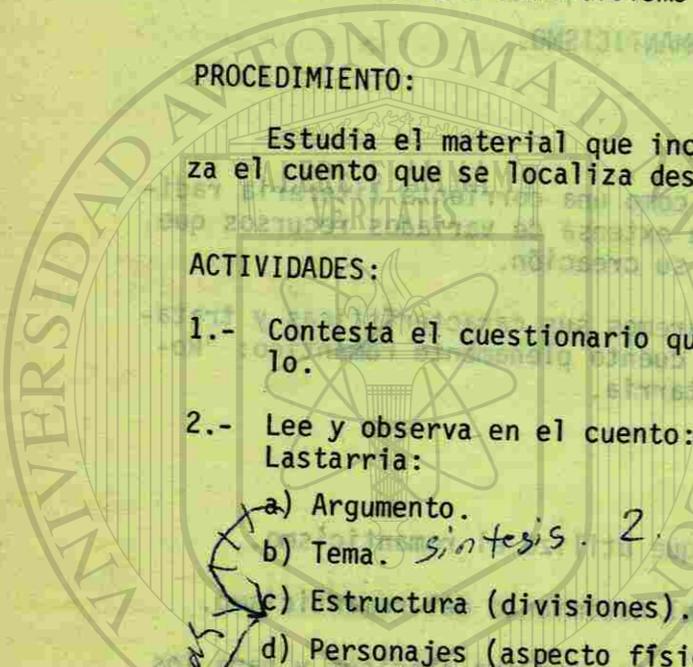
Estudia el material que incluimos a continuación y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Contesta el cuestionario que corresponde a este capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento: "Rosa", de José Victorino Lastarria:
 - a) Argumento.
 - b) Tema. *sin tesis. 2.*
 - c) Estructura (divisiones). *antes por cada apartado*
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres románticos.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RITMO DE TRABAJO:

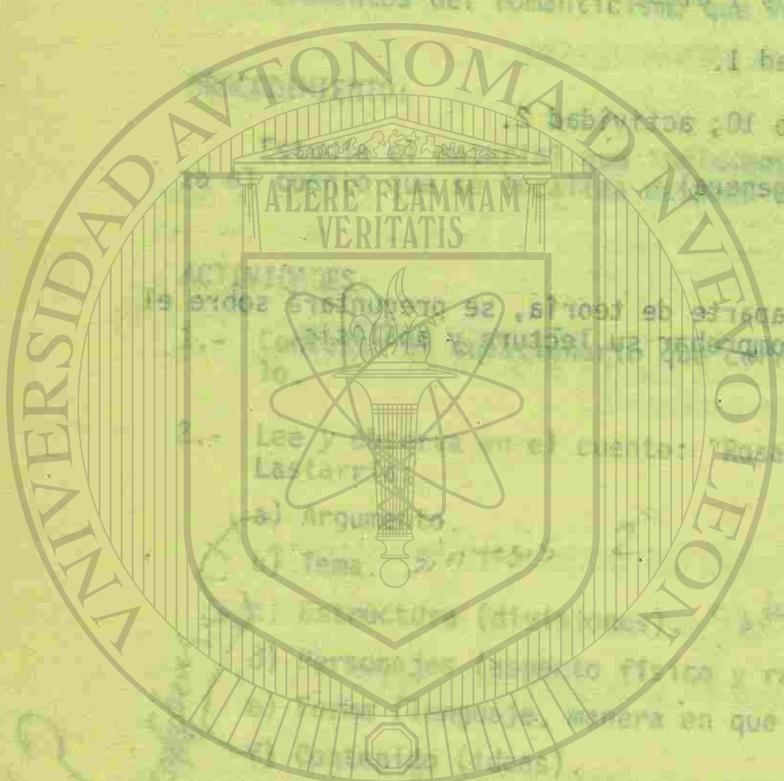
- 1er. día.- Objetivos 1 al 9.
- 2o. día.- Actividad 1.
- 3er. día.- Objetivo 10; actividad 2.
- 4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.

ROMANTICISMO

JUAN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I. ROMANTICISMO.

1. El romanticismo es considerado, por muchos críticos, como una de las últimas revoluciones de la Edad Moderna. Quizá la más radical de todas. Los medios que utilizó el romanticismo fueron: la contemplación de la naturaleza; de las delicias íntimas; de la vida natural. El regusto de la Edad Media cristiana y caballeresca; el fervoroso culto al Yo. La sugestión emotiva. A lo extranjero opuso lo nacional (lo propio contra lo extraño); a lo pagano y mitológico, lo cristiano y lo histórico; a lo heroico inverosímil, lo caballeresco ideal; a lo épico objetivo, lo subjetivo lírico; a la imitación de los textos antiguos, la copia de la realidad circundante; a la ley retórica, la emoción desnuda; a la razón, la fantasía, la pasión. El gusto por lo imprevisto y sentimental.

2. En principio, el romanticismo se excedió de sí, fue más allá de sus posibilidades y de sus intenciones. Cometió demasiadas. Por ir contra la frase pulida y redicha, cayó a la vez en el más desaforado individualismo, menos que nacional, casi local. La principal dificultad del romanticismo no estriba en su precisión, sino en la multitud de definiciones que se han dado de él. Pero afortunadamente en pocos años el romanticismo se encontró a sí mismo, se definió y atacó, con técnica propia, sus principios. El romanticismo era una reacción contra el objetivismo de la época. Según los clásicos, arte = belleza; para los románticos, arte = expresión.

5. Destacan en este ismo literario escritores como: Goethe, los Schlegel, Larra, Espronceda, López Soler, García de Villalta, Manuel Payno.

6. En América encontró el romanticismo tierra propicia. Este movimiento puede definirse como una actitud de inconformidad e inadaptabilidad que se manifiesta de dos modos: rebeldía y retiro. Tiene sus orígenes tanto en la historia como en la literatura. En Inglaterra, el romanti

cismo surgió al principio, con los poetas, como una protesta contra los efectos de la Revolución Industrial. En Francia, la restauración de la monarquía después de Waterloo abatió el espíritu de los jóvenes intelectuales entusiasmados con los ideales de la Revolución Francesa y con la gloria militar de Napoleón.

Además de estos hechos, el romanticismo constituyó una reacción literaria contra el neo-clasicismo, reacción que se manifestaba ya en la primera mitad del siglo XVIII. Añádase el impulso de la melancolía germánica y ya estaba listo para invadir a América. Aunque no se puede negar la procedencia europea del romanticismo, hay que reconocer las condiciones propicias del suelo americano. Las guerras de independencia eran románticas; la lucha por la libertad; las grandes hazañas militares; los altibajos en las fortunas de las guerras; la participación del plebeyo en algunos países; y las condiciones anárquicas. Una vez ganada la victoria final sobre España, los caciques adoptaron el romanticismo como una manera de vivir y siguió un período anárquico de unos cincuenta años, durante el cual los intelectuales literarios o mantuvieron una lucha exaltada contra los tiranos; o buscaron en la literatura las bases para fundar una cultura nacional; o sencillamente se desentendieron por completo de la barbarie que asolaba a su patria.

En sus obras, los románticos se limitaron a cuatro temas. Los rebeldes desarrollaron el tema político-liberal, la lucha contra la tiranía. Los desilusionados se retiraron del mundo agitado cultivando temas exóticos. El exotismo geográfico trató al indio americano como al "noble salvaje" que se imaginaban los europeos; el exotismo histórico convirtió el medievo de los autores europeos, en la época colonial de América; y el exotismo sentimental produjo amores imposibles.

En Europa, el romanticismo encontró su mejor expresión en la poesía, luego en el teatro y por último, en la novela. El cuento todavía no se reconocía como un género independiente de altos valores literarios. En América, pasó lo mismo, a excepción del teatro, que no se desarrolló por falta de grandes centros urbanos, y de la novela que andaba en sus inicios. Así es que, el cuento y la novela comienzan juntos

su trayectoria, lo cual explica, en parte, la confusión que aparece de vez en cuando entre los dos géneros,

El romanticismo además de un impulso artístico "fenomenal", fue un modo de vivir.

CUESTIONARIO:

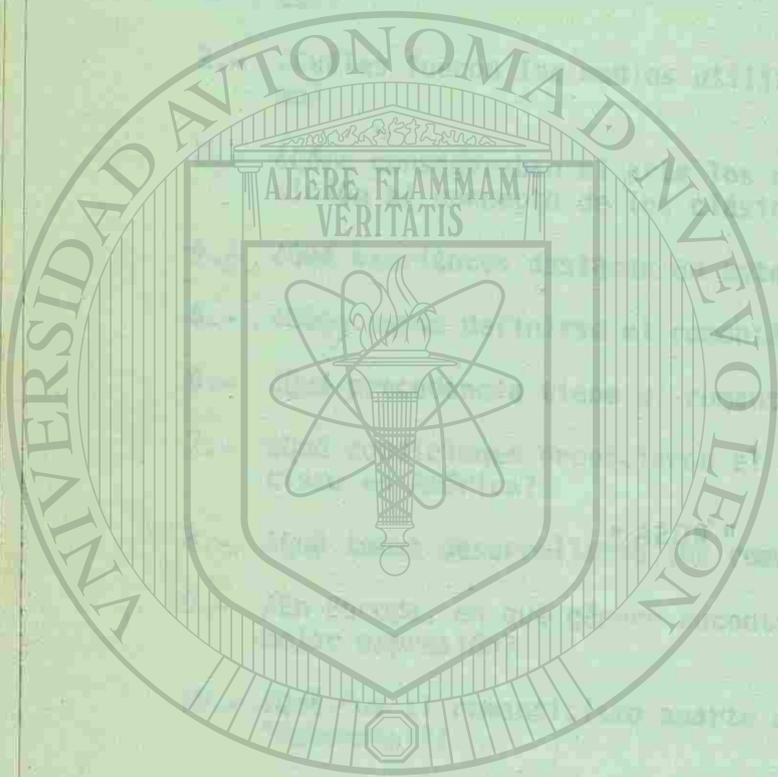
- 1.- ¿Cómo es considerado el romanticismo por muchos críticos?
- 2.- ¿Cuáles fueron los medios utilizados por el romanticismo?
- 3.- ¿Cómo consideraban el arte los románticos, en contraposición al concepto de los clásicos?
- 4.- ¿Qué escritores destacan en este ismo?
- 5.- ¿Cómo puede definirse el romanticismo?
- 6.- ¿Qué procedencia tiene el romanticismo?
- 7.- ¿Qué condiciones propiciaron el desarrollo del romanticismo en América?
- 8.- ¿Qué temas desarrollaron los románticos en sus obras?
- 9.- ¿En Europa, en qué género encontró el romanticismo su mejor expresión?
- 10.- ¿Qué fue el romanticismo aparte de un impulso artístico "fenomenal"?

" ROSA ".

José Victorino Lastarria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EPISODIO HISTORICO.

I

El 11 de febrero de 1817 la población de Santiago estaba dominada de un estupor espantoso. La angustia i la esperanza, que por tantos dias habian ajitado los corazones, convertíanse entónces en una especie de mortal abatimiento que se retrataba en todos los semblantes. El ejército independiente acababa de descolgarse de los nevados Andes i amenazaba de muerte al ominoso poder español: de su triunfo pendia la libertad, la ventura de muchos, i la ruina de los que, por tanto tiempo, se habian señoreado en el pais; pero ni unos ni otros se atrevian a descubrir sus temores, porque solo el indicarlos podria haberles sido funesto.

La noche era triste: un calor sofocante oprimia la atmósfera, el cielo estaba cubierto de negros i espesos nubarrones que a trechos dejaban entrever tal cual estrella empañada por los vapores que vagaban por el aire. Un profundo silencio que ponía espanto en el corazon i que de vez en cuando era interrumpido por lejanos i téticos ladridos, anunciaba que era - general la consternación. La noche en fin, era una de aquellas en que el alma se oprime sin saber por qué, le falta un porvenir, una esperanza; todas las ilusiones ceden: no hai - amigos, no hai amores, porque el escepticismo viene a secarlo todo con su duda cruel; no hai recuerdos, no hai imágenes, - porque el alma entera está absorta en el presente, en esa realidad pesada, desconsolante con que sañuda la naturaleza nos impone silencio i nos entristece. Temblamos sin saber lo que hacemos, el zumbido de un insecto, el vuelo de una ave nocturna nos hiela de pavor i parecen presajarnos un no sé qué de siniestro, de horrible...

Eran las diez, las calles estaban desiertas i oscuras; - solo al pié de los balcones de un deforme edificio se descubria, envuelto en un ancho manto, un hombre que, a veces apo-

yado en la muralla i otras moviéndose lentamente, semejaba estar en acecho.

De repente hiere el aire el melodioso prelude de una guitarra, pulsada como con miedo, i luego una voz varonil, dulce i apagada deja entender estos acentos:

*¿Qué es de tu fe, qué se ha hecho
El amor que me juraste,
Rosa bella,
Acaso alienta tu pecho
Otro amor i ya olvidaste
Mi querella?*

*¿No recuerdas, linda Rosa,
Que al separarte jurabas,
Sollozando,
Amarme siempre, i donosa
Con un abrazo sellabas
Tu adiós blando?*

*Como entonces te amo ahora,
Porque en mi pasada ausencia,
A mi lado,
Te soñaba encantador,
Compartiendo la inclemencia
De mi hado.*

*Torna, pues, a tus amores
No deseches mi quebranto.
¿Que muriera,
Si ultrajaras mis dolores,
Si desdeñaras mi llanto!
¿Hechicera...!*

Pone fin a las endechas un lijero ruido en los balcones i un suave murmullo que, al parecer, decia:

—¡Cárlos, Cárlos! ¿Eres tú?

—Si, Rosa mia, yo que vuelvo a verte, a unirme a tí para siempre!

—¡Para siempre! ¿Nó es una ilusion?

—No: hoi que vuelvo trayendo la libertad para mi patria i un corazon para tí, alma mia, tu padre se apiadará de nosotros: yo le serviré de apoyo para ante el gobierno independiente, i él me considerará como un marido digno de su hija...

—¡Ah! no te engañes, Cárlos, que tu engaño es cruel! Mi padre es pertinaz; te aborrece porque defiendes la independencia, tus triunfos le desesperan de rabia!...

—Yo le venceré, si tú me amas; prométeme fidelidad, i podré reducirle...

—¡Espera un instante, que en ese sitio estás en peligro!

El diálogo cesó. Despues de un tardío silencio, se ve entrar al caballero del manto por una puerta escusada del edificio, la cual tras él volvió a cerrarse.

Pero la calle no queda sin movimiento; a poco rato se vislumbra un embozado que sale con tiento de la casa, desaparece veloz, i luego vuelve con fuerza armada, i ocupa las avenidas del edificio: voces confusas de alarma, de súplica, ruido de armas, varios pistoletazos en lo interior, turban por algunos momentos el silencio de la ciudad.

Una brisa fresca del sur habia despejado la atmósfera, las estrellas brillaban en todo su esplendor i la luna aparecia coronando las empinadas cumbres de los Andes; su luz amoratada i rojiza, contrastaba con la oscura sombra de las montañas i les daba apariencias gigantescas i siniestras.

El chirrido de los cerrojos de la cárcel i de sus ferradas puertas resonó en la plaza: un preso es introducido a sus calabozos...

A la una del día doce, estaba sentado a la mesa con toda su familia el marques de Aviles. Uno de los empleados del gobierno real acaba de llegar.

—¿Qué nos dice de nuevo el señor Asesor? pregunta el marques.

—Nada de bueno: los insurjentes trepaban esta mañana a las siete la cuesta de Chacabuco: nuestro ejército los espera de este lado, i en este momento se está decidiendo la suerte del reino, señor marques. Entre tanto, ¿V. S. no ha leído la *Gaceta del Rei*?

—No, léala usted i veamos.

—Trae la misma noticia que acaba de dar a V. S. i este párrafo importante.

El Asesor lee:

"Anoche ha sido aprehendido, en una casa respetable de esta ciudad, el coronel insurjente Carlos del Rio. Se sabe de positivo que este facineroso ha sido el vencedor de nuestras avanzadas en la cordillera; i que juzgando el insolente San Martín que podía sacar gran ventaja de la audacia i sagacidad de este oficial le ha mandado a Santiago con el objeto de ponerse de concierto con los traidores que se ocultan en esta ciudad. Pero la providencia divina, que protege la causa del Rei, nuestro señor, puso en manos del gobierno el hilo de esta trama infernal, i uno de los mejores servidores de S. M. entregó anoche al insurjente, el cual se había atrevido a violar el asilo de aquel señor con un objeto bien sacrilego. S. M. premiará a su debido tiempo tan importante servicio, i el traidor espíará hoy mismo su crimen en un patíbulo, a donde le seguirán sus cómplices..."

Aquí llegaba la lectura del Asesor, cuando Rosa, que estaba al lado de su padre el marques, cae desmayada, lanzando un grito de dolor. Todos se alarman, la marquesa da voces, -

el Asesor se turba, unos corren, otros llegan; solo el marques permanecía impassible, i diciendo al Asesor:

—No se fije usted en esta loca, yo he sido quien ha prestado al Rei ese servicio, yo hice aprehender aquí, en mi casa, a ese insurjente que me traía inquieta a Rosa de mucho tiempo atrás; qué quiere usted icasi se criaron juntos! La frecuencia del trato, ¿eh?... El muchacho se inquietó, con los insurjentes, yo le arrojé de mi presencia i hoy ha vuelto a hacer de las suyas!

Después de algunos momentos, merced a los ausilios de la marquesa, Rosa vuelve en sí: sus hermosos ojos humedecidos, su color enrojecido, sus labios trémulos, su cabellera desarrugada, sus vestidos alterados, todo retrata el dolor acerbo que desgarró su corazón: es un ángel que pide compasión i que solo obtiene por respuesta una sonrisa fría, satánica!...

—¡Padre mio, dice arrodillada a los pies del marques, - yo juro no unirme jamás a Carlos, pero que él viva!... Un sollozo ahoga su voz.

—Que él muera, replica el anciano friamente, porque es traidor a su Rei.

—¿No os he dado gusto, padre mio? ¿No me he sacrificado hasta ahora por respetaros? Me sacrificaré más todavía, si es posible, pero que él viva!

—¡Vivirá i será tu esposo, si reniega de esa causa maldita de Dios que ha abrazado, si vuelve a las filas de su Rei... El anciano se conmovió al decir estas palabras.

Rosa se levanta con una gravedad majestuosa, i como dudando de lo que oye, fija en su padre una mirada profunda de dolor i de despecho, i concluye exclamando con acento firme:

—¡No, señor! Quiero más bien morir de dolor, i que Carlos muera también con honra por su patria, por su causa: yo no le amaría deshonorado!...

Desapareció. Un movimiento de espanto, como el que produce el rayo, ajitó a todos los circunstantes.

Las tinieblas de la noche iban venciendo ya el crepúsculo, que hacia verlo todo incierto i vago.

Había gran movimiento en el pueblo, el susto i el contento aparecían alternativamente en los semblantes, nadie sabe lo que hai, todos preguntan, se inquietan, corren, huyen; el tropel de los caballos i la algazara de los soldados de la guarnición lo ponen todo en alarma. La jente se apiña en el palacio, el Presidente va a salir, no se sabe de dónde: allí están el Marques, la Marquesa, el Asesor i otros muchos de los principales.

Rosa aprovecha la turbación jeneral, sale de su casa disfrazada con un gran pañalon: oye vivas a la patria, sabe luego que los independientes han triunfado en Chacabuco, i corre a la cárcel a salvar a su querido: llega, ve todas las puertas abiertas, no halla guardias, todo está en silencio, los calabozos desiertos; corre despavorida, llama a Carlos, solo le responde el eco de las ennegrecidas bóvedas. Penetra al fin en un patio: allí está Carlos, el pecho cruelmente desgarrado, la cabeza inclinada i atado por los brazos a un poste del corredor... ¡Una hora ántes le habian asesinado los cobardes satélites del Rei!

Rosa toma entre sus manos aquella cabeza que conservaba todavía la bella expresion del alma noble, intelijente, del bizarro coronel; quiere animarla con su aliento... se hiela de horror... vacila i cae de rodillas... Una mano de fierro la levanta, era la del Marques que con voz trémula i los ojos llorosos le dice:

—¡Respetar la voluntad de Dios!

III

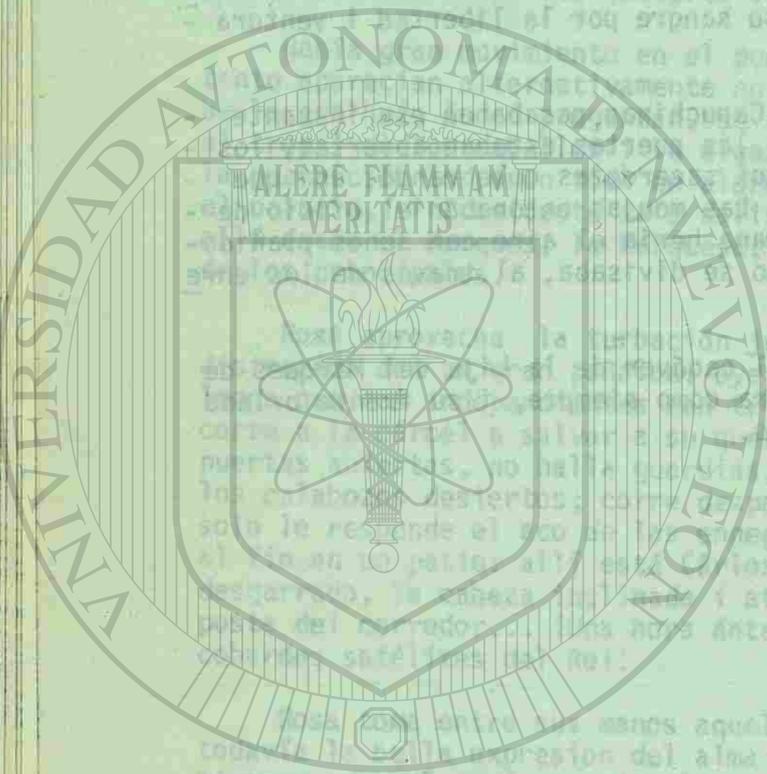
Era el 12 de febrero de 1818: el ruido de las campanas, las salvas de artillería, las músicas del ejército, los vivas del pueblo que llena las calles i plazas, todo anuncia -

que se está jurando la independencia de Chile!

¡La patria es libre, gloria a los héroes que en cien batallas tremolaron victoriosos el tricolor! Prez i honra eterna a los que derramaron su sangre por la libertad i ventura de Chile!...

En el templo de las Capuchinas pasaba en ese instante otra escena bien diversa: las puertas estaban abiertas, los altares iluminados, algunos sacerdotes celebrando; una que otra mujer piadosa oraba. Las monjas entonaban el oficio de difuntos, su lúgubre campana hería el aire con sonos plañideros. En el centro del coro se divisaba, al traves de los enrejados, un ataud...

Ese ataud contenía el cadáver de la hija del Marques de Aviles, estaba bella y pura como siempre, i su frente orlada con una guirnalda de rosas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10.- Mencionar qué debe, en cuanto a temas, la literatura ma-
dura del siglo XX al realismo.

3er. SEMESTRE. AREA III. UNIDAD IV.

REALISMO.

INTRODUCCION:

Un rasgo esencial del realismo es la unión íntima que se crea entre el narrador y el lector.

¿Qué es el realismo? ¿Cómo y por qué se logra esta comuni-
cación? Lo veremos ahora.

OBJETIVOS:

- 1.- Enumerar escritores que destacan en este ismo literario.
- 2.- Definir el realismo.
- 3.- Establecer a qué movimiento se opone el realismo.
- 4.- Mencionar las características de este ismo en contraste con el romanticismo.
- 5.- Citar a la figura máxima de este movimiento.
- 6.- Explicar cómo son el protagonista y demás personajes realistas.
- 7.- Explicar cómo se presenta el conflicto en un relato realista.
- 8.- Enunciar uno de los temas preferidos por los realistas.
- 9.- Enumerar cuentistas hispanoamericanos considerados realistas.

10.- Mencionar qué debe, en cuanto a temas, la literatura ma
dura del siglo XX al realismo.

11.- Determinar en qué género se presentó casi con exclusivi-
dad este ismo.

12.- Explicar las características del cuento: "San Antoñito"
y los elementos del realismo que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el capítulo II de este libro. Lee y analiza el
cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Responde el cuestionario de este capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento: "San Antoñito", de Tomás -
Carrasquilla:
 - a) Argumento.
 - b) Tema.
 - c) Estructura (divisiones).
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres realistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, in-
cluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar
la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

1er. día.- Objetivos 1 al 11.

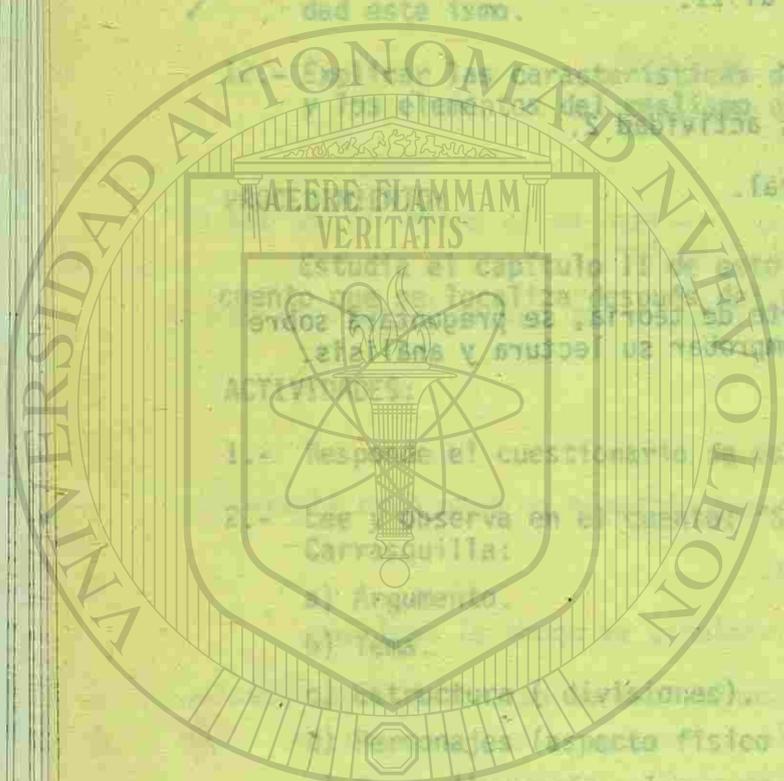
2o. día.- Actividad 1.

3er. día.- Objetivo 12; actividad 2.

4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre
el cuento, para comprobar su lectura y análisis.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

II. REALISMO.

Movimiento literario y artístico del siglo XIX que triunfó en Francia. Destacan en esta corriente literaria: Stendhal, Balzac, Pérez Galdós, Flaubert, Gautier.

¿Y qué es el realismo? Es el no para el sí. Lo negro contra lo blanco. El afán por cada día y por la consecuencia del día; la palabra cruda y escueta; el "paisaje" el "ambiente" para el retrato, el razonamiento tozudo y la corazónada contenida; el deseo desnudo de convencionalismo; la acción sin ceremonias. Lo que se masca, lo que se huele, lo que se toca, lo que se ve sin telaraña en los ojos. Sí, el realismo es todo eso. Pero es algo más, que únicamente se descubre a los menos espontáneos, a cuantos buscan las transformaciones lógicas y razonables, para estos el realismo "no deforma", sino que "conforma". Da igual importancia a la fealdad que a la belleza, a lo sucio que a lo limpio. El realismo es el movimiento que acabó con el romanticismo.

A mediados del siglo XIX, el romanticismo todavía conservaba su vigor en Hispanoamérica; en cambio, en Europa ya había sido sustituido por el realismo. Reaccionando contra el tono exaltado del romanticismo, el realismo se apegaba a la verosimilitud. En vez de buscar temas exóticos, el autor realista examinaba el mundo que lo rodeaba. Se interesaba en los problemas cotidianos de sus vecinos, los que generalmente pertenecían a la clase media. La figura máxima del realismo fue Honorato de Balzac, quien igual que sus correligionarios, Dickens en Inglaterra, Pérez Galdós en España, quiso hacer un esbozo panorámico de la nueva sociedad que iba surgiendo a raíz de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa.

Rechazando a los protagonistas heroicos del romanticismo, el autor realista escogía los tipos más interesantes de la clase media y generalmente los caricaturizaba. Al observar la sociedad los autores veían a sus personajes como la encarnación de ciertos rasgos de carácter: el bondadoso, el tacaño, el ingenuo, el chismoso, el "torcido" y el dichoso. A tal ex-

tremo llegó la predilección por los tipos caricaturescos que se convirtió en base de un género independiente, el artículo de costumbres. El protagonista realista raras veces tiene complejidad psicológica. Casi nunca evoluciona dentro de la obra y toda su actuación refuerza el tipo que el autor quiere presentar, de manera que el conflicto no se libra dentro del personaje sino entre dos personajes, o más, que representen tan distintos sectores de la población,

Uno de los temas preferidos de los realistas hispanoamericanos era la oposición de la bondad campestre a la maldad urbana. Aunque el desenlace podía no ser feliz, las descripciones detalladas del medio ambiente, fuera el campo o la ciudad, creaban cierta impresión pastoril.

Aunque el realismo se inicia en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX, con Alberto Blest Gana, no llegó a su apogeo hasta fines de ese siglo.

Cuentistas hispanoamericanos considerados como representantes de ese movimiento son: José López Portillo y Rojas, Tomás Carrasquilla, Manuel González Zeledón. A pesar de la amplia producción de cuentos realistas en Hispanoamérica, el género todavía no se define muy bien. Algunos cuentos realistas lindan peligrosamente con la novela corta, en tanto que otros se asemejan mucho al artículo de costumbres. De todos modos, el realismo, más que el romanticismo, el naturalismo y el modernismo, despertó el interés en temas netamente americanos, que había de constituir la base de la literatura ya madura del siglo XX.

El movimiento realista se presentó casi exclusivamente en la prosa, rozando apenas la poesía.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿En qué siglo se ubica el realismo?
- 2.- ¿Qué escritores destacan?
- 3.- ¿A qué movimiento se contraponen el realismo?
- 4.- ¿Qué características presenta este ismo?
- 5.- ¿Cómo escogían y veían a sus personajes los realistas?
- 6.- ¿Qué caracteres presenta el protagonista del realismo?
- 7.- ¿Qué rasgos contraponen el realismo con el romanticismo?
- 8.- ¿Quién fue la figura máxima del realismo?
- 9.- ¿Qué intentaban hacer los realistas en sus obras?
- 10.- ¿Cuál era uno de los temas preferidos de los realistas?
- 11.- ¿Qué autores son considerados representantes de este movimiento?
- 12.- ¿De qué género fue casi exclusivo el realismo?

Yallan

XIX

Stendhal, Balzac, Pérez Galdós, Flaubert, Gautier

Al romanticismo

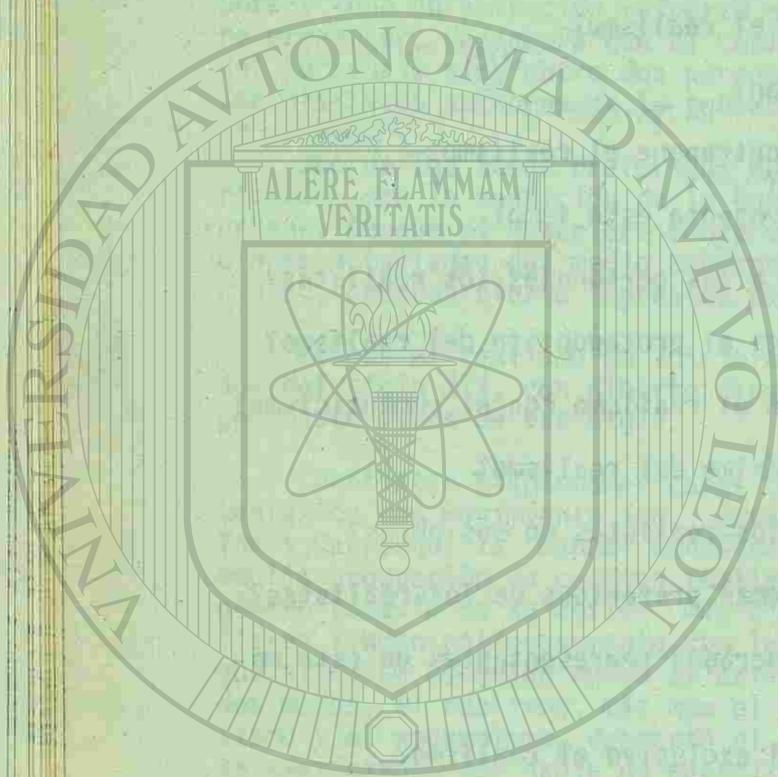
Opuesto al romanticismo, emplea lenguaje positivo y sencillo

Tuvos grandes

de su idealismo

al realismo

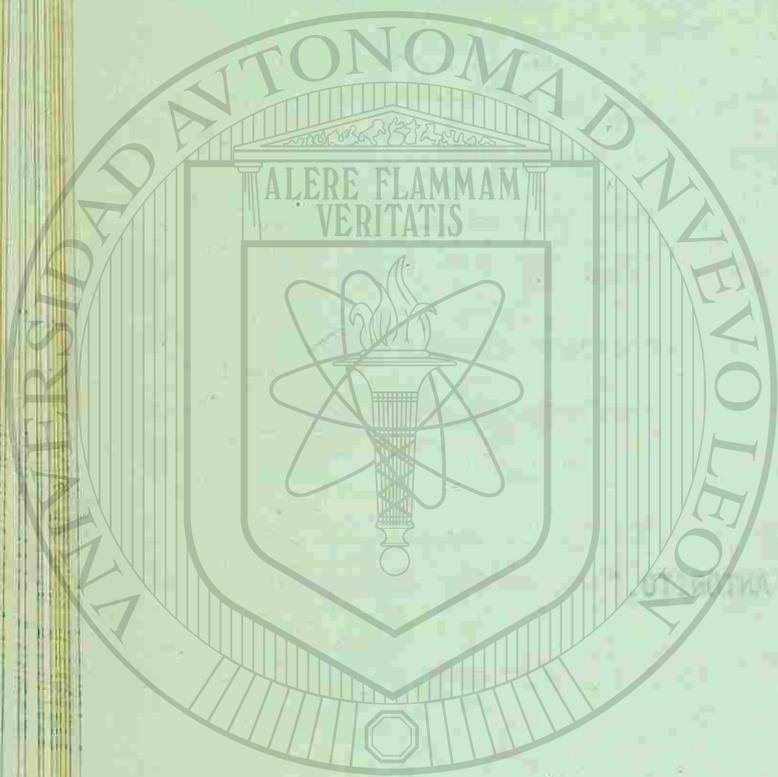
El realismo es concreto en sus temas. Es objetivo. Se inspira en lo natural. Las situaciones y personajes son representados tal como son.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tomás Carrasquilla. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Aguedita Paz era una criatura entregada a Dios y a su santo servicio. Monja fracasada por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda ella se dio a los asuntos de iglesia y sacristía, a la conquista de almas, a la mayor honra y gloria de Dios, mucho a aconsejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iba un día, y otro, y otro, entre gestiones y santas intriguillas de fábrica, componendas de altares, remontas y zurcidos de la indumentaria eclesiástica, *toilette* de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismos con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto y monaguillo mayor en procesiones y ceremonias. En quien vino a cifrar la buena señora un cariño tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y su paño de lágrimas; él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se picaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el acarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era primer ayudante y asesor en los grandes días de replicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas tantas coronas de flores, tantísimos paramentones de colorines.

Sobre tan buenas partes, era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado; enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en *La monja santa*, *Práctica de amor a Jesucristo* y en otros libros no menos piadosos y embe-

tecedores.

Prendas tan peregrinas como edificantes, fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa y olla, sino un doctor de la Iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad para honra y santificación de Dios.

Lo malo de la cosa era la pobreza e infelicidad de los padres del predestinado y la no mucha abundancia de su protectora. Mas no era ella para renunciar a tan sublimes ideales: esa miseria era la red con que el Patas quería estorbar el vuelo de aquella alma que había de remontarse serena, serena, como una palomita, hasta su Dios; pues no, no lograría el Patas sus intentos. Y discurriendo, discurriendo cómo rompería la diabólica maraña, diose a adiestrar a Damiancito en tejidos de red y crochet; y tan inteligente resultó el discípulo, que al cabo de pocos meses puso en cantarilla un ropón con muchas ramazones y arabescos que eran un primor, labrado por las delicadas manos de Damián.

Catorce pesos, billete sobre billete, resultaron de la invención.

Tras ésta vino otra, y luego la tercera, las cuales le produjeron obras de tres cóndores. Tales ganancias abrieron le a Aguedita tamaña agalla. Fuese al cura y le pidió permiso para hacer un bazar a beneficio de Damián. Concedióse lo el párraco, y armada de tal concesión y de su mucha elocuencia y seducciones, encontró apoyo en todo el señorío del pueblo. El éxito fue un sueño que casi trastornó a la buena señora, con ser que era muy cuerda: isesenta y tres pesos!

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián, que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia, la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficio formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. "El curita de Aguedita" llamábalo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de

otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias. El curita ayunaba tēmporas y cuaresmas antes que su Santa Madre Iglesia se lo ordenase, pues apenas entraba por los quince; y no así, atracándose con el mediodía y comiendo cada rato, como se estila ogaño, sino con una frugalidad eminentemente franciscana, y se dieron veces en que el ayuno fuera al traspaso cerrado. El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos de *Imitación de Cristo*, obra que a estas andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado, y nadie lo dudaba pues Damián volvía ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin, que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todas a una le pedían que las metiese en parte en sus santas oraciones.

Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquíptico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro, muy rodillijunto y patiabierdo, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante. Ya no fue curita: fue "San Antoñito". San Antoñito le nombraban y por San Antoñito entendía. "¡Tan queridito!" -decían las señoras cuando le veían salir de la iglesia, con su paso tan menudito, sus codos tan remendados, su par de parches en las posas, pero tan aseadito y decoroso-. "Tan bello ese modo de rezar, icon sus ojos cerrados! ¡La unción de esa criatura es una cosa que edifica! Esa sonrisa de humildad y mansedumbre. ¡Si hasta en el camino se le ve la santidad!"

Una vez adquiridos los dineros, no se durmió Aguedita en las pajas. Avistóse con los padres del muchacho, arreglóle el ajuar; comulgó con él en una misa que habían mandado a la Santísima Trinidad para el buen éxito de la empresa; dióle los últimos perfiles y consejos, y una mañana muy fría

de enero viose salir a San Antoñito de panceburro nuevo, caballero en la mulita vieja de Seño Arciniegas, casi perdido entre los zamarros del Mayordomo de Fábrica, escoltado por un rescatante que le llevaba la maleta y a quien venía consignado. Aguedita, muy emparentada con varias señoras muy acaudaladas de Medellín, había gestionado de antemano a fin de recomendar a su protegido; así fue que cuando éste llegó a la casa de asistencia y hospedaje de las señoras Del Pino halló campo abierto y viento favorable.

La seducción del santo influyó al punto, y las señoras Del Pino, Doña Pacha y Fulgencita, quedaron luego a cuál más pagada de su recomendado. El Maestro Arenas, el sastre del Seminario, fue llamado inmediatamente para que le tomase las medidas al presunto seminarista y le hiciese una sotana y un manteo a todo esmero y baratura, y un terno de lanilla carmelita para las grandes ocasiones y trasiegos callejeros. Ellas le consiguieron la banda, el tricornio y los zapatos; y Doña Pacha se apersonó en el Seminario para recomendar ante el Rector a Damián. Pero, ¡oh desgracia! no pudo conseguir la beca: todas estaban comprometidas y sobraba la mar de candidatos. No por eso amilanóse Doña Pacha: a su vuelta del Seminario entró a la Catedral e imploró los auxilios del Espíritu Santo para que la iluminase en conflicto semejante. Y la iluminó. Fue el caso que se le ocurrió avistar se con Doña Rebeca Hinestrosa de Gardeazábal, dama viuda riquísima y piadosa, a quien pintó la necesidad y de quien recabó almuerzo y comida para el santico. Felicísima, radiante, voló Doña Pacha a su casa, y en un dos por tres habilitó de celdilla para el seminarista un cuartucho de trebejos que había por allá junto a la puerta falsa; y aunque pobres, se propuso darle ropa limpia, alumbrado, merienda y desayuno.

Juan de Dios Barco, uno de los huéspedes, el más mimado de las señoras por su acendrado cristianismo, as en el Apostolado de la Oración y malilla en los asuntos de San Vicente, regalóle al muchacho algo de su ropa en muy buen estado y un par de botines, que le vinieron holgadillos y un tanto sacados y movedizos de jarrete. Juancho le consiguió con mucha rebaja los textos y útiles en la Librería Católica, y cácame a Periquito hecho fraile.

No habían transcurrido tres meses, y ya Damiancito era dueño del corazón de sus patronas, y propietario en el de los pupilos y en el de cuanto huésped arribaba a aquella casa de asistencia tan popular en Medellín. Eso era un contagio.

Lo que más encantaba a las señoras era aquella parejura de genio; aquella sonrisa, mueca celeste, que ni aún en el sueño despintaba Damiancito; aquella cosa allá, indefinible, de ángel raquítico y enfermizo, que hasta a esos dientes podridos y desperejados daba un destello de algo ebúrneo, nacarino; aquel filtrarse la luz del alma por los ojos, por los poros de ese muchacho tan feo al par que tan hermoso. A tanto alcanzó el hombre que a las Señoras se les hizo un ser necesario. Gradualmente, merced a instancias que a las patronas les brotaban desde la fibra más cariñosa del alma, Damiancito se fue quedando, ya a almorzar, ya a comer a casa; y llegó día en que se le envió recado a la señora de Gardeazábal que ellas se quedaban definitivamente con el encanto.

-Lo que más me pela del muchachito -decía Doña Pacha- es ese poco metimiento, esa moderación con nosotros y con los mayores. ¿No te has fijado Fulgencia, que si no le hablamos, él no es capaz de dirigirnos la palabra por su cuenta?

-No digas eso, Pacha iesa aplicación de ese niño! ¡Y ese juicio que parece de viejo! ¡Y esa vocación para el sacerdocio! Y esa modestia: ni siquiera por curiosidad ha alzado a ver a Candelaria.

Era la tal muchacha criada por las Señoras un mucho recato, señorío y temor de Dios. Sin sacarla de su esfera y condición mimábanla cual a propia hija; y como no era mal parecida y en casa como aquella nunca faltan asechanzas, las Señoras, si bien miraban a la chica como un vergel cerrado, no la perdían de vista ni un instante.

Informada Doña Pacha de las habilidades del pupilo como franjista y tejedor, púsolo a la obra, y pronto varias señoras ricas y encopetadas, le encargaron atimacasares y cubiertas de muebles. Corrida la noticia por los *réclames* de Ful-

gencia, se le pidió una cubrecama para una novia... ¡Oh! ¡En aquello sí vieron las Señoras los dedos de un ángel! Sobre aquella red sutil e inmaculada cual telaraña de la gloria, albeaban con sus pétalos ideales, manojos de azucenas, y volaban como almas de vírgenes unas mariposas aseñoradas, de una gravedad coqueta y desconocida. No tuvo que intervenir la lavandera: de los dedos milagrosos salió aquel ampo de pureza a velar el lecho de la desposada.

Del importe del cubrecama sacóle Juancho un flux de muy buen paño, un calzado hecho sobre medidas y un tirolés de profunda hendidura y ala muy graciosa. Entusiasmada doña Fulgencia con tantísima percha, hízole de un retal de blusa mujeril que le quedaba en bandera una corbata de moño, a la que, por sugestión acaso, imprimió la figura arrobadora de las mariposas supradichas. Etéreo, como una revelación de los mundos celestiales, quedó Damiancito con los atavíos; y cual si ellos influyesen en los vuelos de su espíritu sacerdotal, iba creciendo, al par que en majeza y galanura, en las sapiencias y reconditeces de la latinidad. Agachado en una mesita cojitranca, vertía del latín al romance y del romance al latín ahora a Cornelio Nepote y tal cual miaja de Cicerón, ahora a San Juan de la Cruz, cuya serenidad hispánica remansaba en unos hiperbatones dignos de Horacio Flaco. Probablemente Damiancito sería con el tiempo un Caro número dos.

La cabecera de su casta camita era un puro pegote de cromos y medallas, de registros y estampitas, a cuál más religioso. Allí Nuestra Señora del Perpetuo, con su rostro flacucho tan parecido al del seminarista; allí Martín de Pórreres, que armado de su escoba representaba la negrería del Cielo; allí Bernadette, de rodillas ante la blanca aparición; allí copones entre nubes, ramos de uvas y gavillas de espigas, y el escapulario del Sagrado Corazón, de alto relieve, destacaba sus chorrerones de sangre sobre el blanco disco de franela.

Doña Pacha, a vueltas de sus entusiasmos con las virtudes y angelismo del curita, y en fuerza acaso de su misma religiosidad, estuvo a pique de caer en una cisma: muchísimo admiraba a los sacerdotes, y sobre todo, al Rector del Seminario, pero no le pasaba, ni envuelto en hostias, eso de que no se le diese becas a un sér como Damián, a ese pobrecito deshe redado de los bienes terrenos, tan millonario en las riquezas eternas. El Rector sabía mucho; tanto, si no más que el Obispo; pero ni él ni su Ilustrísima le habían estudiado, ni mucho menos comprendido. Claro. De haberlo hecho, desbecarían al más pintado, a trueque de colocar a Damiancito. La Iglesia Antioqueña iba a tener un San Tomasito de Aquino, si acaso Damián no se moría, porque el muchacho no parecía cosa para este mundo.

Mientras que Doña Pacha fantaseaba sobre las excelsitudes morales de Damián, Fulgencita se daba a mimarle el cuerpo endeble que aprisionaba aquella alma apenas comparable al cubrecama consabido. Chocolate sin harina, de lo más concentrado y espumoso, aquel chocolate con que las hermanas se regodeaban en sus horas de sibaritismo, le era servido en una jicara tamaña como esquilón. Lo más selecto de los comistrajés, las grosuras domingueras con que regalaban a sus comensales, iban a dar en raciones frailescas a la tripa del seminarista, que gradualmente se iba anchando, anchando. Y para aquella cama que antes fuera dura tarima de costurero, hubo blandicies por colchones y almohadas, y almidonadas blancuras semanales por sábanas y fundas, y flojedades cariñosas por la colcha grabada, de candideces blandas y flecos desmadejados y acariciadores. La madre más tierna no repasa ni revisa los indumentos interiores de su unigénito cual lo hiciera Fulgencita con aquellas camisas, con aquellas medias y con aquella otra pieza que no pueden nombrar las *misses*. Y aunque la señora era un tanto asquenta y poco amiga de entenderse con ropas ajenas, fuesen limpias o sucias, no le pasó ni remotamente al manejar los trapitos del seminarista ni un ápice de repugnancia. Qué le iba a pasar; si antes se le antojaba, al manejarlas, que sentía el olor de pureza que deben exhalar los suaves pulmones de los ángeles. Famosa dobladora de tabacos, hacía unos largos y aseñorados, que eran para que Damian

cito los fumase a solas en sus breves instantes de vagar.

Doña Pacha, en su misma adhesión al santico, se alarmaba a menudo con los mimos y ajonjeos de Fulgencia, pareciéndole un tanto sensuales y antiascéticos tales refinamientos y tabaqueos. Pero su hermana le replicaba, sosteniéndole que un niño tan estudioso y consagrado necesitaba muy buen alimento; que sin salud no podía haber sacerdotes, y que a alma tan sana no podían malearla las insignificancias de unos cuatro bocados más sabrosos que la bazofia ordinaria y cotidiana, ni mucho menos el humo de un cigarro; y que así como esa alma se alimentaba de las dulzuras celestiales, también el pobre cuerpo que la envolvía podía gustar algo dulce y sabroso, máxime cuando Damiancito le ofrecía a Dios todos sus goces puros e inocentes.

Después del rosario con misterios en que Damián hacía el coro, todo él ojicerrado, todo él recogido, todo extático, de hinojos sobre la áspera estera antioqueña que cubría el suelo, después de este largo coloquio con el Señor y su Santa Madre, cuando ya las patronas habían despachado sus quehaceres y ocupaciones de prima noche, solía Damián leerles algún libro místico, del padre Fáber por lo regular. Y aquella vocecilla gangosa, que se desquebrajaba a salir por aquella dentadura desportillada, daba el tono, el acento, el carácter místico de oratoria sagrada. Leyendo *Belén*, el poema de la Santa Infancia, libro en que Fáber puso su corazón, Damián ponía una cara, unos ojos, una mueca que a Fulgencia se le antojaban transfiguración o cosa así. Más de una lágrima se le saltó a la buena señora en esas leyendas.

Así pasó el primer año, y, como era de esperarse, el resultado de los exámenes fue estupendo; y tanto el desconuelo de las Señoras al pensar que Damiancito iba a separarseles durante las vacaciones, que él mismo, *motu proprio*, de terminó no irse a su pueblo y quedarse en la ciudad, a fin de repasar los cursos ya hechos y prepararse para los siguientes. Y cumplió el programa con todos sus puntos y comas; entre textos y encajes, entre redes y cuadernos, rezando a ratos, meditando con frecuencia, pasó los asuetos; y

sólo salía a la calle a las diligencias y compras que a las Señoras se les ocurría, y tal vez a paseos vespertinos a las afueras más solitarias de la ciudad, y eso porque las Señoras a ello lo obligaban.

Pasó el año siguiente; pero no pasó, que antes se acrecentaba más y más, el prestigio, la sabiduría, la virtud sublime de aquel santo precoz. No pasó tampoco la inquina santa de Doña Pacha al Rector del Seminario: que cada día le sancochaba la injusticia y el espíritu de favoritismo que aún en los mismos seminarios cundía e imperaba.

Como a fines de ese año, a tiempo que los exámenes terminaban, se les hubiese ocurrido a los padres de Damián venir a visitarlos a Medellín, y como Aguedita estuviera de viaje a los ejercicios de diciembre, concertaron las patronas, previa licencia paterna que tampoco en esta vez fuese Damián a pasar las vacaciones a su pueblo. Tal resolución les vino a las Señoras no tanto por la falta que Damián iba a hacerles, cuanto y más por la extremada pobreza, por la miseria que revelaban aquellos viejecitos, un par de campesinos de lo más sencillo e inocente, para quienes la manutención de su hijo iba a ser, si bien por pocos días, un gravamen harto pesado y agobiador. Damián, este ser obediente y sometido, a todo dijo amén con la mansedumbre de un cordero. Y sus padres, después de bendecirle, partieron, llorando de reconocimiento a aquellas patronas tan bondadosas, a mi Dios que les había dado aquel hijo.

¡Ellos, unos pobrecitos montañeros, unos ñoes, unos muertos de hambre, taitas de un curita! Ni podían creerlo. ¡Si su Divina Majestad fuese servida de dejarlos vivir hasta verlo cantar misa o alzar con sus manos la hostia, el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo! Muy pobrecitos eran, muy infelices; pero cuanto tenían, la tierrita, la vaca, la media roza, las cuatro matas de la huerta, de todo saldrían, si necesario fuera, a trueque de ver a Damiancito hecho cura. Pues ¿Aguedita? El cuajo se le ensanchaba de celeste regocijo, la glorificación de Dios le rebullía por dentro al pensar en aquel Sacerdote, casi hechura suya. Y la Parroquia misma, al sen-

tirse patria de Damián, sentía ya vibrar por sus aires el soplo de la gloria, el hálito de la santidad: sentíase la Pacha chiquita.

No cedía Doña Pacha en su idea de la beca. Con la tenacidad de las almas bondadosas y fervientes buscaba y buscaba la ocasión: y la encontró. Ello fue que un día, por allá en los juicios siguientes, apareció por la casa, como llovida del cielo y en calidad de huésped, Doña Débora Córdoba, señora briosa y espiritual, paisana y próxima parienta del Rector del Seminario. Saber Doña Pacha lo del parentesco y encargarse a Doña Débora de la intriga, todo fue uno. Prestóse ella con entusiasmo, prometiéndole conseguir del Rector cuanto pidiese. Ese mismo día solicitó por el teléfono una entrevista con su ilustre allegado; y al Seminario fue a dar a la siguiente mañana.

Doña Pacha se quedó atragantándose de Te Deums y Magníficats, hecha una acción de gracias; corrió Fulgencia a arreglar la maleta y todos los bártulos del curita, no sin *chocar* un poquillo por la separación de este niño que era como el respeto y la veneración de la casa. Pasaban horas, y Doña Débora no aparecía. El que vino fue Damián, con sus libros bajo el brazo, siempre tan parejo y tan sonreído.

Doña Pacha quería sorprenderlo con la nueva, reservándose para cuando todo estuviera definitivamente arreglado, pero Fulgencita no pudo contenerse y le dio algunas puntadas. Y era tal la ternura de esa alma, tanto su reconocimiento, tanta su gratitud a las patronas, que, en medio de su dicha, Fulgencita le notó cierta angustia, tal vez la pena de dejarlas. Como fuese a salir, quiso detenerlo Fulgencita; pero no le fue dado al pobrecito quedarse, porque tenía que ir a la Plaza de Mercado a llevar una carta a un arriero, una carta muy interesante para Aguedita.

El que sale, y Doña Débora que entra. Viene inflamada por el calor y el apresuramiento. En cuanto la sientan las Del Pino se le abocan, la interrogan, quieren sacarle de un tirón la gran noticia. Siéntase Doña Débora en un diván

exclamando:

-Déjenme descansar y les cuento.

Se le acercan, la rodean, la asedian. No respiran. Medio repuesta un punto, dice la mensajera:

-Mis queridas, ¡se las comió el santico! Hablé con Ulpianito. Hace más de dos años que no ha vuelto al Seminario... Ulpianito ni se acordaba de él!...

-¡Imposible! ¡Imposible! -exclamaban a dúo las dos señoras.

-No ha vuelto... Ni un día. Ulpianito ha averiguado con el vicerrector, con los Pasantes, con los Profesores todos del seminario. Ninguno lo ha visto. El Portero, cuando oyó las averiguaciones, contó que ese muchacho estaba entregado a la vagamundería. Por ahí dizque lo ha visto en malos pasos. Según cuentas, hasta donde los protestantes dizque ha estado...

-Esa es una equivocación, Misiá Débora -prorrumpe Fulgencita con fuego.

-Eso es por no darle la beca -exclama Doña Pacha, sulfurada-. ¡Quién sabe en qué enredo habrán metido a ese pobre angelito!

-Sí, Pacha -asevera Fulgencita-. A Misiá Débora la han engañado. Nosotras somos testigos de los adelantos de ese niño; él mismo nos ha mostrado los certificados de cada mes y las calificaciones de los certámenes.

-Pues no entiendo, mis señoras, o Ulpiano me ha engañado -dice Doña Débora, ofuscada, casi vacilando.

Juan de Dios Barco aparece.

-Oiga, Juancho, por Dios -exclama Fulgencita en cuanto le echa el ojo encima-. Camine, oiga estas brujerías.

Cuéntele, Misiá Débora.

Resume ella en tres palabras; protesta Juancho; se afirman las Patronas; dase por vencida Doña Débora.

-Esta no es conmigo -vocifera Doña Pacha, corriendo al teléfono.

Tilín... tilín...

-Central... ¡Rector del Seminario!...

Tilín... tilín...

Y principian. No oye, no entiende; se enreda, se involucra, se *tupe*; da la bocina a Juancho y escucha temblorosa. La sierpre que se le enrosca a Núñez de Arce le *pasa rumbando*. Da las gracias Juancho, se despide, cuelga la bocina y aísla.

Y aquella cara anodina, agermanada, de zuavo de Cristo, se vuelve a las Señoras; y con aquella voz de inmutable simpleza, dice:

-¡Nos co-mió el se-bo el pen-de-je-te!

Se derrumba Fulgencia sobre un asiento. Siente que se desmorona, que se deshíela moralmente. No se asfixia porque la caldera estalla en un sollozo.

-No llorés, Fulgencita -vocifera Doña Pacha, con voz enronquecida y temblona-, idéjame estar!

Alzase Fulgencia y ase a la hermana por los molledos.

-No le vaya a decir nada, mi querida. ¡Pobrecito!

Rúmbala Doña Pacha de tremenda manotada.

-¡Que no le diga! ¡Que no le diga! ¡Que venga aquí ese pasmado!... ¡Jesuíta! ¡Hipócrita!

-No, por Dios, Pacha...

-¡De mí no se burla ni el obispo! ¡Vagabundo! ¡Perdido! Engañar a unas tristes viejas; robarles el pan que podían haberle dado a un pobre que lo necesitara. ¡Ah malvado, comulgador sacrílego! ¡Inventor de certificados y de certámenes! ... ¡Hasta protestante será!

-Vea mi queridita, no le vaya a decir nada a ese pobre. Déjelo siquiera que almuerce.

Y cada lágrima le caía congelada por la arrugada mejilla,

Intervienen Doña Débora y Juancho. Suplican.

-¡Bueno! -decide al fin Doña Pacha, levantando el dedo-, ¡ártalo de almuerzo hasta que reviente. Pero eso sí, chocolate del de nosotras sí no le das a ese sinvergüenza. Que beba aguadulce o que se largue sin sobremesa.

Y erguida, agrandada por la indignación, corre a servir el almuerzo.

Fulgencita alza a mirar, como implorando auxilio, la imagen de San José, su santo predilecto.

A poco llega el santico más humilde, con la sonrisilla seráfica un poquito más acentuada.

-Camine a almorzar, Damiancito -le dice Doña Fulgencia, como en un trémolo de ternura y amargura.

Sentóse la criatura y de todo comió, con mastiqueo nervioso, y no alzó a mirar a Fulgencita, ni aun cuando ésta le sirvió la inusitada taza de agua de panela.

Con el último trago le ofrece Doña Fulgencia un manojito de tabacos, como lo hacía con frecuencia. Recíbelos San Antónito, enciende y vase a su cuarto.

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fue a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra; ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no aparece: corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmundada de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

III, COSTUMBRISMO.

Tendencia literaria y artística que refleja en las obras las costumbres del lugar y de la época en que vive el artista creador. En sentido más restringido, costumbrismo es una interpretación objetiva de las costumbres, de los tipos y de los paisajes, que forma obra aparte y sin conexión con otras tendencias literarias o artísticas.

En un sentido amplio, el costumbrismo existe en la mayoría de las novelas y obras de teatro, en los llamados "cuadros de historia", pero como una parte, más o menos trascendente dentro del todo.

En la gran corriente realista española, de tan extensa variedad, continuidad y permanencia, que invade todos los géneros literarios, que se manifiesta del mismo modo en la narración o en el teatro, en la prosa o en el verso, el costumbrismo viene a ser una modalidad menor, algo así como la que representa el sainete, llamado con tanta exactitud: género chico, respecto al teatro. Es un abigarrado apunte de color con relación al cuadro, no sólo por lo que se refiere a sus propias dimensiones, sino también en cuanto a sus pretensiones y límites.

La denominación genérica de la palabra costumbrismo es: el reflejo de las costumbres, ya fuese un capítulo de novela, un pasaje dramático o un sainete, cualquier poema descriptivo, y aun, rebasando los linderos de lo puramente literario, un dibujo o una pintura, y en este sentido amplio cabría considerar como costumbrista la novela picaresca o cortesana.®

El costumbrismo surge de las narraciones picarescas y cortesanas, creciendo hasta adquirir un vigor y una peculiaridad extraordinaria, netamente español, desdeñoso de las influencias extranjeras de las que no se libraron los demás géneros.

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fue a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra; ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no aparece: corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmundada de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

III, COSTUMBRISMO.

Tendencia literaria y artística que refleja en las obras las costumbres del lugar y de la época en que vive el artista creador. En sentido más restringido, costumbrismo es una interpretación objetiva de las costumbres, de los tipos y de los paisajes, que forma obra aparte y sin conexión con otras tendencias literarias o artísticas.

En un sentido amplio, el costumbrismo existe en la mayoría de las novelas y obras de teatro, en los llamados "cuadros de historia", pero como una parte, más o menos trascendente dentro del todo.

En la gran corriente realista española, de tan extensa variedad, continuidad y permanencia, que invade todos los géneros literarios, que se manifiesta del mismo modo en la narración o en el teatro, en la prosa o en el verso, el costumbrismo viene a ser una modalidad menor, algo así como la que representa el sainete, llamado con tanta exactitud: género chico, respecto al teatro. Es un abigarrado apunte de color con relación al cuadro, no sólo por lo que se refiere a sus propias dimensiones, sino también en cuanto a sus pretensiones y límites.

La denominación genérica de la palabra costumbrismo es: el reflejo de las costumbres, ya fuese un capítulo de novela, un pasaje dramático o un sainete, cualquier poema descriptivo, y aun, rebasando los linderos de lo puramente literario, un dibujo o una pintura, y en este sentido amplio cabría considerar como costumbrista la novela picaresca o cortesana.®

El costumbrismo surge de las narraciones picarescas y cortesanas, creciendo hasta adquirir un vigor y una peculiaridad extraordinaria, netamente español, desdeñoso de las influencias extranjeras de las que no se libraron los demás géneros.

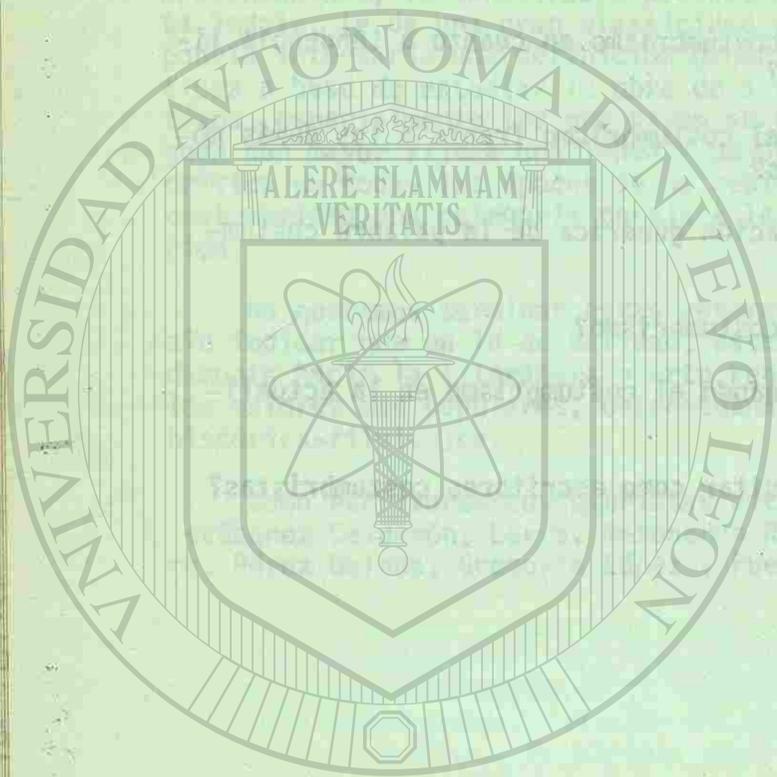
Al costumbrismo no es fácil definirlo, pues si a primera vista pudiera creerse un género fijado, sujeto a normas preconcebidas, la innumerable producción de artículos de esta índole, le da una gran elasticidad y variedad. Tan solo podría intentarse una definición genérica de sus características a base de estudiar la obra de sus creadores representativos, especialmente los que viven en el siglo XIX, que siguen con mayor fijeza una línea y un propósito comunes. La crítica de todas las épocas se ha resistido a conceder al costumbrismo una categoría pareja a la de otros ismos literarios.

No queremos terminar estas referencias al costumbrismo sin indicar que en la actualidad, esta evolucionando decididamente hacia la literatura y arte regional, favoreciendo los valores más populares, desencadenando una nueva ciencia histórica-filológica.

Como escritores costumbristas citaremos a: Serafín Estébanez Calderón, Larra, Mesoneros Romanos, Fernán Caballero, Pérez Galdós, Gregorio López y Fuentes.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cómo se define el costumbrismo en cuanto a tendencia literaria y artística?
- 2.- ¿Cómo se considera al costumbrismo frente a los demás movimientos literarios?
- 3.- ¿Cuál es la denominación genérica de la palabra costumbrismo?
- 4.- ¿De dónde surge el costumbrismo?
- 5.- ¿Cómo está evolucionando el costumbrismo en la actualidad?
- 6.- ¿Quiénes se pueden citar como escritores costumbristas?



JUANIL

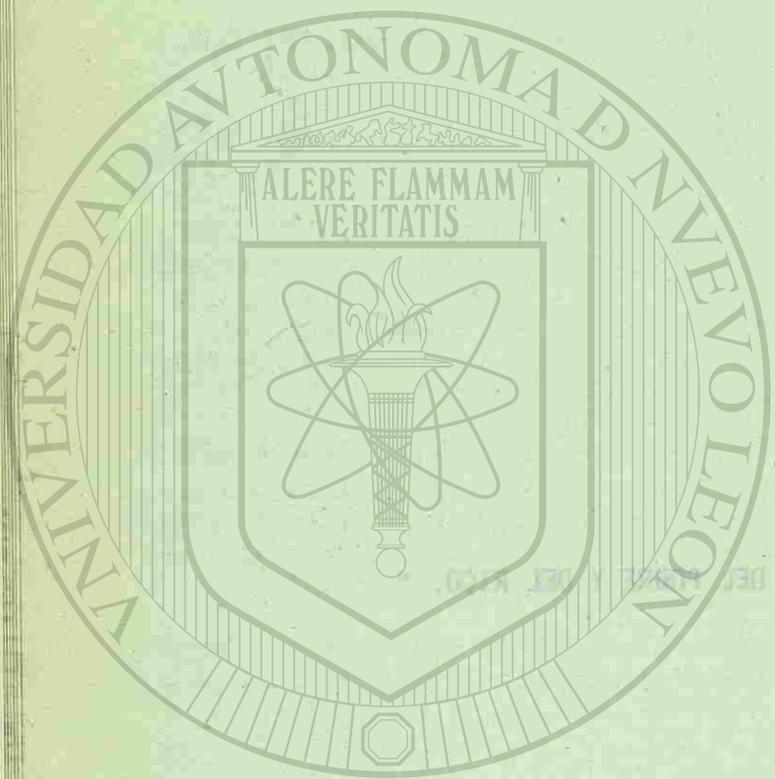
" EL SUEÑO DEL POBRE Y DEL RICO. "

Gregorio Torres Quintero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

Entre los recuerdos de mi niñez, guardo uno, bastante vívido, referente a un riquísimo hacendado de Zapotlán.

Y es que en torno de la riqueza, el pueblo gusta de forjar leyendas, del mismo modo que las forja en torno de un sombrío torrente, de una misteriosa gruta, de una escondida laguna, de un valiente aventurero o de un generoso capitán de ladrones. La historia no es más que la leyenda despojada de lo misterioso y pintoresco. La leyenda, tan despreciada en un tiempo por los historiadores, ha recuperado en los tiempos modernos su antiguo prestigio, y hoy reclama su pues como origen o madre de la historia.

Pues bien, cuando yo era un rapaz, gustando mucho de los cuentos y de las relaciones fantásticas (y en esto era yo como todos los niños), oí hablar mucho de un rico hacendado de Zapotlán, apellidado Manzano. Nunca supe su nombre de pila. Es seguro que hoy existen descendientes suyos.

Aseguraban las versiones vernáculas que era riquísimo, inmensamente rico. Pero no se atribuía su riqueza a su genio emprendedor, a su enérgico carácter, a sus hábitos de orden y de economía, a su talento y a su claro conocimiento de los negocios, etc.

No.

La gente creía que tenía un familiar.

Un día pregunté qué cosa era un familiar.

—Un familiar —me dijo una grave señora—, es un pequeño animal, apenas del tamaño de un cuyo, y muy parecido a él. Tiene los ojos muy grandes, dado el tamaño de su cuerpo, tan grandes como unos tostones, si el animal es blanco; y tan grandes como medias onzas de oro, si es amarillo, y en ambos casos con el brillo del propio metal. Los hay, pues, blancos

y amarillos. Nadie los ve más que el dueño, y siempre están encerrados en cofres. Dicen que si les da la luz del sol, se deshacen y se evaporan.

—Pero, ¿en qué consiste que esos animalitos dan la riqueza?

—¡Ah! Pues ponen como las gallinas, sólo que ellos no ponen huevos, sino pesos u onzas de oro. Si son blancos, ponen pesos, nuevecitos; si son amarillos, ponen onzas de oro, recién acuñadas. Pero no creas que un peso o una onza al día, sino chorros de onzas o de pesos todos los días...

—¡Oh! ¡Yo quisiera tener uno, aunque fuera blanco!

—¡Cállate, niño! ¡Sólo los da el diablo!

—¿Cómo?

—¿Luego ese rico Manzano...?

—Le vendió el alma al diablo.

—¿Y...?

—¡Está condenado!

II

Ya adolescente, me contaron que había en Sayula una casona antigua, abandonada por sus dueños, en virtud de que en ella asustaban...

Habían pasado por ella muchas familias que habían intentado habitarla. Y todas se habían ido de allí aterrorizadas.

No había ya quien la alquilara.

Y llegó un tiempo en que nadie quería vivir en ella ni de balde.

La casona inspiraba miedo hasta por fuera. Su ancho zaguán permanecía constantemente cerrado; sus ventanas ya desvencijadas, permitían ver el interior de unas piezas húmedas, sucias y oscuras, por donde la gente se imaginaba que transitaban fantasmas blancos o frailes vestidos de negro. Por sobre las altas tapias del corral o de la huerta, surgían viejos y altos árboles, contribuyendo a hacer más sombrío el interior de aquella siniestra mansión.

Contábase que un pobre zapatero remendón no hallando dónde meterse, pidió permiso de instalarse con su mujer en la fatídica y lúgubre casona, lo cual le fue concedido fácilmente por sus dueños, los cuales deseaban que, al menos, aquella propiedad se conservase.

El tal zapatero era de alma fuerte. Decía que no le tenía miedo ni al diablo mismo.

Sin embargo, la gente, que creía que aquel dicho era sólo una balandronada, esperaba, con el fundamento de la tradición, que antes de los ocho días saldría de la casona, más muerto que vivo, como habían salido todos los que habían pretendido vivir allí. Y se sorprendían de verlo diariamente en el ancho zaguán, sujetando con el tirapié el zapato que remendaba, golpeándole los tacones o las plantas con su incansable martillo y cantando alegremente.

—Maestro —le preguntaban—, ¿qué tal?

—Buen tal. Ya sé por qué me lo pregunta. Aquí no pasa nada.

—¿Nada? Pues todo el mundo dice que aquí asustan.

—A eso vine: a que me asustaran. Pero hasta los fantasmas saben quiénes son valientes y quiénes son cobardes. Tengo un gran deseo de verlos. Y si tienen dinero enterrado, vengo a que me digan dónde está. Quiero salir de pobre.

Pero como le digo: aquí no pasa nada.

—¿Luego son puras habladurías...?

—Yo no sé si serán. Pero aquí, hasta ahora, no ha pasado nada. De noche y de día ando por todas partes, diciendo: "¡Muertos! ¿En dónde están que no los veo?" Y todo inútilmente. ¡Nadie responde! Ya le digo: aquí no pasa nada.

Su interlocutor se mostraba contrariado.

—¿Luego el fraile que dicen que sale de junto al brocal del pozo y se pierde entre los duraznos...?

—Pues no ha salido. Ha de estar cansado.

—¿Y la mujer vestida de blanco, a manera de monja, que se pasea por los corredores rezando su rosario...?

—Tampoco. Tal vez se resfrió en alguna de las noches pasadas, y tiene catarro.

—Hombre, no se burle usted. Es cosa seria.

—Hablo en serio.

—Bueno. ¿Y la calavera de ojos centelleantes que camina a brincos por las habitaciones?

—¡Nada, hombre, nada!

—¿Y...?

—¿Y la mula prieta de ojos de lumbre que tira patadas? ¡Tampoco, hombre! Ya le digo a usted que aquí no pasa nada. ¡Nunca he vivido en una casa más quieta y callada que ésta!

III

Mas una noche, el zapatero soñó que un fraile negro, con su espeso capuchón sobre el rostro, se acercó al pobre petate en que dormía con su mujer. Por largo rato el fraile permaneció mudo e inmóvil, como pensativo e indeciso. O quizá rezaba. El zapatero esperaba que algo dijera; mas al ver que nada decía, iba a interrogarlo, cuando de entre el capuchón salió una voz ronca y fría que pronunció claramente estas palabras:

—¡Manzano te hará rico! ¡Ve con él! —Y desapareció.

El zapatero era madrugador. Aún estaba obscura la mañana, cuando despertó, recordando el sueño en todos sus detalles.

—¡Vieja! ¡Vieja! ¡Levántate!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que te levantes. Quiero que me echas unas gordas, pues tengo que ir a Zapotlán.

—¿Te has vuelto loco?

—Levántate. Después te contaré.

Mientras la buena mujer molía el nixtamal y echaba las gordas, su marido le platicaba el sueño.

—¡Ay, viejo! —le decía ella—. ¡Cuánto temo que echas tu viaje de balde!

—¿Por qué lo he de echar? Yo creo que este es un aviso de Dios. Ten fé.

—Quiero tenerla. ¿Te parece poco que salgamos de pobres? ¡Dios quiera que sea cierto! Pero...

—¿Pero qué, mujer?

—Manzano no es capaz de darle agua ni al gallo de la pasión!

—Pos vamos a ver. En último caso, nada perdemos. Sólo lo echaré de balde mis patadas por el camino.

IV
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
El sol salía cuando nuestro zapatero iba ya de marcha. Movía con ardor sus piernas. Hasta se sentía más joven. Y cantaba saludando a la aurora, como la saludaban los gallos y los pájaros.

Llegó a Zapotlán y se dirigió derecho a la casa de Manzano, preguntando por él.

—Se fue al campo. Si quiere esperarlo, espérela.

El que así le respondía, examinó al recién llegado de pies a cabeza, no encontrándole trazas de gañán.

—¿Se puede saber para qué quiere usted al señor Manzano? —le preguntó.

—Es un negocio particular entre él y yo.

—¿Quiere usted trabajar en el campo?

—No lo sé todavía. Ya le dije que mi negocio es enteramente particular con el señor Manzano.

—Es que tardará mucho.

—No le hace. Esperaré pacientemente hasta que venga.

Y sentándose en una banquita que estaba en un rincón, sacó de su morral unas gordas y se puso a comerlas filosófi-

camente.

Muy tarde ya, casi de noche, llegó el riquísimo hacendado. Desmontó de su mula y entró en la estancia haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

—Aquí hay un hombre, le dijeron, que se empeña en hablar con usted.

—¿Qué quieres, muchacho? —dijo el rico dirigiéndose al zapatero—. ¿Vienes a buscar trabajo?

—No señor: a otra cosa vengo con su mercé.

—Es raro, porque aquí todos vienen a pedirme trabajo. Dinero ya saben que no lo doy nunca.

—Pues para que a usted le parezca más rara mi venida, le diré que a algo por el estilo vengo, aunque no estoy seguro de si yo le vengo a pedir dinero o no y usted tenga que dármelo; usted sabrá el modo de que yo lo tenga. Ya verá.

—No te entiendo ni jota de lo que dices.

—Ahorita me va a entender. Anoche soñé que un fraile negro me decía: "Manzano te hará rico. ¡Ve con él!"

—¿Y has venido...?

—A que usted me haga rico. Usted sabrá el modo.

El hacendado lanzó una ruidosa carcajada y se paseó por la estancia tosiendo y riendo.

—¡Eres chistoso, hombre!

Y no dejaba de reír, atacado a la vez de tos y de risa.

Luego, deteniéndose frente a frente del zapatero, habló entre risas y veras:

—Si a sueños vamos, yo también puedo aumentar mi riqueza yendo a Sayula. Pues has de saber que anoche soñé que una mujer vestida de blanco, a modo de monja, me llevó a Sayula y me metió en una casona del pueblo, de ancho zaguán, con las ventanas ya casi cayéndose, con grandes árboles en su corral y huerta, y, por más señas, habitada por un zapatero y su mujer. La monja me condujo a la huerta, y me dijo: "Allí, entre aquellos dos duraznos viejos que están junto al pozo, hay enterrado un tesoro." Ya ves, pues, que yo también he soñado riquezas. Pero como no soy tan simple como tú, no hago el viaje a Sayula, movido por semejantes patrañas...

A medida que hablaba el hacendado, el zapatero iba sintiendo que todo su interior se iluminaba.

—Conque... ¿entre dos duraznos viejos que están junto al pozo?

—¡Sí, hombre! Las señas no pueden ser más claras.

—Gracias, señor Manzano. ¡Adiós!

Y

Cuando el zapatero llegó a su casa, dijo a su mujer:

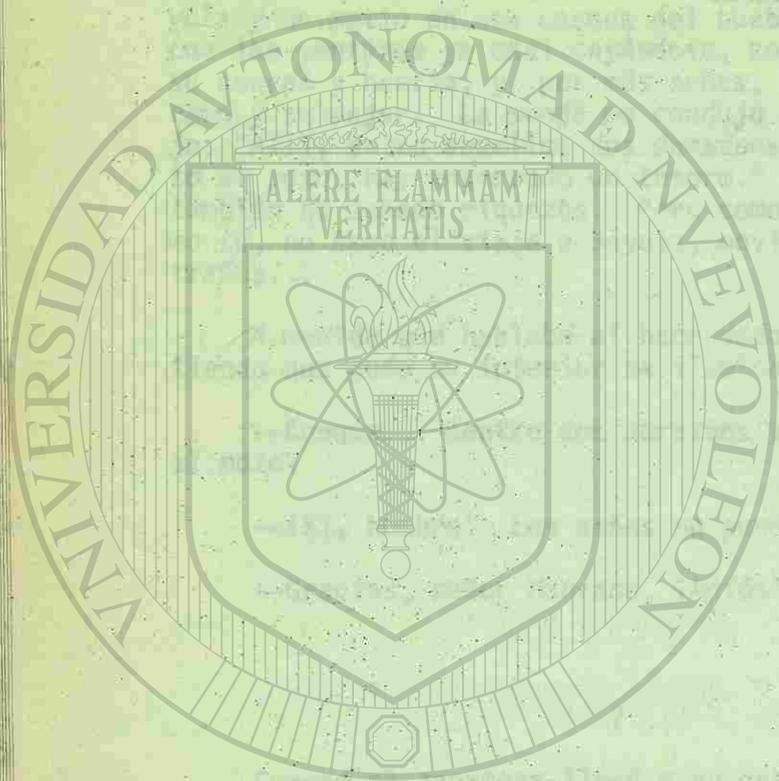
—¡Vieja! ¡Parece que la voz del fraile fue siempre aviso de Dios!

Y le contó el sueño de Manzano.

Ambos se pusieron a escarbar con ardor entre los dos duraznos viejos que estaban cerca del pozo, por donde decía la voz vernácula que andaba penando el fraile negro.

Y dieron con un cajón todo lleno de onzas de oro.

Los dos sueños se habían completado: ¡Manzano había hecho rico al pobre zapatero!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3er. SEMESTRE. AREA III. UNIDAD VI.

NATURALISMO.

INTRODUCCION:

El hombre a través del tiempo ha pretendido la reproducción de la naturaleza por diversos medios. El naturalismo llegó a los extremos, en opinión de algunos críticos.

Conoceremos y juzgaremos las características de este ismo en la presente unidad.

OBJETIVOS:

- 1.- Determinar en qué país enraizó y floreció primero el naturalismo.
- 2.- Mencionar qué generos fueron afectados por este ismo.
- 3.- Enunciar al autor considerado como "padre de la novela naturalista".
- 4.- Determinar en qué consiste el naturalismo para Zola.
- 5.- Definir qué es el naturalismo y qué reproduce.
- 6.- Enumerar representantes del naturalismo.
- 7.- Explicar las características y temas propios del natura-lismo.
- 8.- Mencionar la finalidad de los naturalistas al escoger su temática.

Pseudo científico

9.- Enunciar el método que utilizaban los autores naturalistas para crear sus obras.

10.- Explicar las características del cuento: "En provincia" y los elementos del naturalismo que se encuentran en él

PROCEDIMIENTO:

Estudia el material adicional que viene enseguida. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Contesta el cuestionario que corresponde a este capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento: "En provincia", de Augusto D'Haímar:
 - a) Argumento.
 - b) Tema.
 - c) Estructura (divisiones).
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres naturalistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

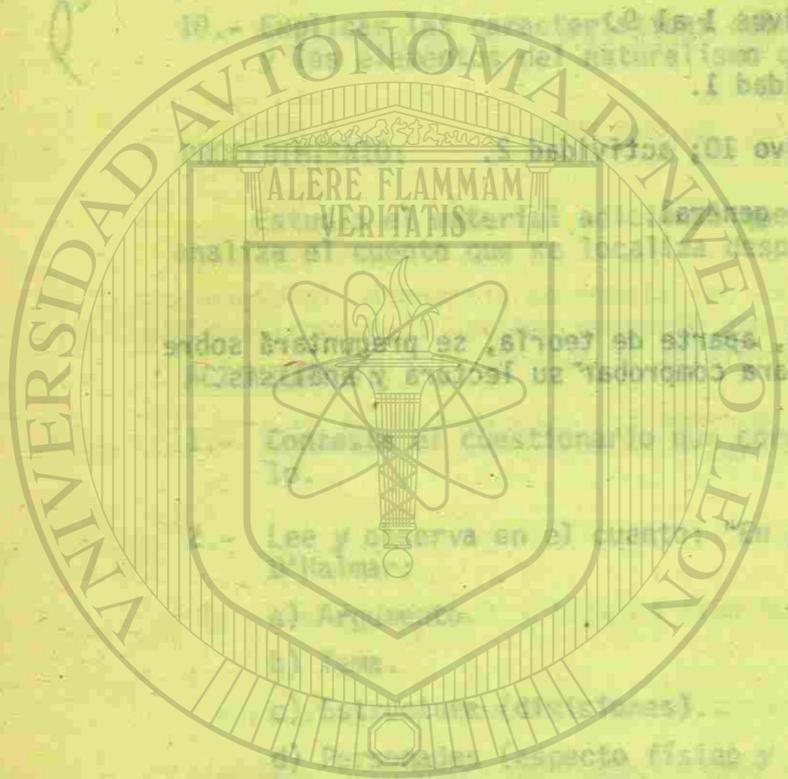
Estas dos actividades son el requisito para presentar la unidad.

RITMO DE TRABAJO:

- 1er. dfa.- Objetivos 1 al 9.
- 2o. dfa.- Actividad 1.
- 3er. dfa.- Objetivo 10; actividad 2.
- 4o. dfa.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

IV. NATURALISMO.

El naturalismo como movimiento literario es una "exageración" del siglo XIX. El naturalismo literario se generalizó rápidamente por toda Europa, pero fué en Francia donde primero enraizó, floreció y fructificó con abundancia. Conviene advertir que el naturalismo literario no afectó sino a todos los géneros de la prosa, salvándose la poesía de esta tendencia tan en pugna con la exquisitez y con el idealismo. El naturalismo llegó a una mecánica de los tipos y de las acciones.

Emilio Zolá (1840-1902) fue considerado el "padre de la novela naturalista". Su influencia fue inmensa en todo el mundo. Lo combatieron con saña, pero lo imitaron con ahínco. Indiscutiblemente, es un novelista de primer orden entre los mejores de cualquier época, su fuerza de observación portentosa y maestría para narrar llegó a ser factor decisivo. Sin ser el escritor más grande del mundo, Zolá es el novelista que más ha revolucionado no solo el género novelesco, sino también otras artes ajenas a la literatura. Zolá dice que el naturalismo consiste en mostrar y poner de realce la bestia humana.

En la actualidad, muchos filósofos niegan que el naturalismo sea una doctrina científica o un sistema filosófico. Admiten que resulta una tendencia o una posición especial del espíritu en un punto de vista muy particular, que es el de la naturaleza. De aquí que, en ocasiones, el naturalismo niegue la existencia de Dios, o niegue únicamente la acción de Dios como agente exterior al mundo, o venga a parar en un puro materialismo al negar la existencia del espíritu.

El naturalismo es una tendencia a un sistema antiquísimo que afirmó siempre que el universo sensible debe contener en sí la razón de su existencia y de todos los fenómenos que en él se dan. Por ello el naturalismo busca siempre las últimas leyes y los últimos elementos del ser material para lograr por su medio darse cabal noción del desarrollo del mundo.

El naturalismo reproduce la realidad bella o no bella.

Representantes del naturalismo son: Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón, Felipe Trigo, Rafael López de Haro, Baldo-
mero Lillo.

El naturalismo, que en Europa reemplazó al realismo, en Hispanoamérica coincidió con él sin perder su propia identidad. El auge del naturalismo sólo duró diecisiete años en Francia, en América no decayó hasta después de 1910. En Argentina el naturalismo tiene una mayor duración. El naturalismo hispanoamericano todavía no ha sido estudiado debidamente. Por falta de comprensión, muchos críticos no lo han separado suficientemente del realismo. Tanto por su concepto del mundo como por su método, el naturalismo, lejos de asemejarse al realismo, constituye su negación. El autor rechaza los temas pintorescos colocados en escenarios amenos. Los temas predilectos son el alcoholismo, la prostitución, el adulterio y la miseria de las masas.

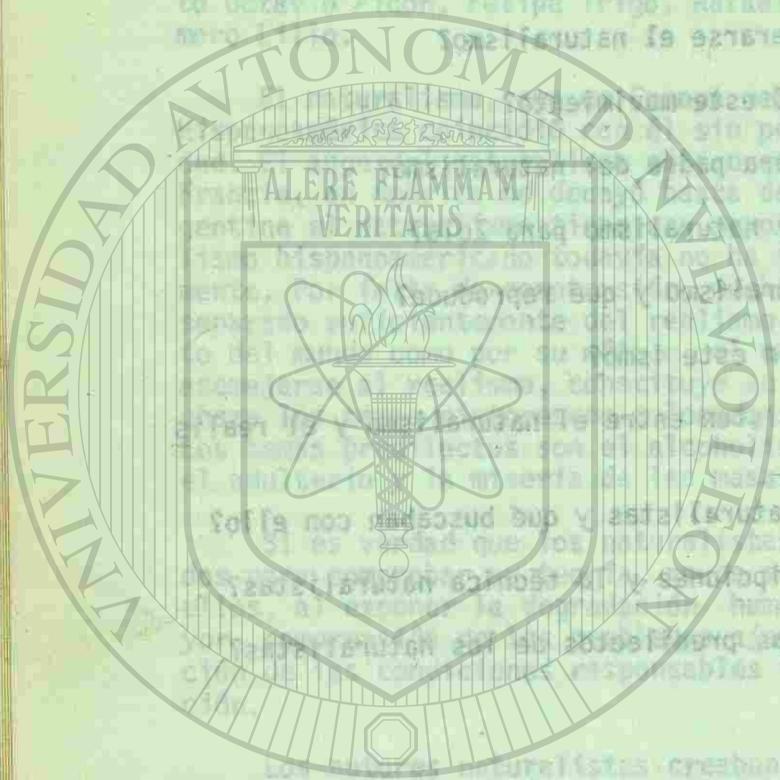
Si es verdad que los naturalistas escogían temas sórdidos para comprobar su teoría, no es menos verdad que todos ellos, al exponer la degradación humana, abogaban por una mayor comprensión de los problemas ajenos y por la eliminación de las condiciones responsables de esa misma degradación.

Los autores naturalistas creaban sus obras con un método pseudo-científico. Las descripciones eran detalladas para copiar cada minucia de la realidad.

Puesto que las acciones de los protagonistas eran regidas por su pasado, el autor presentaba un panorama completo tanto de la familia del personaje como del medio ambiente en que se movía, antes de hacerle irrumpir activamente en la obra. Preocupado por su estudio clínico, el autor naturalista no se interesaba en el diálogo tanto como los realistas.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cómo puede considerarse el naturalismo?
- 2.- ¿Qué géneros afectó este movimiento?
- 3.- ¿A quién se considera padre del naturalismo?
- 4.- ¿En qué consiste el naturalismo para Zola?
- 5.- ¿Qué afirma el naturalismo y qué reproduce?
- 6.- ¿Quiénes representan este ismo?
- 7.- ¿Qué diferencias existen entre el naturalismo y el realismo?
- 8.- ¿Qué exponían los naturalistas y qué buscaban con ello?
- 9.- ¿Cómo son las descripciones y la técnica naturalistas?
- 10.- ¿Cuáles son los temas predilectos de los naturalistas?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

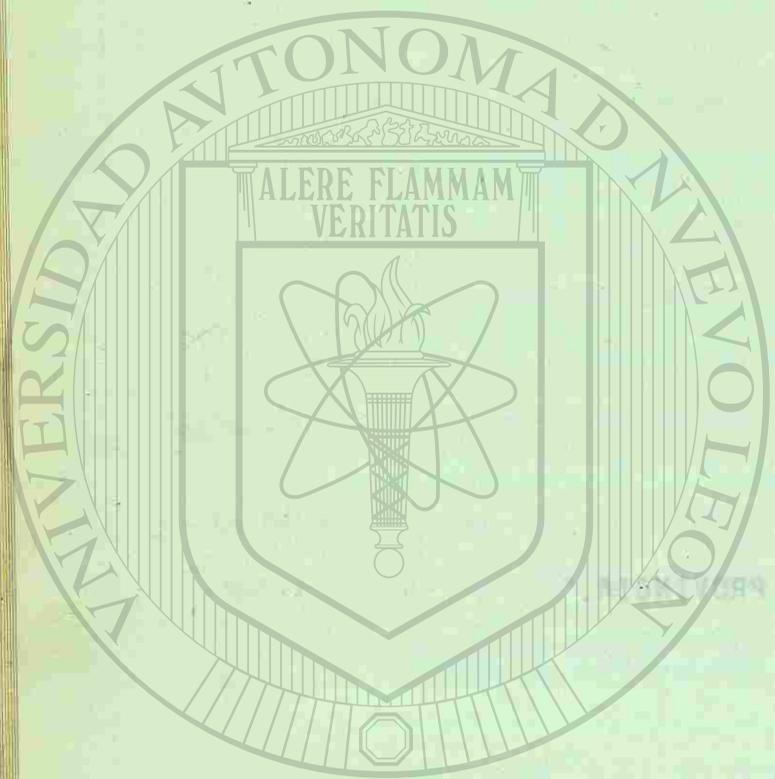
La vida es un camino
que se va haciendo
con los pasos
que se van dando
en la vida.

Entre cincuenta y seis años y hace cincuenta que he vivido
esta vida que me ha dado tanta alegría y tanta tristeza
y que me ha enseñado tantas cosas que no puedo olvidar.

"EN PROVINCIA."

Augusto D'Halmar.





*La vie est vaine;
un peu d'amour,
un peu de haine,
et puis "bonjour".*

*La vie est breve;
un peu d'espoir,
un peu de reve,
et puis "bonsoir".*

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el "Libro Diario" o transcribir cartas con encabezamiento inmóvil:

"En contestación a su grata, fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle..."

Y es que salido de mi pueblo a los diez y seis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afecciones tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir.

A veces lo hubiera deseado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias; pero ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo.

La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla.

Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio: Borja Guzmán, tenedor de libros del "Emporio Delfín".

¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales!

A cada cual se asigna, o escoge cada cual, su papel en la farsa, pero preciso es sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Por qué? No por falta de inclinaciones, pues aquello mismo de que no hubiera disfrutado de mi hogar a mis anchas, hacía que soñase con formarlo. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡Ah, la vida!

El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero mejoró, pero que fue reducido apenas cambió la casa de dueño.

Tres he tenido, y ni varió mi situación ni mejoró de suerte.

En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él: se descuida Smiles y cuando quisiera establecerse ya no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no se cuenta.

Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fui, ya no soy sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra.

Desde ésa hasta esta hora, permanezco en mi piso giratorio con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazuela y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta: estoy en "mi casa".

Camino a tientas, cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía.

Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después, la mancha blanca del le-

cho, que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado sueño, saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras. Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros, y a lo mejor deja una nota que cruza el espacio, y yo formulo un deseo invariable.

En tantos años se han desprendido muchas y mi deseo no se cumple.

Toco toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros; pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana, un grillo, que se siente estimulado, se afina interminablemente. Los perros-ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos, y hasta el viento que transita por las calles desiertas pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia?

Además, comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con mi volumen excesivo yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana; me desvisto, y en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano, doy, antes de meterme en cama, una última ojeada al retrato.

El rostro de Pedro es acariciador; pero en los ojos de ella hay tal altivez, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla así: así me miraba.

Esta es mi existencia, desde hace veinte años. Me han bastado, para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me basta y recurro a la pluma.

Si alguien lo supiera. Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, "don Borja", "el del Emporio del Delfín". ¡Si fuesen leídas!... ¡Pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor.

El los destruye antes de embarcarse, y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel "algo" comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y, al hacerlo, ni sufra ni tema arrepentirse. Es como el pasaje, que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

O será que partimos precisamente porque ya nada nos detiene. Las últimas amarras han caído... ¡el barco zarpa!

Fue, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ella empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre: las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo.

Había fallecido mi primer patrón, y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; pero nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios!

También conocí sus penas, aunque a simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo, y, aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: "¿Qué echas de menos?", y él le cubría la boca de besos. Pero ésta no era

una respuesta. ¿No es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. "Debimos adivinarlo: tiene pulmones a propósito". Tal fue el elogio que le hizo de mí su mujer en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¡Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, "El ensueño", que esta noche acabo de repasar, "Lamentaciones de una joven" y "La golondrina y el prisionero"; y sólo reparé en la belleza de la principala, que descendió hasta mí para felicitar me.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otra gente.

Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien que cualquiera nota falsa la impacientaba.

Otras veces me seguía tarareando, y, por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar?

¡Ah! Yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía, que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistió a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho.

Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía parecerles divertida y con más frecuencia quedábamos solos.

Así fue como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa:

—Borja, ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién?, ¿del patrón? —pregunté, bajando también la voz—. Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto? —dijo clavándome sus ojos afiebrados.

Y como si hablara consigo:

—Le roe el corazón y no puede quitárselo. ¡Ah! Dios mío.

Me quedé perplejo y debía haber permanecido mucho tiempo perplejo, hasta que su acento imperativo me sacudió.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar para seguir mejor sus pensamientos y, al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable, y alababa con ironía mi "reserva", o se retorció en un acceso de incontenible hilaridad: "San Borja, tímido y discreto."

Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo; en todos los momentos de mi vida, mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu, ¡y quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año, durante el cual sólo viví por las noches.

Cuando lo recuerdo, me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera posible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno.

... Un año breve como una larga noche.

Llegó la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en música por un ademán suyo, me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando de pronto la vi dar un salto y apagar la luz.

Instintivamente me puse de pie, pero en la oscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía.

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto, abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome; ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Creíame juguete de un sueño. El amo me reprendió un descuido, y, aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día sin que pudiéramos hallarnos solos; el tercero ocurrió, me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero, altiva y desdeñosa, me rechazó y con su tono más frío, me rogó que tocara.

¡No, yo debí haber soñado mi dicha! ¿Creeréis que nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis dere-

chos de amante, me ordenó salir en voz tan alta, que temí que hubiese despertado al amo, que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses, y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo?

Hasta que, por fin, una noche en que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado, y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro con una familiaridad inquietante.

—¡Nada de músicas! —me dijo—. La señora no tiene propósitos los nervios, y hay que empezar a respetarle este y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—Sí, hombre. Venga usted al casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito.

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vagido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! Porque era mfo. ¡No necesitaba ella decírmelo! ¡Mfo! ¡Mfo!

Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, el de la mujer amada.

¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde de mi escritorio rompí a sollozar tan fuerte, que la pantalla de la lámpara vibraba y alguien que vino a consultarme se retiró en puntillas.

Sólo un mes después fui llevado a presencia del heredero.

Le tenía en sus rodillas su madre, convaleciente, y le mecía amorosamente.

Me incliné conmovido por la angustia, y, temblando, con la punta de los dedos alcé la gasa que lo cubría y pude verle; hubiese querido gritar: ¡hijo! pero, al levantar los ojos, en contré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

"¡Cuidado!", me advertía.

Y en voz alta:

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja delicadamente.

—Mucho has debido sufrir, ¡mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien! —repuso ella—; mas, ¡qué importa si te hice feliz!

Y ya sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase "su" hijo al mfo, a "mi" hijo.

¡Imbécil! Tentado estuve entre mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado; pero, ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente?

Callé, y en silencio me dediqué a amar con todas las fuerzas de mi alma a aquella criatura, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar padre a un extraño.

Entretanto, la conducta de Clara se hacía cada vez más oscura. Las escenas musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse, y, con cualquier pretexto, ni siquiera me recibió en su casa las veces que fui.

Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza.

Entonces los dos, el marido y yo, le seguíamos desde la ventana de la oficina, y nuestras miradas, húmedas y gozosas se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables, y a medida que el niño iba creciendo, me fue más fácil verlo, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo lo tenía en brazos; nunca he visto arretrato semejante. ¡Como leona que recobra su cachorro! Lo que me dijo más bien me lo escupía al rostro.

—¿Por qué lo besa usted de ese modo? ¿Qué pretende usted, canalla?

A mi entender, estos temores sobrepujaban a los otros, y para no exasperarme demasiado, dejaba que se me acercase; pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiese hacerle algún daño.

¡Mujer enigmática! Jamás he comprendido qué fue para ella: ¡capricho, juguete o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando libros y facturas.

A la hora del almuerzo el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; ya estaba harto de negocios y de vida provinciana, y probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosísimas presiones de esos últimos años de mi vida? Harán por enero veinte años y todavía me trastorna recordarlos.

¡Dios mío! ¡Se iba cuanto yo había amado! ¡Un extraño se lo llevaba lejos para gozar de ello en paz! ¡Me despojaba de todo lo mío!

Ante esa idea tuve en los labios la confesión del adulto. ¡Oh! ¡Destruir siquiera aquella feliz ignorancia en que vivía y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dio por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer me hizo tocarle las tres piezas favoritas, y al concluir, me permitió permitiéndome que besara a mi hijo.

Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado.

—Un recuerdo —me repitió— para que piense en nosotros.

—¿Dónde les escribo? —grité cuando ya el tren se ponía en movimiento, y él, desde la plataforma del tren:

—No sé. ¡Mandaremos la dirección!

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla vi a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén, que continuaba bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña; un retrato de Clara con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

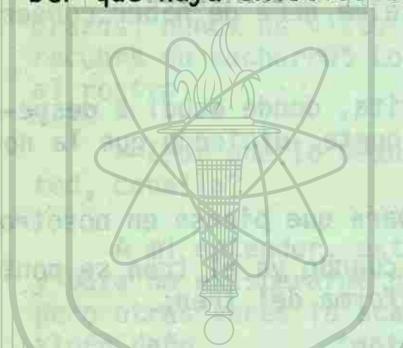
¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que en veinte años, ni una sola vez he sabido de él; y probablemente no volveré a verlo en este mundo de Dios!

Si vive, debe ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro... Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso, y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño.

"Pedro, a su amigo Borja."

—¡Su amigo Borja!... ¡Pedro se irá de la vida sin saber que haya existido tal amigo!



3er. SEMESTRE. AREA III. UNIDAD VIII.

MODERNISMO.

INTRODUCCION:

Como movimiento literario el modernismo contribuyó, sobre todo, a enriquecer la prosa y el verso; ampliando la visión del escritor.

Su riqueza de expresión y variados recursos le permitieron trascender en la historia de la literatura.

OBJETIVOS:

- 1.- Definir qué es el modernismo.
- 2.- Enunciar representantes del modernismo.
- 3.- Mencionar el tipo de obras preferidos por los modernistas.
- 4.- Explicar el rasgo fundamental y las características de este movimiento.
- 5.- Mencionar los aspectos que rechazó el modernismo respecto a otros movimientos, en su afán de crear el arte por el arte.
- 6.- Enunciar la característica principal del modernismo.
- 7.- Mencionar y explicar la base del estilo modernista.
- 8.- Explicar los cambios experimentados por el modernismo a partir de la guerra de 1898 entre España y E.E.U.U. (2a. generación).

9.- Enunciar los géneros que afectó este movimiento.

10.- Explicar las características del cuento: "Después de las carreras" y los elementos del modernismo que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el capítulo V de este libro. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

1.- Responde el cuestionario de este capítulo.

2.- Lee y observa en el cuento: "Después de las carreras", de Manuel Gutiérrez Nájera:

- a) Argumento.
- b) Tema.
- c) Estructura (divisiones).
- d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
- e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
- f) Contenido (ideas).
- g) Caracteres modernistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos incluyendo tu opinión personal.

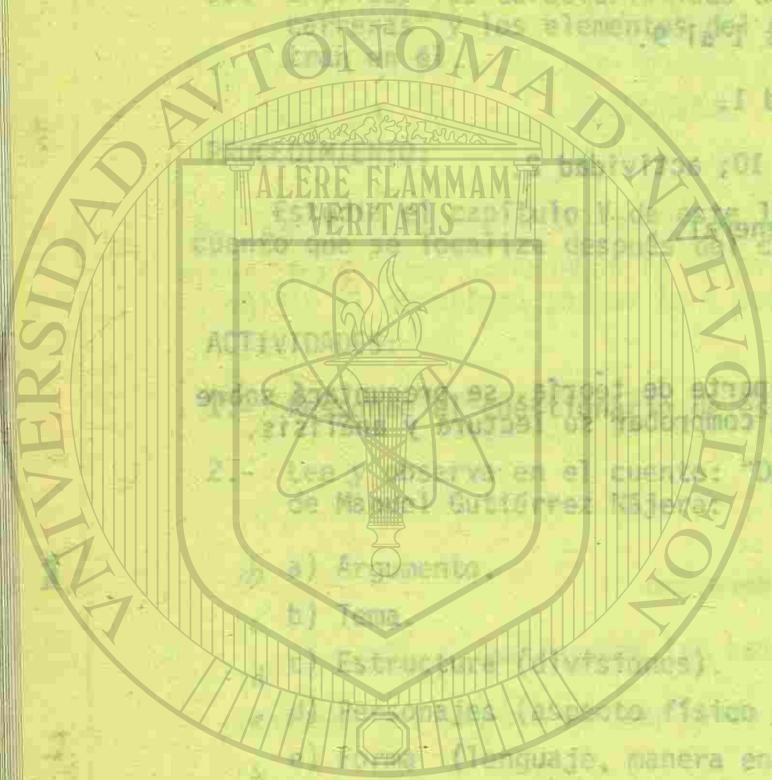
Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

- 1er. día.- Objetivos 1 al 9.
- 2o. día.- Actividad 1.
- 3er. día.- Objetivo 10; actividad 2.
- 4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.



9.- Enunciar los géneros que afectó este movimiento.
10.- Explicar las características del cuento: "Después de las carreras" y los elementos del cuento que se enuncian.

Actividad I - 57b 05
Objetivo I: Actividad I - 57b 05
En el examen, aparte de leer, se presentará un texto que deberá leerse y analizarse.

NOTA:
En el examen, aparte de leer, se presentará un texto que deberá leerse y analizarse.

- 2.- Leer y analizar el cuento: "Después de las carreras" de Manuel Gutiérrez Najera.
- a) Argumento.
 - b) Tema.
 - c) Estructura (divisores).
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Tema (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres modernistas.

Estas actividades son el requisito para presentar la evaluación.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

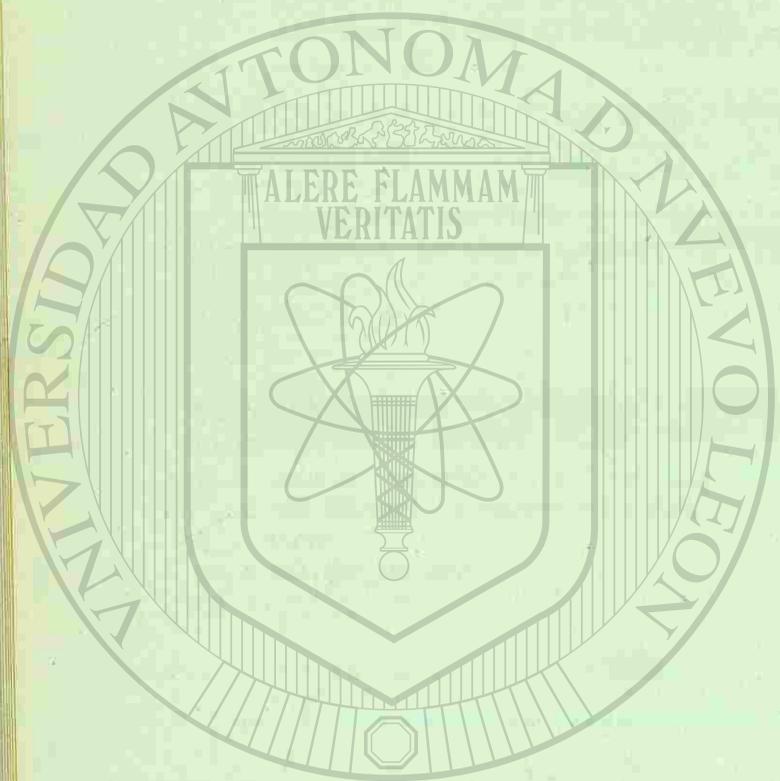
y. MORGAN

Una de las características y cualidades del movimiento modernista de Nueva España es su carácter literario y espiritual. Nada como una obra de arte que se eleva a la categoría de la literatura universal. Se trata de una revolución contra el arte, generalizando más, buscando un arte que sea un arte de todos, un arte que sea un arte general, abarcando a todos, a la ciencia, a los estudios, a la filosofía, a la pintura y a la música, etc.

El movimiento modernista se caracteriza por su carácter literario y espiritual. Nada como una obra de arte que se eleva a la categoría de la literatura universal. Se trata de una revolución contra el arte, generalizando más, buscando un arte que sea un arte de todos, un arte que sea un arte general, abarcando a todos, a la ciencia, a los estudios, a la filosofía, a la pintura y a la música, etc.

Se escribieron pocas novelas modernas en el siglo XIX. Aunque el romance, el cuento y el ensayo, etc.





V. MODERNISMO.

¿Qué es el modernismo y cuál fué su origen? El modernismo se puede definir en muy pocas palabras: Es una nueva revolución literaria y espiritual. Nació como una negación categórica de la literatura precedente. Se reafirmó como una reacción contra ella, generalizando más, porque es preciso, no fué únicamente una tendencia, sino una inclinación general, alcanzó a todo, a la política, a los estudios universitarios, a la pintura y escultura, etc.

El modernismo fundamentó su valor en haber llevado al espíritu y a la sensibilidad de cada artista la oportunidad del más patente subjetivismo; en haber hecho de la obra artística -diversa- de cada escritor una unidad. Por lo tanto, no cabe identificar el modernismo con ninguna de las modas y de los modos literarios que en él prevalecieron, ni aplicar su nombre a un tipo de literatura caracterizado por ciertas formas.

Representantes del modernismo fueron: Rubén Darfo, José Martí, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón.

En el desarrollo del cuento, el modernismo hizo una contribución primordial. En cuanto a la novela, su función principal fue enriquecer la prosa para las generaciones siguientes. Se escribieron pocas novelas modernistas y de éstas sólo alguna que otra merece recordarse. En cambio el cuento fue cultivado por los modernistas durante cuarenta años (1880-1920), y se produjeron algunas verdaderas joyas literarias.

Aunque el modernismo fue artísticamente una reacción contra el romanticismo, el realismo y el naturalismo, en Hispanoamérica se da el fenómeno de la coincidencia de los cuatro movimientos. Los románticos rezagados siguieron escribiendo hasta fines del siglo XIX, mientras que los realistas y los naturalistas no llegaron a su apogeo hasta después del

triunfo del modernismo.

El rasgo fundamental de este movimiento era la primacía que se daba a la sensibilidad artística; de ahí se derivaba tanto su temática como su estilo.

En su afán de crear el arte por el arte, los modernistas rechazaron las historias sentimentales y los episodios melodramáticos de los románticos; los cuadros demasiado localizados de los realistas; y los estudios demasiado "científicos" y feos de los naturalistas. Su ideal era Francia, la Francia versallesca del siglo XVIII. A través de ello, los modernistas aprendieron a entusiasmarse por el ideal griego y por la figura oriental.

El modernismo es una corriente literaria cuya característica principal es el refinamiento verbal. La base del estilo modernista era la sinestesia, o sea la correspondencia de los sentidos porque interpreta el mundo a través de sensaciones. La prosa dejó de ser solo un instrumento para narrar un suceso. Tenía que ser "bella", su paleta de suaves matices tenía que agradar al ojo; su aliteración, su asonancia, sus efectos onomatopéyicos y su ritmo constituían una sinfonía que deleitaba al oído; mientras los perfumes aromáticos, los vinos y manjares deliciosos, excitaban los sentidos del olfato y del gusto. Para lograr estos efectos los modernistas se vieron precisados a usar neologismos, a inventar palabras de raíz castellana, a apropiarse de palabras extranjeras, a probar símiles y metáforas nuevas; a inventar nuevas armonías variando los acentos de los versos. Prefiere rimas novedosas, tiene musicalidad, limpidez y pureza en el verso. Tiene rica imaginación, ritmo, fantasía.

La influencia extranjera no se limitaba a los nuevos vocablos. Los modernistas, siendo cosmopolitas, se identificaban con sus correligionarios por todo el mundo.

Sus revistas literarias, que desempeñaron un papel fundamental, publicaron obras de autores franceses, italianos, españoles, portugueses, alemanes, ingleses y norteamericanos.

La guerra de 1898 entre España y los Estados Unidos, sacudió violentamente el modernismo, pero aún le quedaba bastante ímpetu para reformarse. Todo lo exótico comenzó a ceder paso a un autoanálisis personal y continental, a excepción de Rubén Darío (1867-1916), la segunda generación modernista dio nuevo vigor al movimiento con una mayor variedad temática y estilística en la poesía.

Aunque la mayoría de los modernistas se expresaron principalmente en verso, la evolución de todo el movimiento se perfila en una serie de cuentos diversos.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Qué es el modernismo?
- 2.- ¿Cuál fue su origen?
- 3.- ¿En qué fundamentó su valor?
- 4.- ¿Quiénes son representantes de este movimiento literario?
- 5.- ¿Cuál fue la función principal del modernismo en cuanto a la novela?
- 6.- ¿Contra qué movimientos estaba esta tendencia?
- 7.- ¿Cuál es el rasgo fundamental y las características de este ismo?
- 8.- ¿Cuál era el ideal de los modernistas?
- 9.- ¿Qué es la sinestesia?
- 10.- Para lograr los efectos que buscaban ¿a qué se vieron precisados los modernistas?
- 11.- ¿Qué aportó al modernismo su segunda generación?
- 12.- ¿Por medio de qué tipo de obras se expresaron los modernistas?

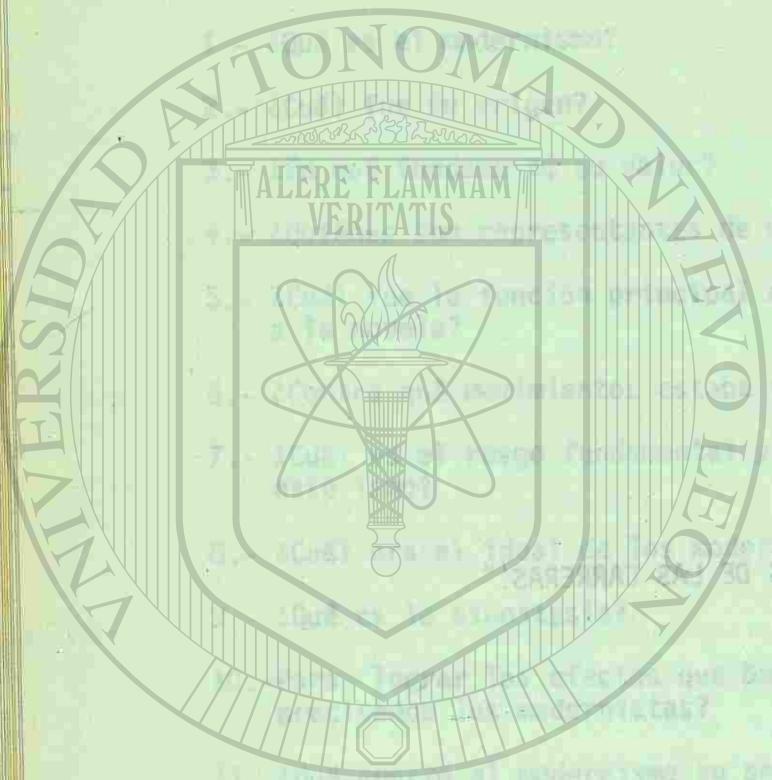
"DESPUES DE LAS CARRERAS."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Manuel Gutiérrez Nájera. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

QUESTIONARIO:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando Bertha puso en el mármol de la mesa sus horquillas de plata y sus pendientes de rubíes, el reloj de bronce, superado por la imagen de Galatea dormida entre las rosas, - dio con su agudo timbre doce campanadas. Berta dejó que sus trenzas de rubio veneciano le besaran, temblando, la cintura, y apagó con su aliento la bujía, para no verse desvestida en el espejo. Después, pisando con sus pies desnudos los "no-me-olvides" de la alfombra, se dirigió al angosto lecho de madera color de rosa, y tras una brevísima oración, se recostó sobre las blancas colchas que olían a Holanda nueva y a violeta. En la caliente alcoba se escuchaban, nada más, los pasos sigilosos de los duendes que querían ver a Bertha adormecida y el *tic-tac* de la péndola incansable, enamorada eternamente de las horas. Berta cerró los ojos, pero no dormía. Por su imaginación cruzaban a escape los caballos del Hipódromo. ¡Qué hermosa es la vida! Una casa cubierta de tapices y rodeada por un cinturón de camelias blancas en los corredores; abajo, los coches cuyo barniz luciente hiere el sol, y cuyo interior, - acolchonado y tibio, trasciende a piel de Rusia y cabritilla; los caballos que piafan en las amplias caballerizas, y las hermosas hojas de los plátanos, erguidas en tibores japoneses; - arriba, un cielo azul, de raso nuevo; mucha luz, y las notas de los pájaros subiendo, como almas de cristal, por el ámbar fluido de la atmósfera; adentro, el padre de cabello blanco que no encuentra jamás bastantes perlas ni bastantes blondas para el armario de su hija; la madre que vela su cabecera, cuando enferma, y que quisiera rodearla de algodones como si fuese de porcelana quebradiza; los niños que travesean desnudos en su cuna, y el espejo claro que sonríe sobre el mármol del tocador. Afuera, en la calle, el movimiento de la vida, el ir y venir de los carruajes, el bullicio; y por la noche, cuando termina el baile o el teatro, la figura del pobre enamorado que la aguarda y que se aleja satisfecho cuando la ha visto apearse de su coche o cerrar los maderos del balcón. Mucha luz, muchas flores y un traje de seda nuevo: ¡ésta es la vida!

Berta piensa en las carreras. "Caracole" debía ganar. En Chantilly, no hace mucho, ganó un premio. Pablo Escandón

no hubiera dado once mil pesos por una yegua y un caballo malos. Además, quien hizo en París la compra de esa yegua, fue Manuel Villamil, el mexicano más perito en estas cosas de "sport". Bertha va a hacer el próximo domingo una apuesta formal con su papá: apuesta a "Aigle"; si pierde, tendrá que bordar unas pantuflas; y si gana, le comprarán el espejo que tiene Madame Drouot en su aparador. El marco está forrado de terciopelo azul y recortando la luna oblicuamente, baja una guirnalda de flores. ¡Qué bonito es! Su cara reflejada en ese espejo, parecerá la de una hurf, que, entreabriendo las rosas del paraíso, mira el mundo.

Berta entorna los ojos, pero vuelve a cerrarlos en seguida, porque está la alcoba a oscuras.

Los duendes, que ansían verla dormida para besarla en la boca, sin que lo sienta, comienzan a rodearla de adormideras y a quemar en pequeñas cazoletas granos de opio. Las imágenes se van esfumando y desvaneciendo en la imaginación de Berta. Sus pensamientos pavesean. Ya no ve el Hipódromo bañado por la resplandeciente luz del sol, ni ve a los jueces encarnados en su pretorio, ni oye el chasquido de los látigos. Dos figuras quedan solamente en el cristal de su memoria empañada por el aliento de los sueños: "Caracole" y su novio.

*Ya todo yace en el reposo inerme;
El lirio azul dormita en la ventana;
¿Oyes? Desde su torre la campana
La media noche anuncia; duerme, duerme.*

El genio retozón que abrió para mí la alcoba de Berta, como se abre una caja de golosinas el día de Año Nuevo, puso un dedo en mis labios, y tomándome de la mano, me condujo a través de los salones. Yo temía tropezar con algún mueble, despertando a la servidumbre y a los dueños. Pasé, pues, con cautela, conteniendo el aliento y casi deslizándome sobre la alfombra. A poco andar di contra el piano, que se quejó en sí bemol; pero mi acompañante sopló, como si hubiera de apagar la luz de una bujía, y las notas cayeron mudas sobre la alfombra: el aliento del genio había roto esas por-

pas de jabón. En esta guisa atravesamos varias salas; el comedor de cuyos muros, revestidos de nogal, salían gruesos candelabros con las velas de esperma apagadas; los corredores, llenos de tiestos y de afiligranadas pajareras; un pasadizo estrecho y largo, como un cañuto, que llevaba a las habitaciones de la servidumbre; el retorcido caracol por donde se subía a las azoteas, y un laberinto de pequeños cuartos, llenos de muebles y de trastos inservibles.

Por fin, llegamos a una puertecita por cuya cerradura se filtraba un rayo de luz tenue. La puerta estaba atrancada por dentro, pero nada resiste al dedo de los genios, y mi acompañante, entrándose por el ojo de la llave, quitó el morrillo que atrancaba la mampara. Entramos: allí estaba Manón, la costurera. Un libro abierto extendía sus blancas páginas en el suelo, cubierto apenas con esteras rotas, y la vela moría lamiendo con su lengua de salamandra los bordes del candelero. Manón leía seguramente cuando el sueño la sorprendió. Decíanlo esa imprudente luz que había podido causar un incendio, ese volumen maltratado que yacía junto al catre de fierro, y ese brazo desnudo que con el frío impudor del mármol, pendía, saliendo fuera del colchón y por entre las ropas descompuestas. Manón es bella, como un lirio enfermo. Tiene veinte años, y quisiera leer la vida, como quería de niña hojear el tomo de grabados que su padre guardaba en el estante, con llave, de la biblioteca. Pero Manón es huérfana y es pobre: ya no verá, como antes, a su alrededor, obedientes camareras y sumisos domésticos; la han dejado sola, pobre y enferma en medio de la vida. De aquella vida anterior que en ocasiones se le antoja un sueño, nada más le queda un cutis que trasciende aún a almendra, y un cabello que todavía no vuelven áspero el hambre, la miseria y el trabajo. Sus pensamientos son como esos rapazuelos encantados que figuran en los cuentos; andan de día con la planta descalza y en camisa; pero dejad que la noche llegue, y mirad cómo esos pobrecitos limosneros visten jubones de crujiente seda y se adornan con plumas de faisanes.

Aquella tarde, Manón había asistido a las carreras. En la casa de Berta todos la quieren y la miman, como se quiere y se mima a un falderillo, vistiéndole de lana en el invierno.

no y dándole en la boca mamones empapados en leche. Hay cariños que apedrean. Todos sabían la condición que había tenido antes esa humilde costurera, y la trataban con mayor regalo. Berta le daba vestidos viejos, y solía llevarla consigo, cuando iba de paseo o a tiendas. La huérfana recibía esas muestras de cariño, como recibe el pobre que mendiga, la moneda que una mano piadosa le arroja desde un balcón. A veces esas monedas descalabran.

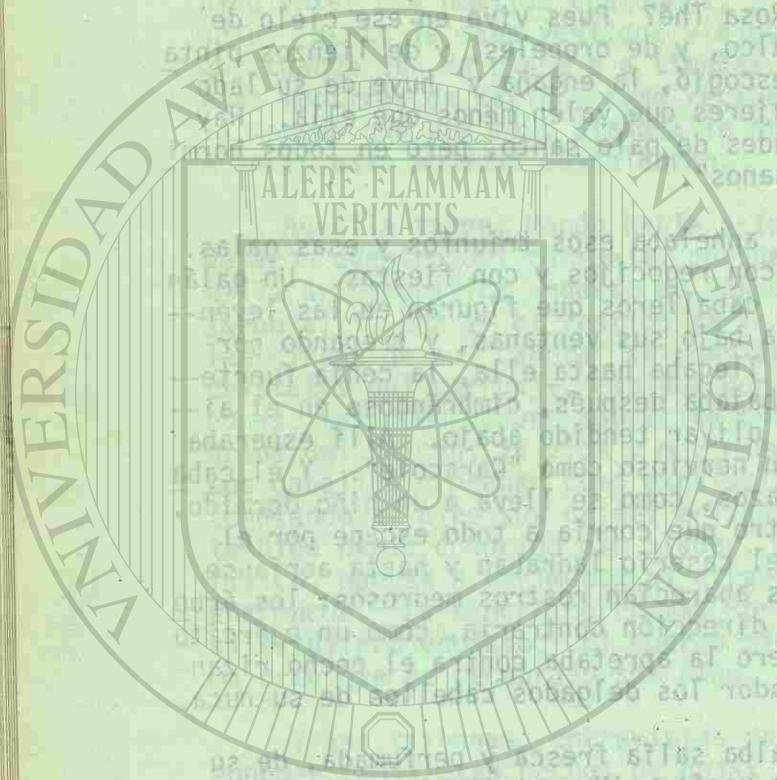
Aquella tarde, Manón había asistido a las carreras. La dejaron adentro del carruaje, porque no sienta bien a una familia aristocrática andarse de paseo con las criadas; la dejaron allí, por si el vestido de la niña se desgarraba o si las cintas de su "capota" se rompían. Manón, pegada a los cristales del carruaje, espiaba por allí la pista y las tribunas, tal como ve una pobrecita enferma, a través de los vidrios del balcón, la vida y movimiento de los transeúntes. Los caballos cruzaban como exhalaciones por la árida pista, tendiendo al aire sus crines erizadas. ¡Los caballos! Ella también había conocido ese placer, mitad espiritual y mitad físico, que se experimenta al atravesar a galope una avenida enarenada. La sangre corre más aprisa, y el aire azota como si estuviera enojado. El cuerpo siente la juventud, y el alma cree que ha recobrado sus alas.

Y las tribunas, entrevistas desde lejos, le parecían enormes ramilletes hechos de hojas de raso y claveles de carne. La seda acaricia como la mano de un amante, y ella tenía un deseo infinito de volver a sentir ese contacto. Cuando anda la mujer, su falda va cantando un himno en loor suyo. ¿Cuándo podría escuchar esas estrofas? Y veía sus manos, y la extremidad de los dedos maltratada por la aguja, y se fijaba tercamente en ese cuadro de esplendores y de fiestas, como en la noche de San Silvestre ven los niños pobres esos pasteles, esas golosinas, esas pirámides de caramelo que no gustarán ellos y que adornan los escaparates de las dulcerías. ¿Por qué estaba ella desterrada de ese paraíso? Su espejo le decía: "Eres hermosa y eres joven". ¿Por qué padecía tanto? Luego, una voz secreta se levantaba en su interior diciendo: "No envidies esas cosas. La seda se desgarrará, el terciopelo se chafa, la epidermis se arruga con los

años. Bajo la azul superficie de ese lago hay mucho lodo. Todas las cosas tienen su lado luminoso y su lado sombrío. ¿Recuerdas a tu amiga Rosa Thé? Pues vive en ese cielo de teatro, tan lleno de talco, y de oropeles, y de lienzos pintados. Y el marido que escogió, la engaña y huye de su lado para correr en pos de mujeres que valen menos que ella. Hay mortajas de seda y ataúdes de palo santo, pero en todos hormiguean y muerden los gusanos".

Manón, sin embargo, anhelaba esos triunfos y esas galas. Por eso dormía soñando con regocijos y con fiestas. Un galán parecido a los errantes caballeros que figuran en las leyendas alemanas, se detenía bajo sus ventanas, y trepando por una escala de seda azul llegaba hasta ella, la ceñía fuertemente con sus brazos y bajaba después, cimbrándose en el aire, hasta la sombra del olivar tendido abajo. Allí esperaba un caballo tan ágil, tan nervioso como "Caracole". Y el caballero, llevándola en brazos, como se lleva a un niño dormido, montaba en el brioso potro que corría a todo escape por el bosque. Los mastines del caserío ladraban y hasta abríanse las ventanas, y en ellas aparecían rostros medrosos; los árboles corrían, corrían en dirección contraria, como un ejército en derrota, y el caballero la apretaba contra el pecho rizando con su aliento abrasador los delgados cabellos de su nuca.

En ese instante el alba salía fresca y perfumada, de su tina de mármol, llena de rocío. ¡No entres -oh fría luz!-, no entres a la alcoba en donde Manón sueña con el amor y la riqueza! ¡Deja que duerma, con su brazo blanco pendiente fuera del colchón, como una virgen que se ha embriagado con el agua de las rosas. Deja que las estrellas bajen del cielo azul, y que se prendan en sus orejas diminutas de porcelana transparente!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3er SEMESTRE, AREA III. UNIDAD X.

CRIOLLISMO.

INTRODUCCION:

Este ismo es el que podemos llamar más nuestro, ya que intenta reflejar una realidad netamente americana, con un estilo propio y característico. Por eso resulta sumamente interesante para todo lector hispanoamericano como nosotros.

Este es el motivo principal por el que lo incluimos en esta unidad.

OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar la época de apogeo para la prosa narrativa de Hispanoamérica.
- 2.- Enunciar cómo es el tema y el estilo de los criollistas.
- 3.- Explicar de dónde provino el impulso primordial de este movimiento y su característica fundamental.
- 4.- Mencionar los aspectos y obras sobresalientes en este ismo.
- 5.- Enunciar los tipos de obra cultivados por los criollistas.
- 6.- Explicar la importancia de este movimiento en la actualidad.
- 7.- Explicar las características del cuento: "El malo" y los elementos del criollismo que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el material que encontrarás a continuación. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Contesta el cuestionario que se encuentra al final del capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento "El malo", de Enrique Gil Gilbert:
 - a) Argumento.
 - b) Tema.
 - c) Estructura (divisiones)
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres criollistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

- 1er. día.- Objetivos 1 al 6.
- 2o. día.- Actividad 1.
- 3er. día.- Objetivo 7; actividad 2.
- 4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.

La prosa narrativa de Hispanoamérica llegó a su apogeo entre las dos guerras mundiales. En los treinta años después del fin de la primera Guerra Mundial, se aumentó mucho la producción de cuentos y novelas de alta calidad. El tema solía ser netamente americano y al estilo; a pesar de estar al comienzo la etapa de las últimas modas vanguardistas, también tenía un fuerte sabor americano.

El impulso primordial de estas obras proviene de la ansia de los autores de conocerse a sí mismos a través de su obra. La primera Guerra Mundial destruyó la ilusión de los escritores de que Europa representaba la cultura frente a la América americana.

Aunque el criollismo, igual que los temas anteriores, persistió en todos los países hispanoamericanos, en cada uno de ellos adquirió una propia personalidad. En este sentido sobresale dentro del criollismo:

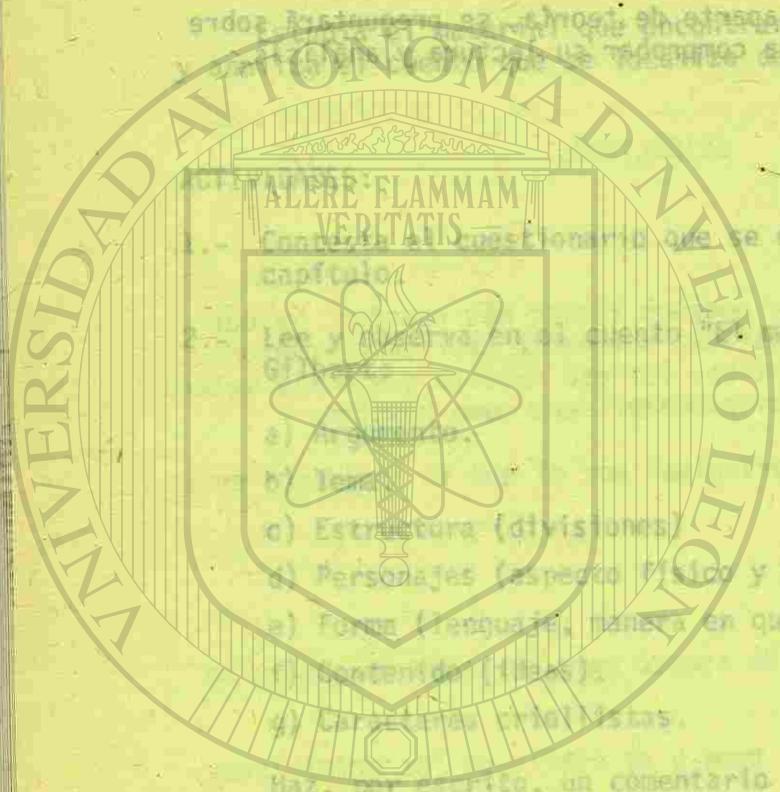
La novela y el cuento de la Revolución Mexicana con su estilo épico (vigoroso, rudo y poético a la vez), el predominio del tema amoroso y la poca importancia de la naturaleza.

El carácter provincial de la novela ecuatoriana, el uso del dialecto, el lenguaje crudo y el uso del humor negro. Cada uno de estos tipos de obras cultivadas por los criollistas.

La novela y el cuento de la Argentina con su tema de la vida y la muerte, el uso del lenguaje culto y el uso del humor negro. Cada uno de estos tipos de obras cultivadas por los criollistas.

PROCEDIMIENTO:

NOTA:



del. Nótese que en el texto se encuentran los siguientes elementos:

- 1.- Características del cuento que se encuentra al final del capítulo.
- 2.- Lee y comenta en el cuento "El Gallo", de Enrique Gil y Sola.
- a) Estructura (divisiones).
- b) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
- c) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
- d) Contenido (tema).
- e) Características del cuento.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades con el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

1er. día - Objetivos 1 al 6.

2do. día - Actividad 1.

3er. día - Objetivo 7, actividad 2.

4to. día - Repaso general.

VVVV

VI. CRIOLLISMO.

La prosa narrativa de Hispanoamérica llegó a su apogeo entre las dos guerras mundiales. En los treinta años después del fin de la primera Guerra Mundial, se aumentó mucho la producción de cuentos y novelas de alta calidad. El tema solía ser netamente americano y el estilo; a pesar de estar al corriente de las últimas modas vanguardistas, también tenía un fuerte sabor americano.

El impulso primordial de estas obras provino de la ansiedad de los autores de conocerse a sí mismos a través de su tierra. La primera Guerra Mundial destruyó la ilusión de los modernistas de que Europa representaba la cultura frente a la barbarie americana.

Aunque el criollismo, igual que los ismos anteriores, imperó en todos los países hispanoamericanos, en cada uno llegó a definir su propia personalidad. En este sentido sobresalen dentro del criollismo:

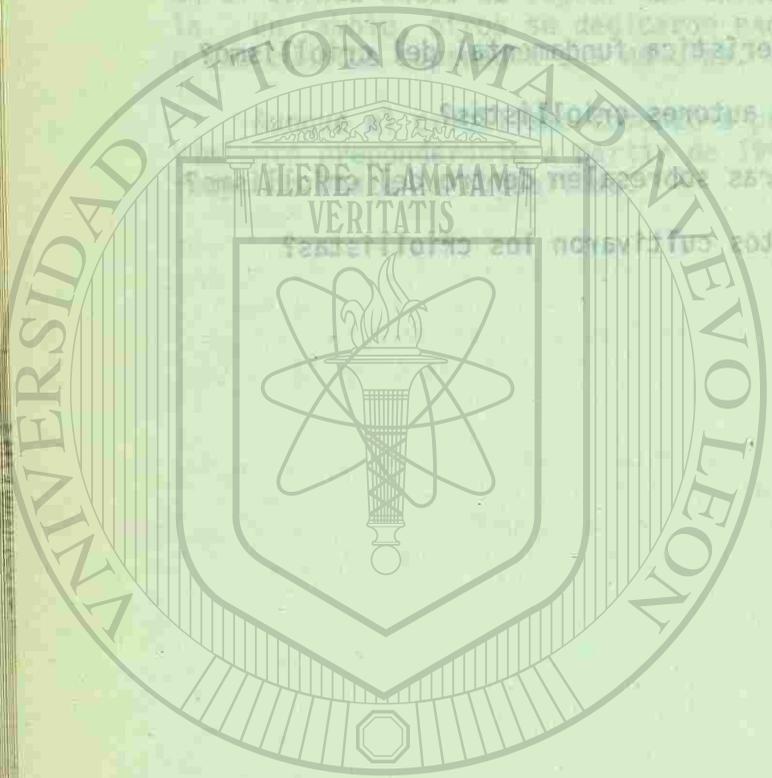
- 1) La novela y el cuento de la Revolución Mexicana con su estilo épico (vigoroso, rápido y poético a la vez), el predominio del hombre anónimo y la poca importancia dada a la naturaleza.
- 2) El carácter proletario de la prosa ecuatoriana con su realismo desenfrenado, su lenguaje crudo y el uso desmesurado del dialecto —todo esto sin dejar de ser artístico.
- 3) La brevedad y la perduración del costumbrismo y la combinación de la literatura y la pintura en algunos cuentistas de la América Central.

Dentro del criollismo se cultivaron con igual empeño la novela y el cuento. Varios autores se estrenaron débilmente en el cuento antes de lograr más éxito artístico en la novela. En cambio, otros se dedicaron exclusivamente al cuento o sus cuentos superan a sus novelas.

Aunque el criollismo comenzó a perder su fuerza como movimiento preponderante a partir de 1945, ha continuado influyendo hasta la actualidad.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cuál es la característica fundamental del criollismo?
- 2.- ¿Qué impulsa a los autores criollistas?
- 3.- ¿Qué aspectos y obras sobresalen dentro del criollismo?
- 4.- ¿Qué tipos de relatos cultivaron los criollistas?



U A N I L

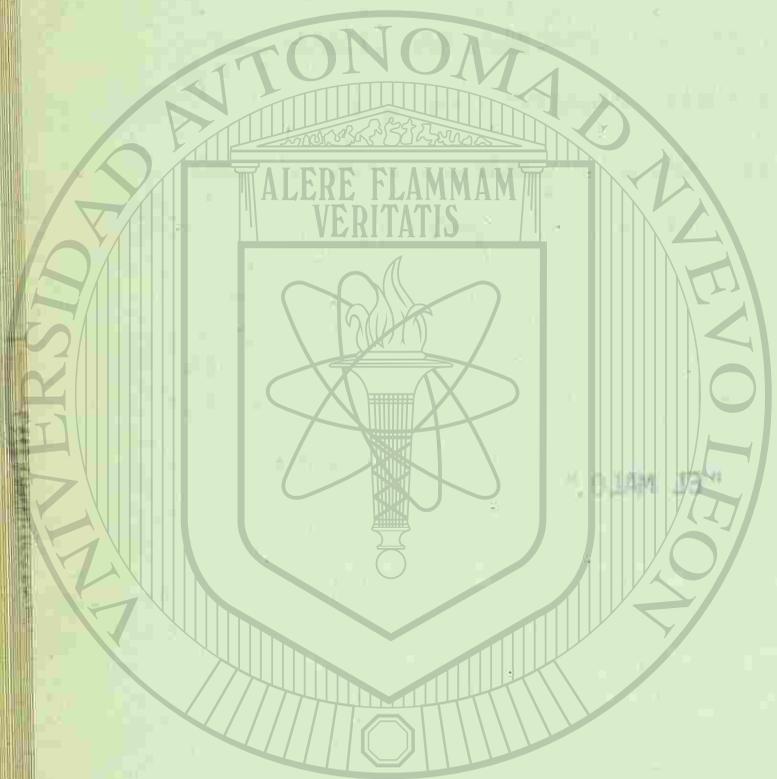
"EL MALO."

Enrique Gil Gilbert.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Duermase niño.
duermase por Dios;
duermase niño
que allí viene el cuco
jahahá! jahahá!*

Y Leopoldo elevaba su destemplada voz meciéndose a todo vuelo en la hamaca, tratando de arrullar a su hermanito menor.

—¡Er moro!

Así lo llamaban porque hasta muy crecido había estado sin recibir las aguas bautismales.

—¡Er moro! ¡Jesú, qué malo ha de ser!

—¿Y nuá venfo tuabía la mala pájara a gritajle?

—Iz que cuando uno es moro la mala pájara pare...

—No: le saca los ojitos ar moro.

*San José y la virgen
fueron a Belén
a adorar al niño
y a Jesús también.
María lavaba,
San José tendía
los ricos pañales
que el niño tenta,
jahahá! jahahá!*

Y seguía meciendo. El cuerpo medio torcido, más elevada una pierna que otra, sólo la más prolongada servía de palanca mecedora. En los labios un pedazo de res: el "rompe camisa".

Más sucio y andrajoso que un mendigo, hacía exclamar a su madre:

—¡Si ya nuaí vida con este demonio! ¡Vea: si nuace un ratito que lo hei bestfo y ya anda como de un mes!

Pero él era impasible. Travieso y malcriado por instinto. Vivo; tal vez demasiado vivo.

Sus pillerías eran porque sí. Porque se le antojaba hacerlo.

Ahora su papá y su mamá se habían ido al desmonte. Tenía que cocinar. Cuidar a su hermanito. Hacerlo dormir, y cuando ya esté dormido, ir llevando la comida a sus taitas. Y lo más probable era que recibiera su cueriza.

Sabía sin duda lo que le esperaba. Pero aunque ya el sol "estaba bastante paradito", no se preocupaba de poner las ollas en el fogón. Tenía su cueriza segura. Pero ¡bah!

¿Qué era jugar un ratito?... Si le pegaban le dolería un ratito y... inada más! Con sobarse contra el suelo, sobre la yerba de la virgen...

Y viendo que el pequeño no se dormía se agachó; se agachó hasta casi tocarle la nariz contra la de él.

El bebé, espantado, saltó, agitó las manecitas. Hizo un gesto que lo afeaba y quiso llorar.

—¡Duérmete! —ordenó.

Pero el muy sinvergüenza en lugar de dormirse se puso a llorar.

—Vea ñañito: iduérmase que tengo que cocinar!

Y empleaba todas las razones más convincentes que hallaba al alcance de su mentalidad infantil.

El bebé no hacía caso.

Recurrió entonces a los métodos violentos.

—¿No quieres dormirte? ¡Ahora verás!

Cogiólo por los hombritos y lo sacudió.

—¡Si no te duermes verás!

Y más y más lo sacudía. Pero el bebé gritaba y gritaba sin dormirse.

—¡Agú! ¡Agú! ¡Agú!

—Parece pito, de esos pitos que hacen con cacho e toro y ombligo de argarrobo.

Y le parecía bonita la destemplada y nada simpática musiquita.

¡Vaya! Qué gracioso resultaba el muchachito, así, moradito, contrayendo los bracitos y las piernitas para llorar.

—¡Ji, ji, ji! ¡Como si ase! ¡Ji, ji, ji!

Si él hubiera tenido senos como su mamá, ya no lloraría el chico, pero... ¿Por qué no tendría él?...

...Y él sería cuando grande como su papá...

Iría...

—¡Agú! ¡Agú! ¡Agú!

¡Carambas, si todavía lloraba su ñaño!

Lo bajó de la hamaca.

—¡Leopordo!

—Mande.

—¿Nuás visto mi gallina fina?

—iYo no hei visto nada!

Y la chepa se alejaba murmurando:

—iSi es malo-malo-malo-como er mesmo malo!

iVieja majadera! Venir a buscar gallinas cuando él tenía que hacer dormir a su ñaño y cocinar... Y ya el sol "estaba más paradito que endenantes".

iQué gritón el muchacho! Ya no le gustaba la musiquita.

Y se puso a saltar alrededor de la criatura. Saltaba. Saltaba. Saltaba.

Y los ocho años que llevaba de vida se alegraron como nunca se habían alegrado.

Si había conseguido hacerlo callar, lo que pocas veces conseguía...

Y más todavía, se reía con él... ¡Con él que nadie se reía!

Por eso tal vez era malo.

¿Malo? ¿Y qué sería eso? A los que les grita la lechuga antes de que los lleven a la pila, son malos... ¡Y a él dizque le había gritado!

Pero nadie se reía con él.

—No te ajuntes con er Leopordo. —Había oído que le decían a los otros chicos—. ¡No te ajuntes con ese ques malo!

Y ahora le había sonreído su hermanito. ¡Y dizque los chiquitos son angelitos!

—iGüio! iGüio!

Y saltaba y más saltaba a su alrededor.

De repente se paró.

—iAy!

Lloró. Agitó las manos. Lo mismo había hecho el chiquito.

—¿Y de onde cayó er machete?

Tornaba los ojos de uno a otro lado.

—¿Pero de onde caería? ¿No sería er diablo?

Y se asustó. El diablo debía estar en el cuarto.

—iUy!

Sus ojos se abrieron mucho... mucho... mucho...

Tanto que de tan abiertos se le cerraron. ¡Le entró tanto frío en los ojos! Y por los ojos le pasó al alma.

El chiquito en el suelo... y él viendo: Sobre los pañalitos... una mancha como de fresco de pitahaya... no... si era... como de tinta de mangle... y salía y salía... ¡qué colorada!

Pero ya no lloraba.

—iñañito!

No, ya no lloraba. ¿Qué le había pasado? ¿Pero de dónde cayó el machete? ¡El diablo!

Y asustado salió. Se detuvo apenas dejó el último escalón de la escalera. ¿Y si su mamá le pegaba? ¡Como siempre le pegaban...!

Volvió a subir... Otra vez estaba llorando el chiquito... ¡Sí! Sí estaba llorando... ¡Pero cómo lloraba! ¡Sí ca si no se le oía!

—¡Oí! ¡Cómo se ha manchao! ¡Y qué colorao! ¡Qué colorao questá! ¡Si toíto se ha embarrao!

Fue a deshacerle el bulluco de pañales. Con las puntas del índice y del pulgar los cogía: ¡tanto miedo le daban!

Eso que le salía era como la sangre que le salía a él cuando se cortaba los dedos mientras hacía canoítas de palo e balsa.

Eso que le salía era sangre.

—¿Cómo caería er machete?

Allí estaba el diablo...

El diablo. El diablo. El diablo.

Y bajó. No bajó. Se encontró sin saber cómo, abajo. Corrió en dirección "al trabajo" de su papá.

—¡Yo no heí sío! Yo no heí sío.

Y corría.

Lo vio pasar todo el mundo.

Los hijos de la Chepa. Los de la Meche. Los de la Victoria. Los de la Carmen. Y todos se apartaban.

—¡Er malo!

Y se quitaban.

—¿Lo ves cómo llora y cómo habla? ¡Se ha gorbido loco! ¡No se ajunten con él que la lechuza lo ha gritao!

Pero él no los veía.

El diablo... su hermanito... ¿cómo fue? El diablo... El malo... El... ¡El que le decían el malo! —Yo no jui! ¡Yo no jui! ¡Si yo no sé!

Llegó. Los vio de lejos. Si les decía le pegaban... No: él les decía...

Y avanzó:

—¡Mamá! ¡Taita!

—¿Qué quieres vos aquí? ¿No te dejé cuidando ar chico?

Y lloró asustado. Y vio:

El diablo.

Su hermanito.

El machete.

—Si yo no jui... ¡Solito no más se cayó! ¡Er diablo!

—¿Qué ha pasado?

—En la barriguita... ¡pero yo no jui! ¡Si cayó solito! ¡Naiden lo atacó! ¡Yo no jui!

Ellos adivinaron.

¡Y corrieron. El asustado. Ella llorosa y atrás. Leopoldo con un espanto más grande que la alegría de cuando su hermanito le sonrió!

Para todos pasó como algo inusitado ver corriendo como locos a toda la familia.

Algunos se reían. Otros se asustaban. Otros quedaban indiferentes.

Los muchachos se acercaban y preguntaban:

—¿Qué ha pasao?

Hablaban por primera vez en su vida al malo.

—¡Yo nuei sfo! ¡Jue er diablo!

Y se apartaban de él.

¡Lo que decfa!

Y subieron todos y todos vieron y ninguno creyó en lo que veía. Sólo él —el malo— asustado, tan asustado que no hablaba —cosa rara en él— desgrefinado, sucio, hediondo a sudor, miraba y estaba convencido de que era cierto lo que veían.

Y sus ojos interrogaban a todos los rincones. Creía ver al diablo.

La madre lloró.

Al quitarle los pañales vio con los ojos enturbiados por el llanto lo que no hubiera querido ver...

Pero, ¿quién había sido?

Juan, el padre, explicó: como de costumbre él había dejado el machete entre las cañas... él, nadie más que él, tenía la culpa.

No. Ellos no lo creían. Había sido el malo. Ellos lo acusaban.

Leopoldo llorando imploraba:

—Si yo no fui! Jue er diablo.

—¡Er diablo eres vos!

—¡Yo soy Leopordo!

—Tu taita ej er diablo, no don Juan.

—Mentira —gritó la madre ofendida.

Y la vieja Victoria, bruja y curandera, arguyó con su voz cascada:

—¡Nuasido otro quer Leopordo, porque ér ej er malo. Y naiden más quer tienen que haber sido!

Leopoldo como última protesta:

—¡Yo soy hijo e mi taíta!

Todos hacían cruces.

Había sido el malo. Tenía que ser. Ya había comenzado. Después mataría más.

—¡Hay que decirle ar Político er pueblo!

Se alejaban del malo. Entonces él sintió repulsión de ellos. Fue la primera vez que odió.

Y cuando todos los curiosos se fueron y quedaron solos los cuatro, María, la madre, lloró. Mientras Juan se restregaba una mano con otra y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

María vio al muerto... ¡Malo, Leopoldo, malo! ¡Mató a su hermanito, malo! Pero ahora vendría el Político y se lo llevaría preso... Pobrecito. ¿Cómo lo tratarían? Mal porque era malo. Y con lo brutos que eran los de la rural. ¡Pero había matado a su hermanito! Malo, Leopoldo, malo...

Lo miró. Los ojos llorosos de Leopoldo se encontraron suplicantes con los de ella.

—¡Yo no hei sfo, mama!

La vieja Victoria subió refunfuñando:

—¡Si es que malo de nación: es é, er malo, naiden más que é!

María abrazó a su hijo muerto... ¿Y el otro? ¿El Leopoldo?... ¡No, no podía ser!

Corrió, lo abrazó y lo llevó junto al cadáver. Y allí abrazó a su hijo muerto y al vivo.

—¡Mijito! ¡Pobrecito!

—Le gritó la lechuza...

El machete viejo, carcomido, manchado a partes de sangre, a partes oxidado, negro, a partes plateado, por no sé qué misterio de luz, parecía reírse.

—¡Es malo, malo Leopoldo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

3er. SEMESTRE.

AREA III.

UNIDAD XII.

NOTA:

COSMOPOLITISMO.

INTRODUCCION:

Lo más importante para este ismo es el conocimiento de diversas culturas, el tratar de alcanzar la universalidad. Es reciente, en cuanto a movimiento literario, y por lo tanto, su problemática está más cercana a nosotros, es actual.

OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar quienes precisaron el cosmopolitismo como doctrina.
- 2.- Definir en qué consiste el cosmopolitismo literario.
- 3.- Mencionar a qué ismo ha desplazado el cosmopolitismo.
- 4.- Enunciar para qué sirve la literatura según el escritor criollista.
- 5.- Explicar las preocupaciones del escritor cosmopolita y sus centros de interés.
- 6.- Mencionar la forma de ser y actuar de los cosmopolitas.
- 7.- Enunciar la capital del cosmopolitismo literario y a su máximo representante.
- 8.- Enunciar las escuelas que se agrupan dentro de este movimiento.

- 9.- Explicar las características del cuento: "La lluvia" y los elementos del cosmopolitismo que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el capítulo VII de este libro. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Responde el cuestionario de este capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento: "La lluvia" de Arturo Uslar Pietri:
 - a) Argumento.
 - b) Tema.
 - c) Estructura (divisiones).
 - d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
 - e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
 - f) Contenido (ideas).
 - g) Caracteres cosmopolitas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

- 1er. día.- Objetivos 1 al 8.
- 2o. día.- Actividad 1.

- 3er. día.- Objetivo 9; actividad 2.

- 4o. día.- Repaso general.

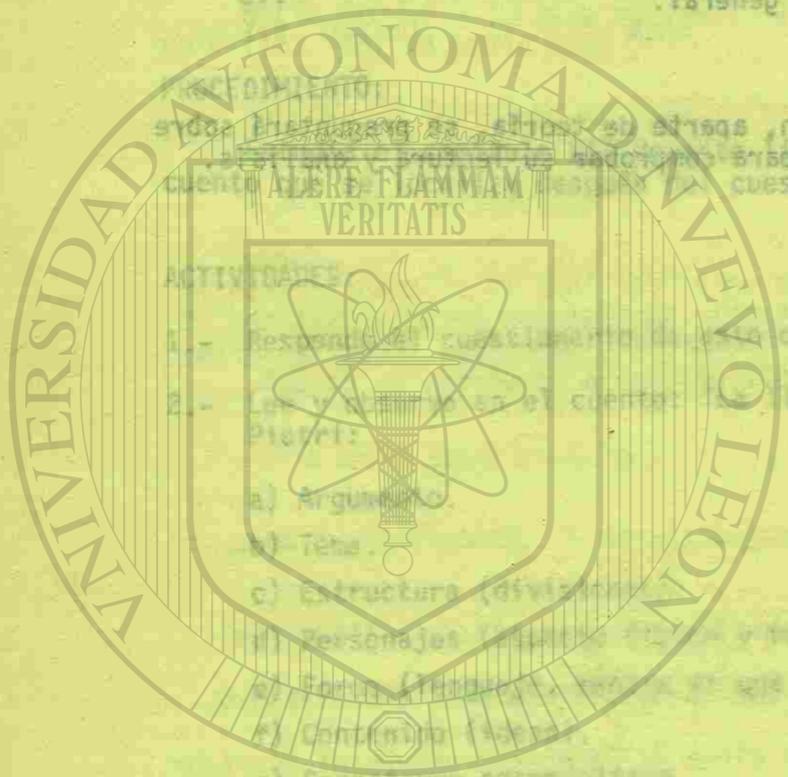
NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.

- El cosmopolitismo literario se puede definir de la siguiente forma:
- a) Conocimiento profundo de las literaturas de otros países.
 - b) Diversas influencias de distintas literaturas en la cultura y en el estilo de un escritor.
 - c) Apasionamiento por temas literarios universales.
- Si bien es cierto que el criollismo ha dominado la literatura hispanoamericana del siglo XX, no es menos cierto que el cosmopolitismo, como corriente literaria, ha logrado triunfar en casi todos los países.

Para el escritor criollista la literatura sirve para interpretar las condiciones económicas y sociales de su propio país. En cambio el autor cosmopolita se preocupa mucho más por la estética, la psicología y la filosofía, aunque también trata temas criollos. Frente a la temática criollista el cosmopolita se interesa más en el individuo, en la vida humana y en la fantasía.

Los escritores cosmopolitas, que viven en los grandes centros metropolitanos, conocen muchas partes del mundo y están al tanto de los movimientos literarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIXXVIII

VII. COSMOPOLITISMO.

El cosmopolitismo, como doctrina, lo precisaron algunos filósofos griegos de la escuela estoica. El papel que representa el cosmopolitismo en el mundo antiguo es sumamente importante.

El cosmopolitismo literario se puede definir de la siguiente forma:

- a) Conocimiento profundo de las literaturas de todos los países.
- b) Diversas influencias de distintas literaturas en la cultura y en el estilo de un escritor.
- c) Apasionamiento por temas literarios universales.

Si bien es cierto que el criollismo ha dominado la literatura hispanoamericana del siglo XX, no es menos cierto que la corriente cosmopolita nunca ha muerto por completo, y que en la actualidad ha logrado desplazar al criollismo en casi todos los países.

Para el escritor criollista la literatura sirve para interpretar las condiciones políticas, económicas y sociales de su propio país. En cambio el autor cosmopolita se preocupa mucho más por la estética, la psicología y la filosofía, aún cuando trata temas criollos. Frente a la temática criollista, los cosmopolitas se interesan más en el individuo, en la vida urbana y en la fantasía.

Los escritores viven en los grandes centros metropolitanos, conocen muchas partes del mundo y están al tanto de los movimientos literarios.

La capital del cosmopolitismo hispanoamericano es Buenos Aires y su máximo representante Jorge Luis Borges, quien se formó en Europa durante la época vanguardista.

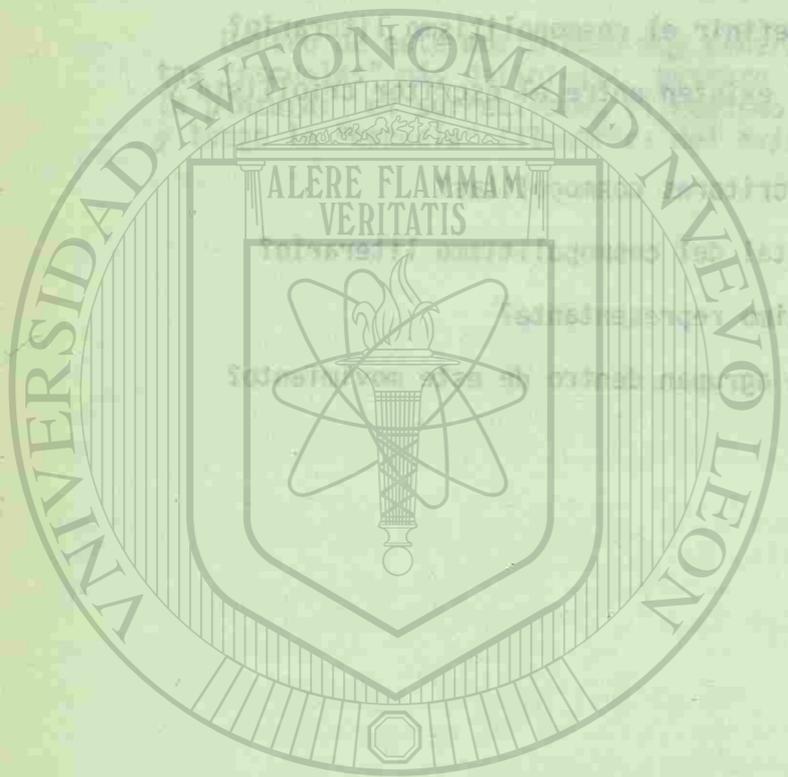
Dentro de este movimiento muy general, se agrupan distintas "escuelas" más definidas: primero las que surgieron en la pintura: el surrealismo, el cubismo y el realismo mágico; y luego la "escuela" filosófica del existencialismo.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cómo se puede definir el cosmopolitismo literario?
- 2.- ¿Qué diferencias existen entre el escritor criollista y el cosmopolita?
- 3.- ¿Cómo son los escritores cosmopolitas?
- 4.- ¿Cuál es la capital del cosmopolitismo literario?
- 5.- ¿Quién es su máximo representante?
- 6.- ¿Qué escuelas se agrupan dentro de este movimiento?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUANIL

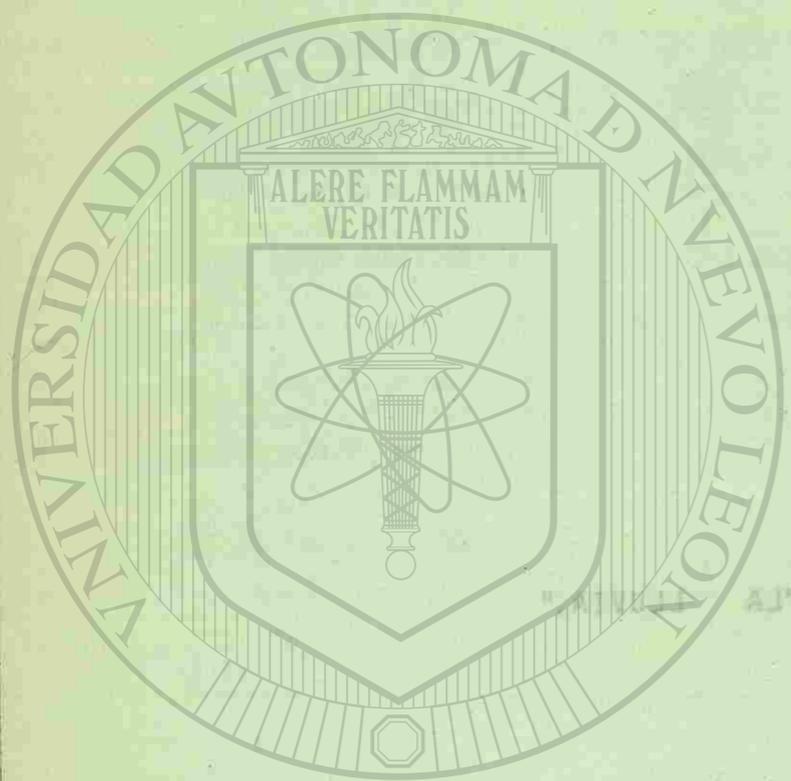
"LA LLUVIA."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Arturo UsIar Pietri.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La luz de la luna entraba por todas las rendijas del rancho y el ruido del viento en el maizal, compacto y menudo como de lluvia. En la sombra acuchillada de láminas claras oscilaba el chinchorro lento del viejo zambo; acompasadamente chirriaba la atadura de la cuerda sobre la madera y se oía la respiración corta y silbosa de la mujer que estaba echada sobre el catre del rincón.

La patinadura del aire sobre las hojas secas del maíz y de los árboles sonaba cada vez más a lluvia, poniendo un eco húmedo en el ambiente terroso y sólido.

Se oía en lo hondo, como bajo piedra, el latido de la sangre girando ansiosamente.

La mujer sudorosa e insomne prestó oído, entreabrió los ojos, trató de adivinar por las rayas luminosas, atisbó un momento, miró el chinchorro, quieto y pesado, y llamó con voz agria:

—¡Jesuso!

Calmó la voz esperando respuesta y entretanto comentó alzadamente.

—Duerme como un palo. Para nada sirve. Si vive como si estuviera muerto...

El dormido salió a la vida con la llamada, desperezóse y preguntó con voz cansina:

—¿Qué pasa Usebia? ¿Qué escándalo es ése? ¡Ni de noche puedes dejar en paz a la gente!

—Cállate, Jesuso, y oye.

—¿Qué?

—Está lloviendo, lloviendo, ¡Jesuso! y ni lo oyes. Hasta sordo te has puesto!

Con esfuerzo, malhumorado, el viejo se incorporó, corrió a la puerta, la abrió violentamente y recibió en la cara y en el cuerpo medio desnudo la plateadura de la luna llena y el soplo ardiente que subía por la ladera del conuco agitando las sombras. Lucían todas las estrellas.

Alargó hacia la intemperie la mano abierta, sin sentir una gota.

Dejó caer la mano, aflojó los músculos y recostóse en el marco de la puerta.

—¿Ves, vieja loca, tu aguacero? Ganas de trabajar la paciencia. La mujer quedóse con los ojos fijos mirando la gran claridad que entraba por la puerta. Una rápida gota de sudor le cosquilleó en la mejilla. El vaho cálido inundaba el recinto.

Jesús tornó a cerrar, caminó suavemente hasta el chinchorro, estiróse y se volvió a oír el crujido de la madera en la mecida. Una mano colgaba hasta el suelo resbalando sobre la tierra del piso.

La tierra estaba seca como una piel áspera, seca hasta en el extremo de las raíces, ya como huesos; se sentía flotar sobre ella una fiebre de sed, un jadeo, que torturaba a los hombres.

Las nubes oscuras como sombra de árbol se habían ido, se habían perdido tras de los últimos cerros más altos, se habían ido como el sueño, como el reposo. El día era ardiente. La noche era ardiente, encendida de luces fijas y metálicas.

En los cerros y los valles pelados, llenos de grietas como bocas, los hombres se consumían torpes, obsesionados por el fantasma pulido del agua, mirando señales, escudriñando anuncios...

Sobre los valles y los cerros, en cada rancho, pasaban y repasaban las mismas palabras.

—Cantó el carrao. Va a llover...

—¡No lloverá!

Se la daban como santo y seña de la angustia.

—Ventó del abra. Va a llover...

—¡No lloverá!

Se lo repetían como para fortalecerse en la espera infinita.

—Se callaron las chicharras. Va a llover...

—¡No lloverá!

La luz y el sol eran de cal cegadora y asfixiante.

—Si no llueve, Jesuso, ¿qué va a pasar?

Miró la sombra que se agitaba fatigosa sobre el catre, comprendió su intención de multiplicar el sufrimiento con las palabras, quiso hablar, pero la somnolencia le tenía tomado el cuerpo, cerró los ojos y se sintió entrando en el sueño.

Con la primera luz de la mañana Jesuso salió al conuco y comenzó a recorrerlo a paso lento. Bajo sus pies descalzos crujían las hojas vidriosas. Miraba a ambos lados las largas hileras del maizal amarillas y tostadas, los escasos árboles desnudos y en lo alto de la colina, verde profundo, un cactus vertical. A ratos deteníase, tomaba en la mano

una vaina de frijol reseca y triturábala con lentitud haciendo saltar por entre los dedos los granos rugosos y malogrados.

A medida que subía el sol, la sensación y el color de aridez eran mayores. No se veía nube en el cielo de un azul de llama. Jesuso, como todos los días, iba sin objeto, porque la siembra estaba ya perdida, recorriendo las veredas del conuco, en parte por inconsciente costumbre, en parte por descansar de la hostil murmuración de Usebia.

Todo lo que se dominaba del paisaje, desde la colina, era una sola variedad de amarillo sediento sobre valles estrechos y cerros calvos, en cuyo flanco una mancha de polvo calcáreo señalaba el camino.

No se observaba ningún movimiento de vida, el viento quieto, la luz fulgurante. Apenas la sombra si se iba empequeñeciendo. Parecía aguardarse un incendio.

Jesuso marchaba despacio, deteniéndose a ratos como un animal amaestrado, la vista sobre el suelo, y a ratos conversando consigo mismo.

—¡Bendito y alabado! ¿Qué va a ser de la pobre gente con esta sequía? Este año ni una gota de agua y el pasado fue un inviernazo que se pasó de aguado, llovió más de la cuenta, creció el río, acabó con las vegas, se llevó el puente... Está visto que no hay manera... Si llueve, porque llueve... Si no llueve porque no llueve...

Pasaba del monólogo a un silencio desierto y a la marcha perezosa, la mirada por tierra, cuando sin ver sintió algo inusitado, en el fondo de la vereda y alzó los ojos.

Era el cuerpo de un niño. Delgado, menudo, de espaldas, en cuclillas, fijo y abstraído mirando hacia el suelo.

Jesuso avanzó sin ruido, y sin que el muchacho lo advirtiera, vino a colocársele por detrás, dominando con su estatura lo que hacía. Corría por tierra culebreando un delgado

hilo de orina. achatado y turbio de polvo en el extremo, que arrastraba algunas pajas mínimas. En ese instante, de entre sus dedos mugrientos, el niño dejaba caer una hormiga.

—Y se rompió la represa... y ha venido la corriente... bruuuum... bruuuuuum... y la gente corriendo... y se llevó la hacienda de tío sapo... y después el hato de tía tara... y todos los palos grandes... zaaaas... bruuuuuum... y ahora tía hormiga metida en esa aguazón...

Sintió la mirada, volvióse bruscamente, miró con susto la cara rugosa del viejo y se alzó entre colérico y vergonzoso.

Era fino, elástico, las extremidades largas y perfectas, el pecho angosto, por entre el dril pardo la piel dorada y sucia, la cabeza inteligente, móviles los ojos, la nariz vibrante y aguda, la boca femenina. Lo cubría un viejo sombrero de fieltro, ya humano de uso, plegado sobre las orejas como bicornio, que contribuía a darle expresión de roedor, de pequeño animal inquieto y ágil.

Jesuso terminó de examinarlo en silencio y sonrió.

—¿De dónde sales, muchacho?

—De por ahí...

—¿De dónde?

—De por ahí...

Y extendió con vaguedad la mano sobre los campos que se alcanzaban.

—¿Y qué vienes haciendo?

—Caminando.

La impresión de la respuesta dábale cierto tono autoritario y alto, que extrañó al hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Como me puso el cura.

Jesús arrugó el gesto, desagradado por la actitud terca y huraña.

El niño pareció advertirlo y compensó las palabras con una expresión confiada y familiar.

—No seas malcriado —comenzó el viejo, pero desarmado por la gracia bajó a un tono más íntimo—. ¿Por qué no contestas?

—¿Para qué pregunta? —replicó con candor extraordinario.

—Tú escondes algo. O te has ido de casa de tu taita.

—No, señor.

Preguntaba casi sin curiosidad, monótonamente, como jugando un juego.

—O has echado alguna lavativa.

—No, señor.

—O te han botado por maluco.

—No, señor.

Jesuso se rascó la cabeza y agregó con sorna:

—O te empezaron a comer las patas y te fuiste, ¡ah, vagabundito?

El muchacho no respondió, se puso a mecerse sobre los pies, los brazos a la espalda, chasqueando la lengua contra el paladar.

—¿Y para dónde vas ahora?

—Para ninguna parte.

—¿Y qué estás haciendo?

—Lo que usted ve.

—¡Buena cochinado!

El viejo Jesuso no halló más que decir; quedaron callados frente a frente, sin que ninguno de los dos se atreviese a mirarse a los ojos. Al rato, molesto por aquel silencio y aquella quietud que no hallaba cómo romper, empezó a caminar lentamente como un animal enorme y torpe, casi como si quisiera imitar el paso de un animal fantástico, advirtió que lo estaba haciendo, y lo ruborizó pensar que pudiera hacerlo para divertir al niño.

—¿Vienes? —le preguntó simplemente—. Calladamente el muchacho se vino siguiéndolo.

En llegando a la puerta del rancho halló a Usebia atareada encendiendo fuego. Soplaba con fuerza sobre un montoncito de maderas de cajón de papeles amarillos.

—Usebia, mira —llamó con timidez—. Mira lo que ha llegado.

—Ujú —gruñó sin tornarse, y continuó soplando.

El viejo tomó al niño y lo colocó ante sí, como presentándolo, las dos manos oscuras y gruesas sobre los hombros finos.

—¡Mira, pues!

Giró agria y brusca y quedó frente al grupo, viendo con esfuerzo por los ojos llorosos de humo.

—¿Ah?

Una vaga dulzura le suavizó lentamente la expresión.

—Ajá. ¿Quién es?

Ya respondía con sonrisa a la sonrisa del niño.

—¿Quién eres?

—Pierdes tu tiempo en preguntarle, porque este sinvergüenza no contesta.

Quedó un rato viéndolo, respirando su aire, sonriéndole, pareciendo comprender algo que escapaba a Jesuso. Luego muy despacio se fue a un rincón, hurgó en el fondo de una bolsa de tela roja y sacó una galleta amarilla, pulida como metal de dura y vieja. La dio al niño y mientras éste mascaba con dificultad la tiesa pasta, continuó contemplándolos, a él y al viejo alternativamente, con aire de asombro, casi de angustia.

Parecía buscar dificultosamente un fino y perdido hilo de recuerdo.

—¿Te acuerdas, Jesuso, de Cacique? El pobre.

La imagen del viejo perro fiel desfiló por sus memorias. Una compungida emoción los acercaba.

—Ca-ci-que... —dijo el viejo como aprendiendo a deletrear.

El niño volvió la cabeza y lo miró con su mirada entera y pura. Miró a su mujer y sonrieron ambos tímidos y sorprendidos.

A medida que el día se hacía grande y profundo, la luz situaba la imagen del muchacho dentro del cuadro familiar y pequeño del rancho. El color de la piel enriquecía el tono moreno de la tierra pisada, y en los ojos de la sombra fresca estaba viva y ardiente.

Poco a poco las cosas iban dejando sitio y organizándose para su presencia. Ya la mano corría fácil sobre la lustrosa madera de la mesa, el pie hallaba el desnivel del umbral, el cuerpo se amoldaba exacto al butaque de cuero y los movimientos cabían con gracia en el espacio que los esperaba.

Jesuso, entre alegre y nervioso, había salido de nuevo al campo y Usebia se atareaba, procurando evadirse de la soledad frente al ser nuevo. Removía la olla sobre el fuego, iba y venía buscando ingredientes para la comida, y a ratos, mientras le volvía la espalda, miraba de reojo al niño.

Desde donde lo vislumbraba quieto, con las manos entre las piernas, la cabeza doblada mirando los pies golpear el suelo, comenzó a llegarle un silbido menudo y libre que no recordaba música.

Al rato preguntó casi sin dirigirse a él:

—¿Quién es el grillo que chilla?

Creyó haber hablado muy suave, porque no recibió respuesta sino el silbido, ahora más alegre y parecido a la brusca exaltación del canto de los pájaros.

—¡Cacique! —insinuó casi con vergüenza—. ¡Cacique!

Mucho gozo le produjo al oír el ¡ah! del niño.

—¿Cómo que te está gustando el nombre?

Una pausa y añadió:

—Yo me llamé Usebia.

Oyó como un eco apagado:

—Velita de sebo...

Sonrió entre sorprendida y disgustada.

—¿Cómo que te gusta poner nombres?

—Usted fue quien me lo puso a mí.

—Verdad es.

Iba a preguntarle si estaba contento, pero la dura cosa que la vida solitaria había acumulado sobre sus sentimientos le hacía difícil, casi dolorosa, la expresión.

Tornó a callar y a moverse mecánicamente en una imaginaria tarea, eludiendo los impulsos que la hacían comunicativa y abierta. El niño recomenzó el silbido.

La luz crecía, haciendo más pesado el silencio. Hubiera querido comenzar a hablar disparatadamente de todo cuanto le pasaba por la cabeza, o huir a la soledad para hallarse de nuevo consigo misma.

Soportó callada aquel vértigo interior hasta el límite de la tortura, y cuando se sorprendió hablando ya no se sentía ella, sino algo que fluía como la sangre de una vena rota.

—Tú vas a ver cómo todo cambiará ahora, Cacique. Ya yo no podía aguantar más a Jesuso...

La visión del viejo oscuro, callado, seco, pasó entre las palabras. Le pareció que el muchacho había dicho "lechuzo", y sonrió con torpeza, no sabiendo si era la resonancia de sus propias palabras.

—...no sé como lo he aguantado toda la vida. Siempre ha sido malo y mentiroso. Sin ocuparse de mí...

El sabor de la vida amarga y dura se concentraba en el recuerdo de su hombre, cargándolo con las culpas que no podía aceptar.

—...ni el trabajo del campo lo sabe con tantos años. Otros hubieran salido de abajo y nosotros para atrás y para atrás. Y ahora este año, Cacique...

Se interrumpió suspirando y continuó con firmeza y la voz alzada, como si quisiera que la oyese alguien más lejos:

—...no ha venido el agua. El verano se ha quedado viejo quemándolo todo. ¡No ha caído ni una gota!

La voz cálida en el aire tórrido trajo un ansia de frescura imperiosa, una angustia de sed. El resplandor de la colina tostada, de las hojas secas, de la tierra agrietada, se hizo presente como otro cuerpo y alejó las demás preocupaciones.

Guardó silencio algún tiempo y luego concluyó con voz dolorosa:

—Cacique, coge esa lata y baja a la quebrada a buscar agua.

Miraba a Usebia atarearse en los preparativos del almuerzo y sentía un contento íntimo como si se preparara una ceremonia extraordinaria, como si acaso acabara de descubrir el carácter religioso del alimento.

Todas las cosas usuales se habían endomingado, se veían más hermosas, parecían vivir por primera vez.

—¿Está buena la comida, Usebia?

La respuesta fue tan extraordinaria como la pregunta.

—Está buena, viejo.

El niño estaba afuera, pero su presencia llegaba hasta ellos de un modo imperceptible y eficaz.

La imagen del pequeño rostro agudo y huroneante, les provocaba asociaciones de ideas nuevas. Pensaban con ternura en objetos que antes nunca habían tenido importancia. Alpargaticas menudas, pequeños caballos de madera, carritos hechos con ruedas de limón, metras de vidrio irisado.

El gozo mutuo y callado los unía y hermosaba. También ambos parecían acabar de conocerse, y tener sueños para la vida venidera. Estaban hermosos hasta sus nombres y se complacían en decirlos solamente.

—Jesuso...

—Usebia...

Ya el tiempo no era un desesperado aguardar, sino una cosa ligera, como fuente que brotaba.

Cuando estuvo lista la mesa, el viejo se levantó, atravesó la puerta y fue a llamar al niño que jugaba afuera, echado por tierra, con una cerbatana.

—¡Cacique, vente a comer!

El niño no lo oía, abstraído en la contemplación del insecto verde y fino como el nervio de una hoja. Con los ojos pegados a la tierra, la veía crecida como si fuese de su mismo tamaño, como un gran animal terrible y monstruoso. La cerbatana se movía apenas, girando sobre sus patas, entre la voz del muchacho, que canturreaba interminablemente:

—"Cerbatana, cerbatanita, ¿de qué tamaño es tu conuquito?"

El insecto abría acompasadamente las dos patas delanteras, como mensurando vagamente. La cantinela continuaba acompañando el movimiento de la cerbatana, y el niño iba viendo cada vez más diferente e inesperado el aspecto de la bestezuela, hasta hacerla irreconocible en su imaginación.

—Cacique, vente a comer.

Volvió la cara y se alzó con fatiga, como si regresase de un largo viaje.

Penetró tras el viejo en el rancho lleno de humo. Usebia servía el almuerzo en platos de peltre desportillados. En el centro de la mesa se destacaba blanco el pan de maíz, frío y rugoso.

Contra su costumbre, que era estarse lo más del día vagando por las siembras y laderas, Jesuso regresó al rancho poco después del almuerzo.

Cuando volvía a las horas habituales, le era fácil repetir gestos consuetudinarios, decir las frases acostumbradas y hallar el sitio exacto en que su presencia aparecía como un fruto natural de la hora, pero aquel regreso inusitado representaba una tan formidable alteración del curso de su vida, que entró como avergonzado y comprendió que Usebia debía estar llena de sorpresa.

Sin mirarla de frente, se fue al chinchorro y echóse a lo largo. Oyó sin extrañeza cómo lo interpelaba.

—¡Ajá! ¿Cómo que arreció la flojera?

Buscó una excusa.

—¿Y qué voy a hacer en ese cerro achicharrado?

Al rato volvió la voz de Usebia, ya dócil y con más simpatía.

—¡Tanta falta que hace el agua! Si acabara de venir un buen aguacero, largo y bueno. ¡Santo Dios!

—La calor es mucha y el cielo purito. No se mira venir agua de ningún lado.

—Pero si lloviera se podría hacer otra siembra.

—Sí, se podría.

—Y daría más plata, porque se ha secado mucho conuco.

—Sí, daría.

—Con un solo aguacero se pondría verdecita toda esa falda.

—Y con la plata podríamos comprarnos un burro, que nos hace mucha falta. Y unos camisones para ti, Usebia.

La corriente de ternura brotó inesperadamente y con su milagro hizo sonreír a los viejos.

—Y para ti, Jesuso, una buena cobija que no se pase.

Y casi en coro los dos:

—¿Y para Cacique?

—Lo llevaremos al pueblo para que coja lo que le guste.

La luz que entraba por la puerta del rancho se iba haciendo tenue, difusa, oscura, como si la hora avanzase y sin embargo no parecía haber pasado tanto tiempo desde el almuerzo. Llegaba brisa teñida de humedad que hacía más grato el encierro de la habitación.

Todo el medio día lo habían pasado casi en silencio, diciendo sólo, muy de tiempo en tiempo, algunas palabras vagas y banales por las que secretamente y de modo basto asomaba un estado de alma nuevo, una especie de calma, de paz,

de cansancio feliz.

—Ahorita está oscuro —dijo Usebia, mirando el color ceniciento que llegaba a la puerta.

—Ahorita —asintió distraídamente el viejo.

E inesperadamente agregó:

—¿Y qué se ha hecho Cacique en toda la tarde?... Se habrá quedado por el conuco jugando con los animales que encuentra. Con cuanto bichito mira, se para y se pone a conversar como si fuera gente.

Y más luego añadió, después de haber dejado desfilar lentamente por su cabeza todas las imágenes que suscitaban sus palabras dichas:

—... y lo voy a buscar, pues.

Alzóse del chinchorro con pereza y llegó a la puerta. Todo el amarillo de la colina seca se había tornado en violeta bajo la luz de gruesos nubarrones negros que cubrían el cielo. Una brisa aguda agitaba todas las hojas tostadas y chirriantes.

—Mira, Usebia —llamó.

Vino la vieja al umbral preguntando:

—¿Cacique está ahí?

—¡No! Mira el cielo negrito, negrito.

—Ya así se ha puesto otras veces y no ha sido agua. ®

Ella quedó enmarcada en la puerta y él salió al raso, hizo hueco con las manos y lanzó un grito lento y espacioso.

—¡Cacique! ¡Caciiiique!

La voz se fue con la brisa, mezclada al ruido de las hojas, al hervor de mil ruidos menudos que como burbujas rodeaban la colina.

Jesuso comenzó a andar por la vereda más ancha del conuco.

En la primera vuelta vio de reojo a Usebia, inmóvil, incrustada en las cuatro líneas del umbral, y la perdió siguiendo las sinuosidades.

Cruzaba un ruido de bestezuelas veloces por la hojarasca caída y se oía el escalofriante vuelo de las palomitas pardas sobre el ancho fondo del viento inmenso que pasaba pesadamente. Por la luz y el aire penetraba una frialdad de agua.

Sin sentirlo, estaba como ausente y metido por otras veredas más torcidas y complicadas que las del conuco, más oscuras y misteriosas. Caminaba mecánicamente, cambiando su velocidad, deteniéndose y hallándose de pronto parado en otro sitio.

Suavemente las cosas iban desdibujándose y haciéndose grises y mudables, como de sustancia de agua.

A ratos parecía a Jesuso ver el cuerpecito del niño en cuclillas entre los tallos del maíz, y llamaba rápido: —"Cacique" —pero pronto la brisa y la sombra deshacían el dibujo y formaban otra figura irreconocible.

Las nubes mucho más hondas y bajas aumentaban por segundos la oscuridad. Iba a media falda de la colina y ya los árboles altos parecían columnas de humo deshaciéndose en la atmósfera oscura.

Ya no se fiaba de los ojos, porque todas las formas eran sombras indistintas, sino que a ratos se paraba y prestaba oído a los rumores que pasaban.

—¡Cacique!

Hervía una sustancia de murmullos, de ecos, de crujidos, resonante y vasta.

Había distinguido clara su voz entre la zarabanda de ruidos menudos y dispersos que arrastraba el viento.

—Cerbatana, cerbatanita...

Era eso, eran sílabas, eran palabras de su voz infantil, y no el eco de un guijarro que rodaba, y no algún canto de pájaro desfigurado en la distancia, ni siquiera su propio grito que regresaba decrecido y delgado.

—Cerbatana, cerbatanita...

Entre el humo vago que le llenaba la cabeza, una angustia fría y aguda lo hostigaba acelerando sus pasos y precipitándolo locamente. Entró en cuclillas, a ratos a cuatro patas, hurgando febril entre los tallos del maíz, y parándose continuamente a no oír sino su propia respiración, que resonaba grande.

Buscaba con rapidez que crecía vertiginosamente, con ansia incontenible, casi sintiéndose él mismo, perdido y llamado.

—¡Cacique! ¡Caciiiiique!

Había ido dando vueltas entre gritos y jadeos, extraviado, y sólo ahora advertía que iba de nuevo subiendo la colina. Con la sombra, la velocidad de la sangre y la angustia de la búsqueda inútil, ya no reconocía en sí mismo al manso viejo habitual, sino un animal extraño presa de un impulso de la naturaleza. No veía en la colina los familiares contornos, sino como un crecimiento y deformación inopinados que se la hacían ajena y poblada de ruidos y movimientos desconocidos.

El aire estaba espeso e irrespirable, el sudor le corría copioso y él giraba y corría siempre agujoneado por la angustia.

—¡Cacique!

Ya era una cosa de vida o muerte hallar. Hallar algo desmedido que saldría de aquella áspera soledad torturadora. Su propio grito ronco parecía llamarlo hacia mil rumbos distintos, donde algo de la noche aplastante lo esperaba.

Era agonía. Era sed. Un olor de surco recién removido flotaba ahora a ras de tierra, olor de hoja tierna triturada.

Ya irreconocible, como las demás formas, el rostro del niño se deshacía en la tiniebla gruesa, ya no le miraba aspecto humano, a ratos no le recordaba la fisonomía, ni el timbre, no recordaba su silueta.

—¡Cacique!

Una gruesa gota fresca estalló sobre su frente sudorosa. Alzó la cara y otra le cayó sobre los labios partidos y otras en las manos terrosas.

—¡Cacique!

Y otras frías en el pecho grasiento de sudor, y otras en los ojos turbios, que se empañaron.

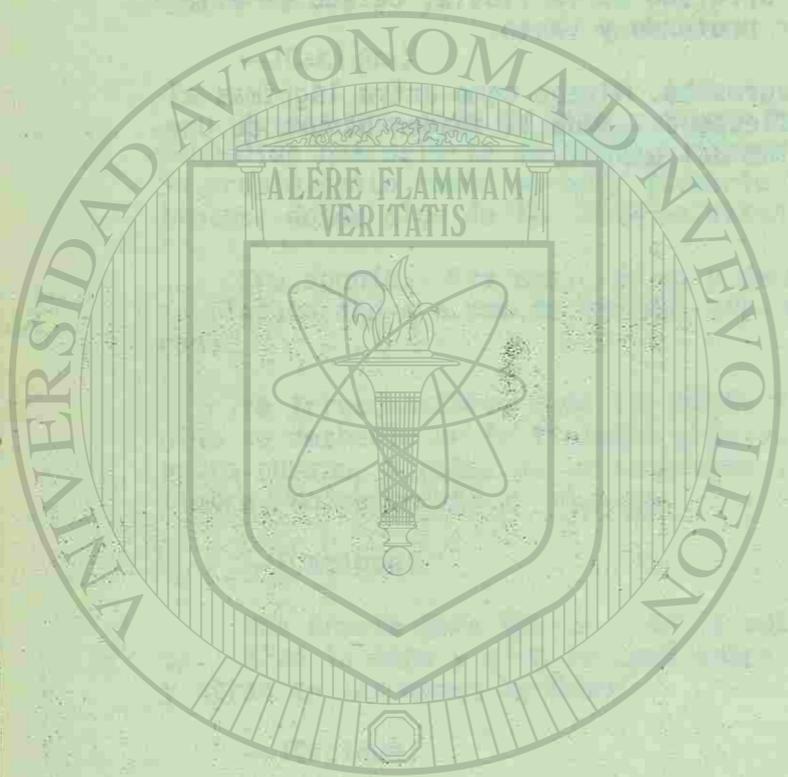
—¡Cacique! ¡Cacique! ¡Cacique!...

Ya el contacto fresco le acariciaba toda la piel, le adhería las ropas, le corría por los miembros lasos.

Un gran ruido compacto se alzaba de toda la hojarasca y ahogaba su voz. Oía profundamente a raíz, a lombriz de tierra, a semilla germinada, a ese olor ensordecedor de la lluvia.

Ya no reconocía su propia voz, vuelta en el eco redondo de las gotas. Su boca callaba como saciada y parecía dormir - marchando lentamente, apretado en la lluvia, calado en ella, acunado por su resonar profundo y vasto.

Ya no sabía si regresaba. Miraba como entre lágrimas al través de los claros flecos del agua la imagen oscura de Usebia, quieta entre la luz del umbral.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3er. SEMESTRE.

AREA III.

UNIDAD XIV.

NEORREALISMO.

INTRODUCCION:

Este ismo, que es el último que veremos, se distingue por su marcada tendencia social. Los escritores neorrealistas demuestran una gran preocupación por los problemas derivados de la deshumanización en los grandes centros urbanos y un compromiso hacia la sociedad que retratan en sus obras y de la cual forman parte.

OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar qué generación es la precursora del neorrealismo.
- 2.- Enunciar lo que buscan y el sentimiento que experimentan los escritores de este ismo.
- 3.- Establecer los elementos de otros ismos que rehuyen los neorrealistas en su temática.
- 4.- Explicar cómo son los personajes de estos escritores.
- 5.- Mencionar las características de los cuentos neorrealistas (punto de vista, antecedentes, énfasis, estilo, etc.)
- 6.- Enumerar los caracteres de otros ismos que rechaza el neorrealismo.
- 7.- Explicar las características del cuento: "El niño de junto al cielo" y los elementos neorrealistas que se encuentran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el material adicional incluido enseguida. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

1.- Contesta el cuestionario que corresponde a este capítulo.

2.- Lee y observa en el cuento: "El niño de junto al cielo" de Enrique Congrains Martín:

- a) Argumento.
- b) Tema.
- c) Estructura (divisiones).
- d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
- e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
- f) Contenido (ideas).
- g) Caracteres neorrealistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

1er. día.- Objetivos 1 al 6.

2o. día.- Actividad 1.

3er. día.- Objetivo 7; actividad 2.

4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.

Aunque el cosmopolitismo todavía predomina entre la mayoría de los autores, ya se despunta una nueva tendencia entre los jóvenes escritores nacidos por 1930. Muchos de ellos expresan luciendo los adelantos técnicos de la generación anterior, pero pronto se convencerán de la necesidad de una literatura menos libérrica y más comprometida.

Estos jóvenes, agudizados por la violencia de una guerra económica, no aceptan el existencialismo como la respuesta final. El establecimiento de las nuevas naciones de Asia y de África y el ambiente revolucionario de toda Latinoamérica les despertó el interés y la conciencia social.

Para su temática, los neorrealistas reúnen tanto de la fantasía de algunos de los cosmopolitas como del realismo de los criollistas. Sus personajes son casi exclusivamente obreros - a menudo niños o adolescentes - que viven en los barrios inmigrantes de las grandes ciudades. No hay protesta ni contra la naturaleza ni contra los explotadores humanos. Dan cuenta de la mayor complejidad de los problemas, no ofrecen soluciones fáciles. Sus cuentos tienen un solo plano, el presente. Hay un mínimo de antecedentes históricos, geográficos, sociales y personales. El análisis está en un solo plano por medio del cual el lector puede comprender todo lo que quiere.

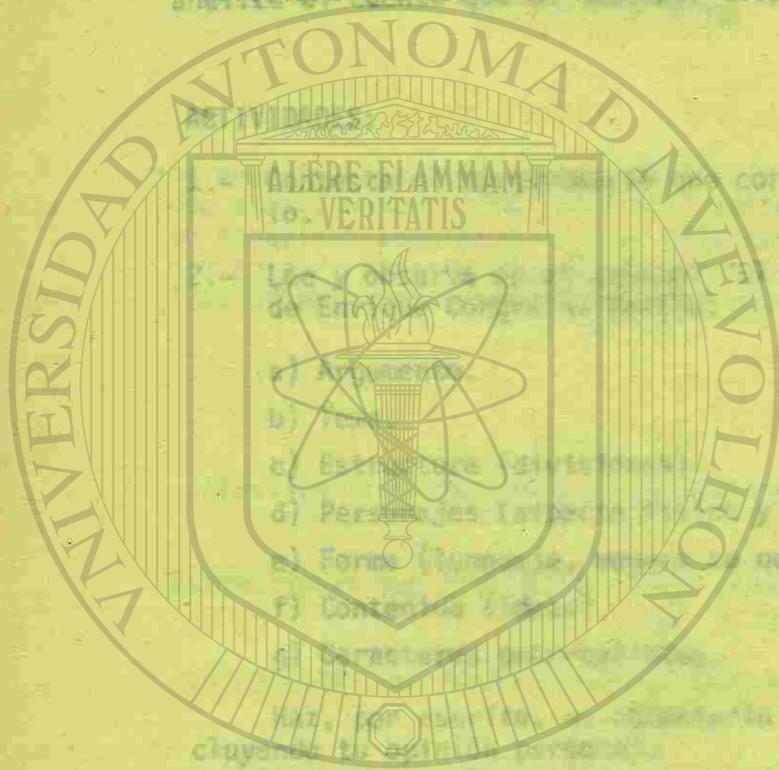
El estilo es escueto sin perder los recursos técnicos de los criollistas ni el experimentalismo de los cosmopolitas.

El neorrealismo es una tendencia que apenas se está formando en estos días, sería difícil precisar su duración y el valor de su contribución.

PROCEDIMIENTO:

Los estudiantes deberán leer el texto y responder a las preguntas que se les formulen.

NOTA:



Estas actividades son el requisito para presentar la evaluación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

REGlamento de Exámenes:

1er. día - Examen de ingreso

2o. día - Examen de ingreso

3er. día - Examen de ingreso

4o. día - Examen general

1972-1973

VIII. NEORREALISMO.

Aunque el cosmopolitismo todavía predomina entre la mayoría de los autores, ya se despunta una nueva tendencia entre los jóvenes escritores nacidos por 1930. Muchos de ellos estrenan luciendo los adelantos técnicos de la generación anterior, pero pronto se convencen de la necesidad de una literatura menos libresca y más comprometida.

Estos jóvenes, angustiados por la amenaza de una guerra atómica, no aceptan el existencialismo como la respuesta final. El establecimiento de las nuevas naciones de Asia y de Africa y el ambiente revolucionario de todo Latinoamérica les ha despertado el entusiasmo y la conciencia social.

Para su temática, los neorrealistas rehuyen tanto de la fantasía de algunos de los cosmopolistas como del ruralismo de los criollistas. Sus personajes son casi exclusivamente los pobres- a menudo niños o adolescentes- que viven en los barrios inmundos de las grandes ciudades. No hay protesta ni contra la naturaleza ni contra los explotadores humanos. Dándose cuenta de la mayor complejidad de los problemas, no ofrecen soluciones fáciles. Sus cuentos tienen un solo plano, el presente. Hay un mínimo de antecedentes históricos, geográficos, sociales y personales. El énfasis está en un solo episodio por medio del cual el lector puede crearse todo el fondo que quiera.

El estilo es escueto sin las descripciones épicas de los criollistas ni el experimentalismo de los cosmopolitas.

El neorrealismo es una tendencia que apenas se está definiendo en estos días, sería difícil presagiar su duración y el valor de su contribución.

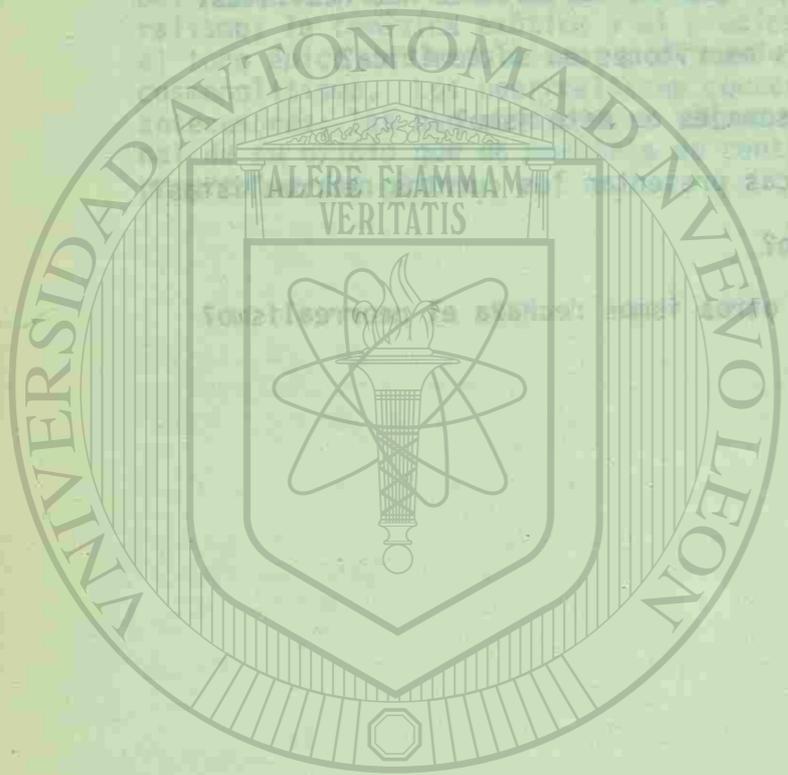
Sin embargo, hay que reconocerle su propio carácter dentro del desarrollo del cuento hispanoamericano. En contraste con los movimientos anteriores, el neorrealismo rechaza el tono exaltado del romanticismo; el aspecto caricaturesco del realismo; los estudios clínicos y el detallismo del naturalismo; la temática exótica y el preciosismo del modernismo; el tono épico del criollismo; y el carácter hermético del cosmopolitismo. Los neorrealistas conocen las obras de sus antecesores; las han absorbido y tienen un concepto profesional de su oficio que da muestras de continuar la superación progresiva del género.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Qué necesidad experimentan los autores neorrealistas?
- 2.- ¿Qué rehuyen estos escritores en su temática?
- 3.- ¿Cómo son los personajes de este ismo?
- 4.- ¿Qué características presentan los cuentos neorrealistas?
- 5.- ¿Cómo es el estilo?
- 6.- ¿Qué elementos de otros ismos rechaza el neorrealismo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

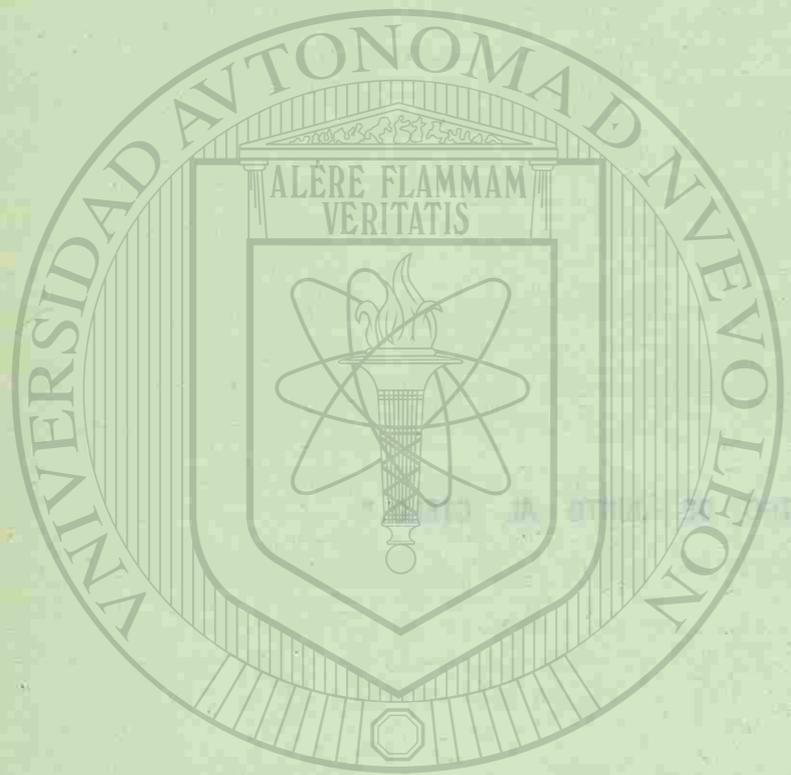
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Enrique Congrains Martín. ®



POR ALGUNA desconocida razón, Esteban había llegado al lugar exacto, precisamente al único lugar... Pero ¿no sería, más bien, que "aquellos" habían venido hacia él? Bajó la vista y volvió a mirar. Sí, ahí seguía el billete anaranjado, junto a sus pies, junto a su vida.

¿Por qué, por qué él?

Su madre se había encogido de hombros al pedirle él autorización para conocer la ciudad, pero después le advirtió que tuviera cuidado con los carros y con las gentes. Había descendido desde el cerro hasta la carretera y, a los pocos pasos, divisó "aquellos" junto al sendero que corría paralelamente a la pista.

Vacilante, incrédulo, se agachó y lo tomó entre sus manos. Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades y, por otra parte, le bastaba con saber que se trataba de un papel anaranjado que decía "diez" por sus dos lados.

Siguió por el sendero, rumbo a los edificios que se veían más allá de ese otro cerro cubierto de casas. Esteban caminaba unos metros, se detenía y sacaba el billete del bolsillo para comprobar su indispensable presencia. ¿Había venido el billete hacia él —se preguntaba— o era él el que había ido hacia el billete?

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basuras, desperdicios de albañilería y excrementos; llegó a una calle y desde allí divisó el famoso mercado, el mayorista, del que tanto había oído hablar. ¿Eso era Lima, Lima, Lima?... La palabra le sonaba hueca. Recordó: su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivían un millón de personas.

¿La bestia con un millón de cabezas? Esteban había soñado hacía unos días, antes del viaje, en eso: una bestia con un millón de cabezas. Y ahora él, con cada paso que daba, iba internándose dentro de la bestia. [®]

Se detuvo, miró y meditó: la ciudad, el mercado mayorista, los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gentes —algunas como él, otras no como él— y el billete anaranjado, quieto, dócil en el bolsillo de su pantalón. El billete llevaba el "diez" por ambos lados y en eso se parecía a Esteban. El también llevaba el "diez" en su rostro y en su conciencia. El "diez años" lo hacía sentirse seguro y confiado, pero sólo hasta cierto punto. Antes, cuando comenzaba a tener noción de las cosas y de los hechos, la meta, el horizonte había sido fijado en los diez años. ¿Y ahora? No, desgraciadamente no. Diez años no era todo. Esteban se sentía incompleto aún. Quizá si cuando tuviera doce, quizá si cuando llegara a los quince. Quizá ahora mismo, con la ayuda del billete anaranjado.

Estuvo dando vueltas, atisbando dentro de la bestia, hasta que llegó a sentirse parte de ella. Un millón de cabezas y, ahora, una más. La gente se movía, se agitaba, unos iban en una dirección, otros en otra, y él, Esteban, con el billete anaranjado, quedaba siempre en el centro de todo, en el ombligo mismo.

Unos muchachos de su edad jugaban en la vereda. Esteban se detuvo a unos metros de ellos y quedó observando el ir y venir de las bolas; jugaban dos y el resto hacía rueda. Bueno, había andado unas cuadras y por fin encontraba seres como él, gente que no se movía incesantemente de un lado a otro. Parecía por lo visto, que también en la ciudad había seres humanos.

¿Cuánto tiempo estuvo contemplándolos? ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora? ¿Una hora, acaso dos? Todos los chicos se habían ido, todos menos uno. Esteban quedó mirándolo, mientras su mano dentro del bolsillo acariciaba el billete.

—¡Hola, hombre!

—Hola... —respondió Esteban, susurrando casi. El chico era más o menos de su misma edad y vestía pantalón y camisa del mismo tono, algo que debió ser caquí en otros tiempos, pero que ahora pertenecía a esa categoría de colores vagos e indefinibles.

—¿Eres de por acá? —le preguntó a Esteban.

—Sí, este... —se aturdió y no supo como explicar que vivía en el cerro y que estaba de viaje de exploración a través de la bestia de un millón de cabezas.

—¿De dónde, ah? —se había acercado y estaba frente a Esteban. Era más alto y sus ojos inquietos, le recorrían de arriba abajo—. ¿De dónde, ah? —volvió a preguntar.

—De allá, del cerro —y Esteban señaló en la dirección en que había venido.

—¿San Cosme?

Esteban meneó la cabeza negativamente.

—¿Del Agustino?

—¡Sí, de ahí! —exclamó sonriendo. Ese era el nombre y ahora lo recordaba. Desde hacía meses cuando se enteró de la decisión de su tío de venir a radicarse a Lima, venía averiguando cosas de la ciudad. Fue así como supo que Lima era muy grande, demasiado grande tal vez; que había un sitio que se llamaba Callao y que allí llegaban buques de otros países; que había lugares muy bonitos, tiendas enormes, calles larguísima... ¡Lima!... Su tío había salido dos meses antes que ellos con el propósito de conseguir casa. Una casa. "¿En qué sitio será?", le había preguntado a su madre. Ella tampoco sabía. Los días corrieron y después de muchas semanas llegó la carta que ordenaba partir. ¡Lima!... ¿El cerro del Agustino, Esteban? Pero él no lo llamaba así. Ese lugar tenía otro nombre. La choza que su tío había levantado quedaba en el barrio de Junto al Cielo. Y Esteban era el único que lo sabía.

—Yo no tengo casa... —dijo el chico, después de un rato. Tiró una bola contra la tierra y exclamó—: ¡Caray, no tengo!

—¿Dónde vives, entonces? —se animó a inquirir Esteban.

El chico recogió la bola, la frotó en su mano y luego

respondió:

—En el mercado; cuido la fruta, duermo a ratos...—amistoso y sonriente, puso una mano sobre el hombro de Esteban y le preguntó—: ¿Cómo te llamas tú?

—Esteban...

—Yo me llamo Pedro —tiró la bola al aire y la recibió en la palma de su mano—. Te juego, ¿ya, Esteban?

Las bolas rodaron sobre la tierra, persiguiéndose mutuamente. Pasaron los minutos, pasaron hombres y mujeres junto a ellos, pasaron autos por la calle, siguieron pasando los minutos. El juego había terminado, Esteban no tenía nada que hacer junto a la habilidad de Pedro. Las bolas al bolsillo y los pies sobre el cemento gris de la acera. ¿Adónde ahora? Empezaron a caminar juntos. Esteban se sentía más a gusto en compañía de Pedro que estando solo.

Dieron algunas vueltas. Más y más edificios. Más y más gentes. Más y más autos en las calles. Y el billete anaranjado seguía en el bolsillo. Esteban lo recordó.

—¡Mira lo que me encontré! —lo tenía entre sus dedos y el viento lo hacía oscilar levemente.

—¡Caray! —exclamó Pedro y lo tomó, examinándolo al detalle—. ¡Diez soles, caray! ¿Dónde lo encontraste?

—Junto a la pista, cerca del cerro —explicó Esteban.

Pedro le devolvió el billete y se concentró un rato. Luego preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Esteban?

—No sé, guardarlo, seguro... —y sonrió tímidamente.

—¡Caray, yo con una libra haría negocios, palabra que sí!

—¿Cómo?

Pedro hizo un gesto impreciso que podía revelar, a un mismo tiempo, muchísimas cosas. Su gesto podía interpretarse como una total despreocupación por el asunto —los negocios— o como una gran abundancia de posibilidades y perspectivas. Esteban no comprendió.

—¿Qué clase de negocios, ah?

—¡Cualquier clase, hombre! —pateó una cáscara de naranja, que rodó desde la vereda hasta la pista; casi inmediatamente pasó un omnibús que la aplastó contra el pavimento—. Negocios hay de sobra, palabra que sí. Y en unos dos días cada uno de nosotros podría tener otra libra en el bolsillo.

—¿Una libra más? —preguntó Esteban, asombrándose.

—¡Pero, claro; claro que sí!... —volvió a examinar a Esteban y le preguntó—: ¿Tú eres de Lima?

Esteban se ruborizó. No, él no había crecido al pie de las paredes grises, ni jugado sobre el cemento áspero e indiferente. Nada de eso en sus diez años, salvo lo de ese día.

—No, no soy de acá, soy de Tarma; llegué ayer...

—¡Ah! —exclamó Pedro, observándolo fugazmente—. ¿De Tarma, no?

—Sí, de Tarma...

Habían dejado atrás el mercado y estaban junto a la carretera. A medio kilómetro de distancia se alzaba el cerro del Agustino, el barrio de Junto al Cielo, según Esteban. Antes del viaje, en Tarma, se había preguntado: "¿Iremos a vivir a Miraflores, al Callao, a San Isidro, a Chorrillos; en cuál de esos barrios quedará la casa de mi tío?" Habían tomado el omnibús y después de varias horas de pesado y fatigante viaje arribaban a Lima. ¿Miraflores? ¿La Victoria? ¿San Isidro? ¿Callao? ¿Adónde, Esteban, adónde? Su tío había mencionado el lugar y era la primera vez que Esteban lo oía

nombrar. "Debe ser algún barrio nuevo", pensó. Tomaron un auto y cruzaron calles y más calles. Todas diferentes, pero, cosa curiosa, todas parecidas también. El auto los dejó al pie de un cerro. Casas junto al cerro. Casas en mitad del cerro. Casas en la cumbre del cerro.

Habían subido, y una vez arriba, junto a la choza que había levantado su tío, Esteban contempló a la bestia con un millón de cabezas. La "cosa" se extendía y se desparramaba, cubriendo la tierra de casas, calles, techos, edificios, más allá de lo que su vista podía alcanzar. Entonces Esteban había levantado los ojos y se había sentido tan encima de todo —o tan abajo quizá—, que había pensado que estaba en el barrio de Junto al Cielo.

—Oye, ¿quisieras entrar en algún negocio conmigo? —Pedro se había detenido y lo contemplaba, esperando respuesta.

—¿Yo?... —titubeando, preguntó—: ¿Qué clase de negocio? ¿Tendría otro billete mañana?

—¡Claro que sí, por supuesto! —afirmó resueltamente.

La mano de Esteban acarició el billete y pensó que podría tener otro billete más, y otro más y muchos más. Muchísimos billetes más, seguramente. Entonces el "diez años" sería esa meta que siempre había soñado.

—¿Qué clase de negocios se puede, ah? —preguntó Esteban.

Pedro se sonrió y explicó:

—Negocios hay muchos... Podríamos comprar periódicos y venderlos por Lima; podríamos comprar revistas, chistes...

—hizo una pausa y escupió con vehemencia. Luego dijo, entusiasmándose—: Mira, compramos diez soles de revistas y las vendemos ahora mismo, en la tarde, y tenemos quince soles, palabra.

—¿Quince soles?

—¡Claro, quince soles! ¡Dos cincuenta para ti y dos cincuenta para mí! ¿Qué te parece, ah?

Convinieron en reunirse al pie del cerro dentro de una hora; convinieron en que Esteban no diría nada, ni a su madre ni a su tío; convinieron en que venderían revistas y que de la libra de Esteban saldrían muchísimas cosas.

Esteban había almorzado apresuradamente y le había vuelto a pedir permiso a su madre para bajar a la ciudad. Su tío no almorzaba con ellos, pues en su trabajo le daban de comer gratis, completamente gratis, como había recalcado al explicar su situación. Esteban bajo por el sendero ondulante, saltó la acequia y se detuvo al borde de la carretera, justamente en el mismo lugar en que había encontrado, en la mañana, el billete de diez soles. Al poco rato apareció Pedro y empezaron a caminar juntos, internándose dentro de la bestia de un millón de cabezas.

—Vas a ver que fácil es vender revistas, Esteban. Las ponemos en cualquier sitio, la gente las ve y, listo, las compra para sus hijos. Y si queremos nos ponemos a gritar en la calle el nombre de las revistas, y así vienen más rápido... ¡Ya vas a ver qué bueno es hacer negocios!...

—¿Queda muy lejos el sitio? —preguntó Esteban, al ver que las calles seguían alargándose casi hasta el infinito. Qué lejos había quedado Tarma, qué lejos había quedado todo lo que hasta hace unos días había sido habitual para él.

—No, ya no. Ahora estamos cerca del tranvía y nos vamos gorreando hasta el centro.

—¿Cuánto cuesta el tranvía?

—¡Nada, hombre! —y se rió de buena gana—. Lo tomamos no más y le decimos al conductor que nos deje ir hasta la Plaza San Martín.

Más y más cuadras. Y los autos, algunos viejos, otros increíblemente nuevos y flamantes, pasaban veloces, rumbo a be Dios dónde.

—¿Adónde va toda esa gente en auto?

Pedro sonrió y observó a Esteban. Pero ¿adónde iban realmente? Pedro no halló ninguna respuesta satisfactoria y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Más y más cuerdas. Al fin terminó la calle y llegaron a una especie de parque.

—¡Corre! —le gritó Pedro, de súbito. El tranvía comenzaba a ponerse en marcha. Corrieron, cruzaron en dos saltos la pista y se encaramaron al estribo.

Una vez arriba, se miraron sonrientes. Esteban empezó a perder el temor y llegó a la conclusión de que seguía siendo el centro de todo. La bestia de un millón de cabezas no era tan espantosa como había soñado, y ya no le importaba estar allí siempre, aquí o allá, en el centro mismo, en el ombligo mismo de la bestia.

Parecía que el tranvía se había detenido definitivamente esta vez, después de una serie de paradas. Todo el mundo se había levantado de sus asientos y Pedro lo estaba empujando.

—Vamos, ¿qué esperas?

—¿Aquí es?

—Claro, baja.

Descendieron y otra vez a rodar sobre la piel de cemento de la bestia. Esteban veía más gente y la veía marchar —sabe Dios dónde— con más prisa que antes. ¿Por qué no caminaban tranquilos, suaves, con gusto, como la gente de Tarma?

—Después volvemos y por estos mismos sitios vamos a vender las revistas.

—Bueno —asintió Esteban. El sitio era lo de menos, se dijo, lo importante era vender las revistas, y que la libra se convirtiera en varias más. Eso era lo importante.

—¿Tú tampoco tienes papá? —le preguntó Pedro, mientras doblaban hacia una calle por la que pasaban los rieles del tranvía.

—No, no tengo... —y bajó la cabeza, entristecido. Luego de un momento, Esteban preguntó—: ¿Y tú?

—Tampoco, ni papá, ni mamá —Pedro se encogió de hombros y apresuró el paso. Después inquirió descuidadamente—. ¿Y al que le dices "tío"?

—Ah... Él vive con mi mamá; ha venido a Lima de chofer... —calló, pero en seguida dijo—: Mi papá murió cuando yo era chico...

—¡Ah, caray!... ¿Y tu "tío", qué tal te trata?

—Bien; no se mete conmigo para nada.

—¡Ah!

Habían llegado al lugar. Tras un portón se veía un patio más o menos grande, puertas, ventanas y dos letreros que anunciaban revistas al por mayor.

—Ven, entra —le ordenó Pedro.

Estaban adentro. Desde el piso hasta el techo había revistas, y algunos chicos como ellos; dos mujeres y un hombre seleccionaban sus compras. Pedro se dirigió a uno de los estantes y fue acumulando revistas bajo el brazo. Las contó y volvió a revisarlas.

—Paga.

Esteban vaciló un momento. Desprenderse del billete anaranjado era más desagradable de lo que había supuesto. Se estaba bien teniendo en el bolsillo y pudiendo acariciarlo cuantas veces fuera necesario.

—Paga —repitió Pedro, mostrándole las revistas a un hombre gordo que controlaba la venta.

—¿Es justo una libra?

—Sí, justo. Diez revistas a un sol cada una.

Oprimió el billete con desesperación, pero al fin terminó por extraerlo del bolsillo. Pedro se lo quitó rápidamente de la mano y lo entregó al hombre.

—Vamos —dijo, jalándolo.

Se instalaron en la Plaza San Martín y alinearon las diez revistas en uno de los muros que circunda el jardín. "Revistas, revistas, revistas, señor; revistas, señora, revistas, revistas." Cada vez que una de las revistas desaparecía con un comprador, Esteban suspiraba aliviado. Quedaban seis revistas y pronto, de seguir así las cosas, no habría de quedar ninguna.

¿Qué te parece, ah? —preguntó Pedro, sonriendo con orgullo.

—Está bueno, está bueno... —y se sintió enormemente agradecido a su amigo y socio.

—Revistas, revistas; ¿no quiere un chiste, señor?

El hombre se detuvo y examinó las carátulas.

—¿Cuánto?

—Un sol cincuenta, no más...

La mano del hombre quedó indecisa sobre dos revistas. ¿Cuál, cuál llevará? Al fin se decidió.

—Cóbrese.

Y las monedas cayeron, tintineantes, al bolsillo de Pedro. Esteban se limitaba a observar; meditaba y sacaba sus conclusiones: una cosa era soñar, allá en Tarma, con una bestia de un millón de cabezas, y otra era estar en Lima, en el centro mismo del universo, absorbiendo y paladeando con fruición la vida. Él era el socio capitalista y el negocio marchaba estupendamente bien. "Revistas, revistas", gritaba el socio industrial, y otra revista más que desaparecía en manos impacientes. "¡Apúrate con el vuelto!", exclamaba el compra-

dor. Y todo el mundo caminaba aprisa, rápidamente "¿Adónde van, que se apuran tanto?", pensaba Esteban.

Bueno, bueno, la bestia era una bestia bondadosa, amigable, aunque algo difícil de comprender... Eso no importaba; seguramente, con el tiempo se acostumbraría. Era una magnífica bestia que estaba permitiendo que el billete de diez soles se multiplicara. Ahora ya no quedaban más que dos revistas sobre el muro. Dos nada más y ocho desparramándose por desconocidos e ignorados rincones de la bestia. "Revistas, revistas, chistes a sol cincuenta, chistes..." Listo, ya no quedaba más que una revista y Pedro anunció que eran las cuatro y media.

—¡Caray, me muero de hambre, no he almorzado!... —prorrumpió luego.

—¿No has almorzado?

—No, no he almorzado... —observó a posibles compradores entre las personas que pasaban y después sugirió—: ¿Me podrías ir a comprar un pan o un bizcocho?

—Bueno —aceptó Esteban inmediatamente.

Pedro sacó un sol del bolsillo y explicó:

—Esto es de los dos cincuenta de mi ganancia, ¿ya?

—Sí, ya sé.

—¿Ves ese cine? —preguntó Pedro, señalando a uno que quedaba en esquina. Esteban asintió—. Bueno, sigues por esa calle y a mitad de cuadra hay una tiendecita de japoneses. Anda y cómprame un pan con jamón o tráeme un plátano y galletas, cualquier cosa, ¿ya, Esteban?

—Ya.

Recibió el sol, cruzó la pista, pasó por entre dos autos estacionados y tomó la calle que le había indicado Pedro. Sí, ahí estaba la tienda. Entró.

—Deme un pan con jamón —pidió a la muchacha que atendía.

Sacó un pan de la vitrina, lo envolvió en un papel y se lo entregó. Esteban puso la moneda sobre el mostrador.

—Vale un sol veinte —advirtió la muchacha.

—¡Un sol veinte!... —devolvió el pan y quedó indeciso un instante. Luego se decidió—: Deme un sol de galletas entonces.

Tenía el paquete de galletas en la mano y andaba lentamente. Pasó junto al cine y se detuvo a contemplar los atractivos avisos. Miró a su gusto y, luego, prosiguió caminando. ¿Habría vendido Pedro la revista que le quedaba?

Más tarde, cuando regresara a Junto al Cielo, lo haría feliz, absolutamente feliz. Pensó en ello, apresuró el paso, atravesó la calle, esperó que pasaran unos automóviles y llegó a la vereda. Veinte o treinta metros más allá había quedado Pedro. ¿O se había confundido? Porque ya Pedro no estaba en ese lugar ni en ningún otro. Llegó al sitio preciso y nada, ni Pedro ni revista, ni quince soles, ni... ¿Cómo había podido perderse o desorientarse? Pero ¿no era ahí donde habían estado vendiendo las revistas? ¿Era o no era? Miró a su alrededor. Sí, en el jardín de atrás seguía la envoltura de un chocolate. El papel era amarillo con letras rojas y negras, y él lo había notado cuando se instalaron, hacía más de dos horas. Entonces, ¿no se había confundido? ¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?

—Bueno, no era necesario asustarse, pensó. Seguramente se había demorado y Pedro lo estaba buscando. Eso tenía que haber sucedido obligadamente. Pasaron los minutos. No, Pedro no había ido a buscarlo: ya estaría de regreso de ser así. Tal vez había ido con un comprador a conseguir cambio. Más y más minutos fueron quedando a sus espaldas. No, Pedro no había ido a buscar sencillo: ya estaría de regreso de ser así. ¿Entonces?...

—Señor, ¿tiene hora? —le preguntó a un joven que pasa-

ba.

—Sí, las cinco en punto.

Esteban bajo la vista hundiéndola en la piel de la bestia, y prefirió no pensar. Comprendió que, de hacerlo, terminaría llorando y eso no podía ser. El ya tenía diez años, y diez años no eran ni ocho ni nueve. ¡Eran diez años!

—¿Tiene hora, señorita?

—Sí —sonrió y dijo con una voz linda—: Las seis y diez —y se alejó, presurosa.

¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?... ¿Dónde estaban, en qué lugar de la bestia con un millón de cabezas estaban?... Desgraciadamente no lo sabía y sólo quedaba la posibilidad de esperar y seguir esperando...

—¿Tiene hora, señor?

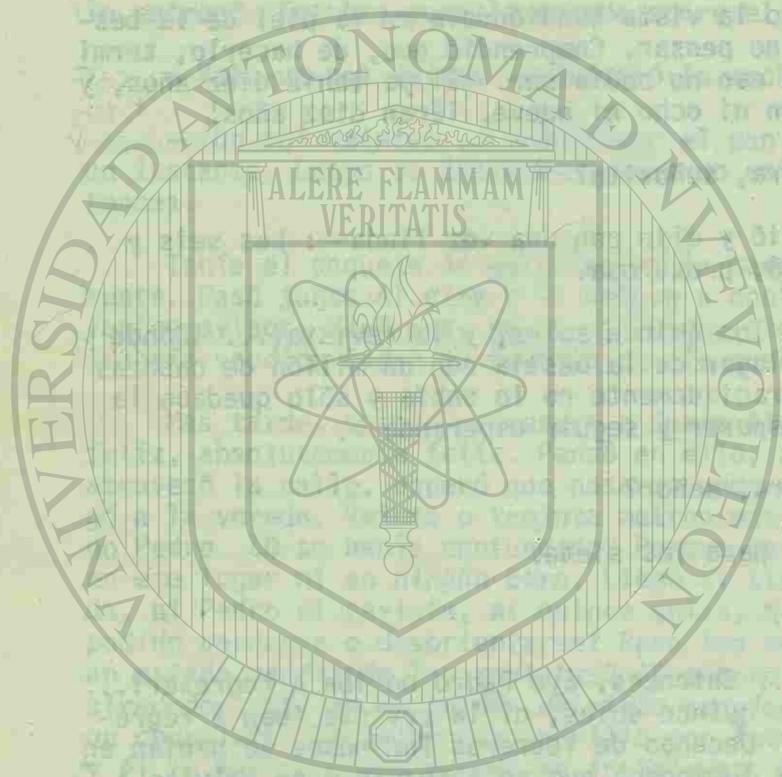
—Un cuarto para las siete.

—Gracias...

¿Entonces?... Entonces, ¿ya Pedro no iba a regresar?... ¿Ni Pedro, ni los quince soles, ni la revista iban a regresar entonces?... Decenas de letreros luminosos se habían encendido. Letreros luminosos que se apagaban y se volvían a encender; y más y más gente sobre la piel de la bestia. Y la gente caminaba más aprisa ahora. Rápido, rápido, apúrense, más rápido, aún, más, más, hay que apurarse muchísimo más, apúrense más... Y Esteban permanecía inmóvil, recostado en el muro, con el paquete de galletas en la mano y con las esperanzas en el bolsillo de Pedro... Inmóvil, dominándose para no terminar en pleno llanto.

Entonces, ¿Pedro lo había engañado?... ¿Pedro, su amigo, le había robado el billete anaranjado?... ¿O no sería, más bien, la bestia con un millón de cabezas la causa de todo?... Y ¿acaso no era Pedro parte integrante de la bestia?...

Sí y no. Pero ya nada importaba. Dejó el muro, mordisqueó una galleta y, desolado, se dirigió a tomar el tranvía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3er. SEMESTRE. AREA III. UNIDAD XV.

UNIDAD DE REPASO GENERAL.

INTRODUCCION.

Llegamos ya al término de este curso; lo que has aprendido te será de utilidad en el futuro. Es el momento de evaluar el trabajo de todo el semestre repasando los siguientes:

OBJETIVOS:

- Unidad I - 1, 2, 3, 4 y 6
- Unidad II - 1, 3, 5, 7 y 8
- Unidad III - 1 y 2
- Unidad IV - 2 al 4, 6 al 8, 10 y 11
- Unidad V - 1 al 3
- Unidad VI - 1, 2, 4, 5 y 7 al 9
- Unidad VII - 1 al 6
- Unidad VIII - 1 y 3 al 9
- Unidad IX - 1 al 8 y 10
- Unidad X - 2 al 5
- Unidad XI - 1 al 6
- Unidad XII - 1 al 6 y 8
- Unidad XIII - 1, 2, 4, 5 y 6
- Unidad XIV - 1 al 6

PROCEDIMIENTO.

Consulta los procedimientos en las unidades respectivas y aclara las dudas con tu maestro.

ACTIVIDADES.

Contesta las preguntas y realiza los ejercicios que se refieren a los objetivos indicados.

Esta será tu autoevaluación.

RITMO DE TRABAJO.

En esta unidad distribuirás libremente tu tiempo.

NOTA:

La evaluación final consistirá en un examen de conocimientos (70 puntos), sobre los objetivos antes señalados, y un trabajo (30 puntos) sobre el cuento "El sueño del pobre y del rico" de Gregorio Torres Quintero, que se localiza en este libro (capítulo III). Para realizar el trabajo repasa todas las actividades marcadas con el número 2 (de todas las unidades de literatura) pues debes aplicar lo que en ellas se indica a este cuento con respecto al costumbrismo; para su correcta presentación, recuerda todo lo estudiado en técnicas de la investigación documental.

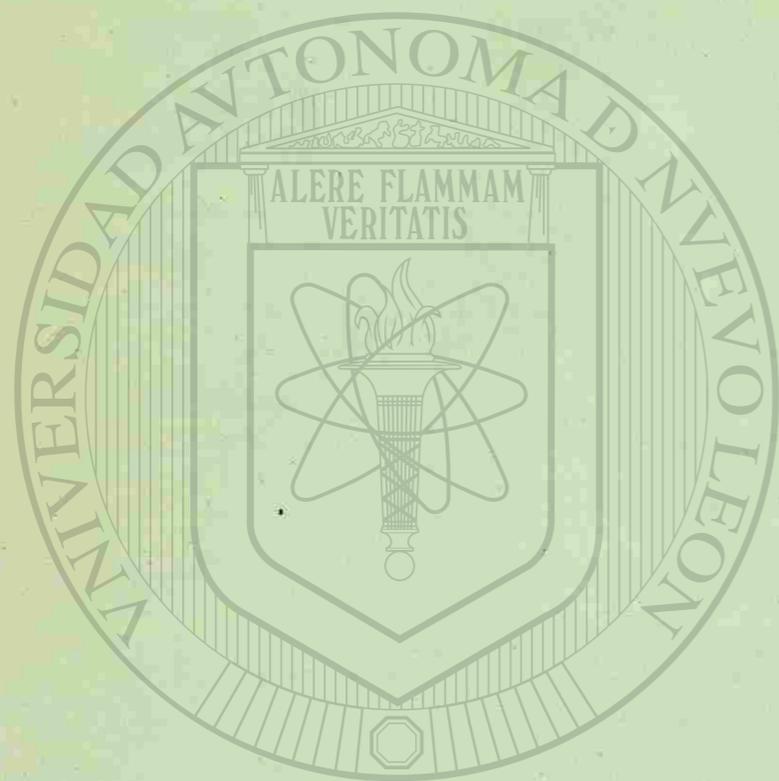
REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

Menton, Seymour.
El cuento hispanoamericano.
México: F.C.E., 1966 Vol. 1. y 2.

Sainz de Robles, Federico Carlos.
Ensayo de un diccionario de la literatura.
Madrid: Ed. Aguilar, 3a. Ed., 1965 Tomo I.

Sánchez Munguía, Felipe.
33 cuentos mexicanos.
México: Ed. Arana, 1973.

Shipley, Joseph T.
Diccionario de la literatura mundial.
Barcelona: Ed. Destino, 1962.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA





Handwritten scribbles in blue ink, consisting of several wavy, horizontal lines.

U A N

Handwritten scribbles in blue ink, including a large 'u' shape and several wavy lines.

Handwritten scribbles in blue ink, including several wavy lines and a large 'u' shape.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA